

# Club DEL MISTERIO

Arthur  
Conan Doyle  
**LAS  
AVENTURAS  
DE SHERLOCK  
HOLMES**



**BRUGUERA**

Nº 2







Arthur Conan Doyle

# **LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES**

*Club*  
**DEL MISTERIO**



**BRUGUERA**



The Doctor

*Libros, Revistas, Intereses:*

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

**Título original:**

**THE ADVENTURES OF SHERLOCK HOLMES**

**Traducción: José M.<sup>a</sup> Valverde y María Campuzano**

**1.<sup>a</sup> edición en Club del Misterio: mayo, 1981**

**La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.**

**Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)**

**Traducción: © Editorial Bruguera, S. A. - 1981**

**Ilustraciones: Julio Vivas**

**Cubierta: Isidre Monés**

**Diseño de colección: Soulé-Spagnuolo**

**En la foto: Basil Rathbone y Nigel Bruce**

**en el film *Las aventuras de Sherlock Holmes* de Alfred Werkel, 1939**

**Printed in Spain**

**ISBN 84-02-07980-6 / Depósito legal: B. 14.141 - 1981**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.**

**Carret. Nacional 152, km. 21,650. Parèts del Vallès (Barcelona) - 1981**





## ESCANDALO EN BOHEMIA

### 1

Para Sherlock Holmes ella es siempre *la mujer*. Raramente le he oído mencionarla de otra manera. Para él, ella eclipsa y domina a todo su sexo. Y no es que sintiera por Irene Adler nada parecido al amor. Las emociones, y ésa en particular, repugnaban a su inteligencia fría, precisa y admirablemente equilibrada. Estoy seguro de que era la máquina más perfecta del mundo para razonar y observar, pero como amante se hubiera encontrado en una posición falsa. Si hablaba alguna vez de pasión amorosa, lo hacía con burla y sarcasmo; era algo admirable para un

observador, un pretexto excelente para descorrer el velo que cubre las acciones y las motivaciones de la gente. Pero para el que está habituado a discurrir, admitir estas intrusiones en un temperamento que está ajustado con toda delicadeza, hubiera sido introducir un factor perturbador, capaz de poner en duda todos los resultados de su mente. Para él, una emoción fuerte en este sentido sería mucho más perturbadora que si uno de sus instrumentos delicados tuviera una arenilla o una de sus lupas de aumento estuviera rayada. Y sin embargo, había una mujer para él, y esa mujer se llamó Irene Adler, de dudosa y cuestionable memoria.

Ultimamente yo había visto poco a Holmes. Mi matrimonio nos había apartado el uno del otro. Mi felicidad perfecta y los in-



tereses centrados alrededor del hogar, propios del hombre que por primera vez lo posee, absorbían toda mi vida. Holmes, que odiaba cualquier tipo de vida social con toda la fuerza de su alma bohemía, seguía en nuestro alojamiento de Baker Street, enterrado en sus librones viejos y alternando por semanas entre la cocaína y la ambición, el atontamiento de la droga y la fiera energía de su naturaleza alerta. Le seguía atrayendo, como siempre, el estudio del crimen y tenía ocupadas sus grandes facultades y su extraordinario poder de observación en seguir los rastros y aclarar los misterios que la policía había abandonado por imposibles. De vez en cuando sabía yo algo de lo que iba haciendo: su actuación en Odessa en el caso del asesinato de Trepoff, cómo descubrió la extraña tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee, y finalmente el éxito y la discreción con que coronó la misión que le había encargado la familia real de Holanda. Pero aparte de estas señales de actividad, de las que yo supe por la prensa diaria lo mismo que cualquier otro lector, en aquella temporada poco sabía de mi antiguo amigo y compañero.

Una noche —era el 20 de marzo de 1888—, volvía yo de visitar a un paciente (porque había vuelto a ejercer la medicina), y mi camino me llevó por Baker Street. Al pasar por delante de aquella puerta, tan familiar, que para mí siempre estará asociada con mi noviazgo y con los tétricos incidentes del «Estudio en rojo», me entraron unos enormes deseos de ver otra vez a Holmes y saber en qué estaba ocupado su extraordinario talento. Sus habitaciones estaban todas encendidas, y al mirar hacia arriba pude ver su figura larga y delgada pasando como una silueta oscura contra la cortinilla de la ventana. Andaba por la habitación con paso ligero, apresurado, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos en la espalda. A mí, que conocía todos sus hábitos y sus humores, esta actitud y la manera de moverse me pusieron al corriente en seguida de lo que pasaba. Estaba trabajando otra vez. Había salido de los sueños creados por la droga y estaba metido de lleno en el rastro de algún nuevo problema. Tiré de la campanilla y fui conducido a la habitación que, en parte, había sido la mía.

Sus maneras no fueron efusivas. Raramente lo eran, pero creo que se alegró al verme. Casi sin decir nada, pero con una mirada cariñosa, me señaló una butaca, me echó su caja de cigarros y me indicó las bebidas y un sifón en el rincón. Se puso después delante

del fuego y me miró de esa manera introspectiva tan singular en él.

—Le sienta bien el matrimonio —comentó—. Me parece, Watson, que ha engordado usted por lo menos siete libras y media desde que no le veo.

—Siete —contesté yo.

—Es verdad, debería haber mirado mejor. Pero un poquito más de siete, Watson. Y observo que está otra vez consagrado a la medicina. No me dijo usted que pensaba volver a su trabajo.

—¿Cómo lo sabe entonces?

—Lo veo, lo deduzco. ¿Y cómo sé que se ha estado usted mojando mucho últimamente y que tiene una sirvienta de lo más descuidada y chapucera?

—Querido Holmes —dije yo—, esto ya es demasiado. Seguro que le hubieran quemado en la hoguera de haber vivido usted hace unos siglos. Es verdad que tuve que hacer una caminata por el campo el jueves pasado y que volví a casa empapado, pero como me he cambiado de ropa, no puedo imaginar cómo lo ha adivinado. Y Mary Jane, sí, es incorregible y mi mujer la ha despedido, pero tampoco puedo imaginar cómo lo ha sabido.

Se rió para sí y se frotó las largas y nerviosas manos.

—Es lo más sencillo del mundo —dijo—, mis ojos me dicen que la parte de dentro de su zapato izquierdo, ahí donde le da la luz de la chimenea, tiene seis cortes casi paralelos. Es obvio que los ha hecho alguien que, sin ningún cuidado, intentaba raspar los bordes de la suela para quitar una costra de barro. Así que ya ve usted mi doble deducción de que ha estado usted fuera con un tiempo horrible y que tiene usted una muestra particularmente detestable de la esclavitud londinense como limpiabotas. Y sobre su vuelta al ejercicio de la medicina, si un caballero entra en mis habitaciones oliendo a yodoformo, con una señal negra de nitrato de plata en el índice derecho y con un bulto en el sombrero de copa para que se note dónde se ha escondido secretamente su estetoscopio, sería algo tonto si no viera en él a un miembro de la profesión médica.

No pude sino reírme de la facilidad con que explicó su proceso de deducción.

—Cuando le oigo explicar sus razones —comenté—, la cosa parece siempre tan ridículamente sencilla que podría hacerlo yo también, aunque a cada paso de su razonamiento me quedo perplejo hasta que me lo explica. Y sin embargo, creo que tengo una buena vista como usted.



—Claro —contestó encendiendo un pitillo y recostándose en una butaca—. Usted ve, pero no observa. La distinción está clara. Por ejemplo: ha visto muchas veces los escalones que llevan desde la entrada a esta habitación.

—Sí, muchas veces.

—¿Cuántos?

—No sé, algunos cientos.

—¿Cuántos son entonces?

—¿Cuántos? No sé.

—¿Lo ve? No los ha observado. Y sin embargo los ha visto. Esto es a lo que me refiero. Sé que hay diecisiete escalones porque he visto y he observado. Pero, a propósito, usted que está interesado en estos pequeños problemas, ya que es lo bastante amable como para poner por escrito algunas de mis insignificantes experiencias, quizá pueda estar interesado en esto.

Me tiró una carta de papel de color rosa, grueso, que estaba abierta sobre la mesa.

—Llegó en el último correo —dijo—. Léala en voz alta.

No tenía fecha y tampoco firma ni señas.

«Irás esta noche a verle —decía—, a las ocho menos cuarto, un caballero que desea consultarle sobre un asunto del más profundo interés. Sus recientes servicios a una de las familias reales en Europa hacen ver que usted es la persona en la que con confianza se puede depositar un asunto que, sin exagerar, se puede calificar de muy importante. Esta información sobre usted de varias partes hemos recibido. Esté en su cuarto, entonces, a la hora dicha y no se moleste si su visitante una máscara lleva.»

—Esto sí que es un misterio —comenté—. ¿Qué cree usted que quiere decir?

—No tengo datos todavía y sería una falta capital teorizar antes de tener datos. Sin querer se empiezan a retorcer los hechos para que se adapten a las teorías en vez de ver que las teorías correspondan a los hechos. Pero sobre la nota, ¿qué deduce usted de ella?

Examiné con cuidado lo escrito y el papel en que estaba escrito.

—El hombre que la ha escrito es, seguramente, una persona acomodada —comenté tratando de imitar las maneras de mi amigo—. Un papel como éste no se compra por menos de media corona el paquete. Es especialmente duro y fuerte.

—Peculiar, ésta sería la palabra —dijo Holmes—. No es en absoluto un papel inglés. Mírelo a la luz.

Así lo hice y entonces vi una E grande y

una g pequeña, una P y una G grandes y una t pequeña marcadas en la misma fibra del papel.

—¿Qué le dice eso? —preguntó Holmes.

—Sin duda es el nombre del fabricante, o más bien su monograma.

—De ninguna manera. La G y la t pequeña son de «Gesellschaft», que en alemán quiere decir Compañía. Es la contracción usual, como Cía. para nosotros. La P está claro que quiere decir «Papier». Ahora lo de Eg. Vamos a echar una ojeada a la *Gazeta Continental*. —Bajó de la estantería un grueso volumen marrón—. Veamos, *Eglow, Eglo-nitz*, aquí lo tenemos, *Egria*. Está en un país de lengua alemana, en Bohemia, cerca de Carlsbad. «Lugar conocido por ser el escenario de la muerte de Wallenstein y también por sus numerosas fábricas de vidrio y papel.» ¡Vaya, vaya! Muchacho, ¿qué le parece esto?

Le brillaban los ojos y con aire de triunfo lanzó de su cigarrillo una nube de humo azul.

—Que el papel está fabricado en Bohemia.

—Exactamente. Y el que escribió la nota es alemán, fíjese en la manera extraña de construir las frases. Ni un ruso ni un francés hubieran usado así los verbos. Ahora nos queda por descubrir qué quiere este alemán que escribe en papel de Bohemia y prefiere ponerse una máscara a que se le vea la cara. Y si no me equivoco, aquí está para resolver nuestras dudas.

Mientras hablaba se oyó claramente el ruido de cascos de caballos y las ruedas de un coche que rozaban contra el borde de la acera, seguido por un campanillazo rotundo. Holmes dio un silbido.

—Un par, por lo que oigo —dijo—. Sí —continuó mirando por la ventana—, un coche precioso tirado por un par de bellezas. Ciento cincuenta guineas cada uno. Si no hay otra cosa, al menos hay dinero en este caso.

—Holmes, me parece que me voy a ir.

—¡No, por Dios! Estése aquí. Sin mi Boswell estoy perdido, y éste promete ser un caso interesante; sería una pena perderselo.

—Pero su cliente...

—No se preocupe por él. Quizá necesitemos su ayuda, él y yo. Aquí viene. Siéntese en esa butaca y préstenos atención.

Unos pasos lentos y fuertes que se habían oído en las escaleras y en el corredor se pararon de pronto al otro lado de la puerta. Sonó un golpe fuerte y autoritario.

—¡Adelante! —dijo Holmes.

Entró un hombre que no mediría menos de seis pies, con un cuerpo de Hércules. Su



vestimenta era lujosa, pero de un estilo que, en Inglaterra, se hubiera considerado rayano en el mal gusto. Las mangas y el delantero de su chaqueta cruzada tenían unas grandes bandas de astracán, mientras que la capa azul oscuro que llevaba echada sobre los hombros estaba forrada de seda de un rojo brillante, y la tenía sujeta al cuello con un broche que consistía en un reluciente y único berilo. Completaban la impresión de opulencia bárbara que tenía todo su aspecto unas botas que le subían hasta media pierna y que estaban ribeteadas con una rica piel marrón. Llevaba en la mano un sombrero de ala ancha y se cubría la parte superior del rostro con un antifaz negro que al parecer se acababa de poner, porque aún se lo sujetaba con la mano en el momento de entrar. A juzgar por la parte inferior de su rostro, debía de ser un hombre de carácter fuerte, con labios gruesos algo caídos y una barbilla larga y derecha que sugerían un carácter resuelto hasta la obstinación.

—¿Recibió mi nota? —preguntó con voz grave y ronca y un marcado acento alemán—. Le dije que vendría. —Nos miraba a uno y a otro sin saber a cuál dirigirse.

—Tome asiento, por favor —dijo Holmes—. Este es mi amigo y colega, el doctor Watson, que tiene la amabilidad de ayudarme algunas veces en mi trabajo. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Puede llamarme conde Von Kramm, noble de Bohemia. Entiendo que este caballero, su amigo, es un hombre de honor y discreto, en quien puedo confiar un asunto de gran importancia. Si no, preferiría comunicarme solamente con usted.

Me levanté para marcharme, pero Holmes me cogió por la muñeca y me obligó a sentarme otra vez.

—O los dos, o ninguno —dijo—, delante de este caballero puede decir usted lo que me diría a mí.

El conde encogió sus anchos hombros.

—Entonces, debo comenzar —dijo— por pedirles a los dos secreto absoluto sobre este asunto durante dos años; dentro de dos años dejará de tener importancia. Por el momento no sería demasiado si dijese que podría afectar a la historia de Europa.

—Lo prometo —dijo Holmes.

—Yo también.

—Excusarán ustedes el antifaz —continuó nuestro extraño visitante—. La augusta persona a la que sirvo no quiere que se conozca a su agente. Y debo confesar que el título que les he dado no es exactamente el mío.

—Ya me había dado cuenta de ello —dijo Holmes secamente.

—Las circunstancias son de lo más delicadas y hay que tomar todas las precauciones posibles para sofocar lo que podría llegar a ser un escándalo de enormes proporciones que comprometiera a una de las familias reales de Europa. Para decirlo claramente, el asunto concierne a la gran Casa de Ormstein, los reyes herederos de Bohemia.

—También me había dado cuenta de eso —murmuró Holmes acomodándose en su butaca y cerrando los ojos.

Nuestro visitante miró con aparente sorpresa la lánguida figura reclinada del hombre al que, sin duda, le habían descrito como el razonador más agudo y el agente más altivo de Europa. Holmes abrió los ojos lentamente y miró con impaciencia a su gigantesco cliente.

—Si Su Majestad condescendiese a exponer su caso —dijo—, podría aconsejarle mejor.

El hombre se levantó de la silla de un salto y se puso a moverse por la habitación preso de una agitación incontrolable. Luego, con un gesto de desesperación, se arrancó el antifaz de la cara y lo tiró al suelo.

—Tiene usted razón —gritó—. Soy el rey. ¿Por qué tratar de esconderlo?

—Claro, ¿por qué? —murmuró Holmes—. Antes de que me hablase Su Majestad ya sabía yo que me estaba dirigiendo a Wilhelm Gottsreich Sigismond von Ormstein, Gran Duque de Cassel-Felstein y rey heredero de Bohemia.

—Pero usted comprenderá —dijo nuestro extraño visitante, sentándose otra vez y pasándose la mano por su frente alta y blanca—, usted comprenderá que no estoy acostumbrado a resolver en persona esta clase de asuntos. Pero era algo tan delicado que no podía confiarlo a un agente sin arriesgarme a caer en su poder. He venido de incógnito desde Praga con el fin de consultarle a usted.

—Pues consúlteme, por favor —dijo Holmes, volviendo a cerrar los ojos.

—Con toda brevedad, los hechos son éstos: Hace unos cinco años, en una prolongada visita a Varsovia, conocí a la famosa aventurera Irene Adler. Seguramente el nombre le es a usted familiar.

—Tenga la bondad de consultar mi índice, doctor —murmuró Holmes sin abrir los ojos.

Durante muchos años había seguido el sistema de coleccionar noticias sobre toda clase de personas y cosas y era difícil que se nom-



brara un asunto o a alguien sobre los que no pudiera proporcionar en seguida información. En este caso encontré la biografía de Irene Adler entre la de un rabino judío y la de un oficial que había escrito una monografía sobre los peces de las grandes profundidades.

—Déjeme ver —dijo Holmes—. A ver... Nacida en New Jersey en el año 1858. Contralto..., ¡ah! La Scala. ¡Vaya! *Prima donna* de la ópera imperial de Varsovia... Retirada de la escena..., ejem... Vive en Londres... Quiero entender que Su Majestad se vio relacionado con esta joven, le escribió algunas cartas comprometedoras y está ahora deseoso de tenerlas en su poder.

—¡Exactamente! Pero ¿cómo...?

—¿Hubo un matrimonio secreto?

—No, en absoluto.

—¿Ningún documento legal o certificado?

—Ninguno.

—Entonces, no le comprendo, Majestad. Si esta joven sacara a relucir las cartas para un chantaje o con cualquier otro propósito, ¿cómo va a probar su autenticidad?

—Está mi letra.

—¡Bah! Se puede falsificar.

—Mi papel particular.

—Robado.

—Mi propio sello.

—Imitado.

—Mi fotografía.

—Comprada.

—Estábamos los dos en la fotografía.

—¡Ay! Eso es un mal asunto. Su Majestad ha cometido una grave indiscreción.

—Estaba perturbado, loco.

—Se ha comprometido usted seriamente.

—Entonces era sólo príncipe heredero. Era joven. Sólo tengo treinta años.

—Hay que recuperarla.

—He tratado de hacerlo, pero sin éxito.

—Su Majestad tendría que pagar. Hay que comprarla.

—No quiere venderla.

—Pues robarla.

—Se han hecho cinco tentativas. Por dos veces unos ladrones le saquearon la casa por encargo mío. Otra vez le cambiamos de trayecto todo el equipaje durante un viaje. Otras dos veces le hemos tendido trampas, pero sin resultado.

—¿Sin encontrar rastro de la foto?

—Ninguno absolutamente.

Holmes se rió.

—Realmente es un problemita... —dijo.

—Pero para mí es muy serio —le reprochó el rey.

—Claro, claro. ¿Y qué es lo que pretende hacer ella con la fotografía?

—Arruinar mi vida.

—Pero, ¿cómo?

—Voy a casarme.

—Sí, ya he oído hablar de eso.

—Voy a casarme con Clotilde Lothman von Saxe-Meiningen, hija segunda del rey de Escandinavia. Quizá conozca usted los principios tan estrictos de su familia. Ella misma es la pura delicadeza. Cualquier sombra de duda con respecto a mi conducta haría que se diera por roto el compromiso.

—¿Y qué dice Irene Adler?

—Amenaza con mandarles la fotografía. Y lo hará. Sé que lo hará. Usted no la conoce, pero tiene un carácter de acero. Su rostro es el más hermoso que pueda darse en una mujer, pero su mente es la del más obstinado de los hombres. Antes de que yo pueda casarme con otra mujer, hará cualquier cosa.

—¿Y está seguro de que todavía no ha mandado la fotografía?

—Estoy seguro.

—¿Por qué?

—Porque ha dicho que la mandará el día en que se haga público el compromiso, y esto sucederá el lunes próximo.

—¡Bueno! ¡Entonces todavía tenemos tres días! —dijo Holmes, bostezando—. Menos mal, porque tengo uno o dos asuntos de importancia de los que ocuparme en este momento. ¿Se quedará Su Majestad en Londres por ahora?

—Por supuesto. Me puede usted encontrar en el Langham bajo el nombre de conde Von Kramm.

—Entonces le dejaré una nota diciéndole cómo va el asunto.

—Hágalo, por favor. Estaré lleno de impaciencia.

—¿Y sobre el dinero?

—Tiene usted *carte blanche*.

—¿Completamente?

—Daría una de las provincias de mi reino por recuperar esa fotografía.

—¿Y para los gastos del momento?

El rey sacó de debajo de su capa una pesada bolsa de piel de gamuza y la puso sobre la mesa.

—Aquí hay trescientas libras en oro y seiscientas en billetes —dijo.

Holmes hizo un recibo en una hoja de su bloc de notas y se lo dio.

—¿Y las señas de Mademoiselle? —preguntó.

—Son: Briony Lodge, Serpentine Avenue, St. John's Wood.



Holmes las anotó.

—Y otra pregunta —dijo pensativo—. ¿La fotografía era del tamaño de un cuadro?

—Sí, lo era.

—Entonces, buenas noches, Majestad. Espero que tengamos pronto buenas noticias que comunicarle. Y buenas noches, Watson —dijo mientras las ruedas del carruaje real sonaban calle abajo—. Si fuera usted tan amable de venir mañana por la tarde a las tres, me gustaría charlar de este asunto con usted.

## 2

A las tres en punto estaba yo en Baker Street, pero Holmes no había llegado todavía. La dueña de la casa me dijo que había salido poco después de las ocho de la mañana. Me senté junto al fuego con la intención de esperarle hasta la hora que fuese. Estaba ya muy interesado en su investigación porque, aunque no estaba rodeado esta vez de ninguna de las circunstancias extrañas o pavorosas de los otros dos crímenes en los que yo había intervenido, la naturaleza del caso y la elevada posición de su cliente le daban un carácter peculiar. La verdad era que aparte del tipo de investigación que tenía mi amigo entre manos, había algo en su maestría para enfrentarse con una situación, en su razonamiento agudo e inteligente, que hacía que fuera un placer para mí estudiar su sistema de trabajo, seguir sus métodos tan rápidos y sutiles con los que era capaz de desembrollar los misterios más intrincados. Estaba yo tan acostumbrado a sus éxitos seguros, que la posibilidad de un fracaso no entraba en mi mente.

Eran ya cerca de las cuatro, cuando se abrió la puerta y entró en la habitación un mozo con pinta de borracho, desharrapado, con patillas largas, la cara enrojecida y mal vestido. Acostumbrado como estaba a la asombrosa facilidad de mi amigo para disfrazarse, tuve, sin embargo, que mirar tres veces hasta asegurarme de que, ciertamente, era él. Me hizo un pequeño gesto y desapareció en el dormitorio, de donde salió a los cinco minutos con su traje de mezclilla y su aspec-

to tan respetable como siempre. Se metió las manos en los bolsillos, estiró las piernas delante del fuego y se rió de buena gana durante un rato.

—¡Vaya, vaya! —exclamó riéndose, se atragantó, volvió a reírse hasta que se vio obligado a tumbarse hacia atrás y se quedó en la silla sin poder hacer nada.

—¿Qué pasa?

—Es muy divertido. Estoy seguro de que no adivina cómo he pasado la mañana y qué he acabado haciendo.

—No sé. Supongo que ha estado usted observando las costumbres y quizá también la casa de la señorita Irene Adler.

—Cierto. Pero no es que haya sido muy corriente la forma en que se ha desarrollado todo. Pero voy a contárselo. Salí de la casa esta mañana un poco después de las ocho, disfrazado de mozo de cuadra sin trabajo. Entre los que andaban por las caballerizas existe una gran camaradería, una verdadera masonería; si eres uno de ellos, sabrás todo lo que haya que saber. Encontré Briony Lodge en seguida. Es una joya de villa; con jardín en la parte de atrás y construida justo en la parte de delante, dando al camino; es de dos pisos. Cerradura Chubb en la puerta. Un amplio cuarto de estar a la derecha, bien amueblado, con ventanales grandes casi hasta el suelo, y esos absurdos cierres ingleses en las ventanas que hasta un niño podría abrir. En la parte de atrás no había nada de especial interés, salvo que la ventana del pasillo se podía alcanzar desde el tejado de la cochera. Di la vuelta a la casa y la examiné detenidamente desde todos los ángulos posibles, pero no noté ninguna otra cosa que tuviera interés.

»Me dediqué después a vagabundear por la calle y observé, como me esperaba, que las caballerizas estaban en un callejón pegado a una de las tapias del jardín. Ayudé a los mozos de las cuadras a limpiar los caballos, y en pago recibí dos peniques, un vaso de cerveza, un poco de tabaco de pipa y toda la información que quise sobre la señorita Adler, para no hablar de otra media docena de personas de la vecindad en las que no estaba interesado en absoluto, pero cuyas biografías no tuve más remedio que escuchar.

—¿Y qué contaron de Irene Adler? —pregunté.

—Bueno, ha vuelto locos a todos los hombres de los alrededores. Es lo más bonito que hay en este planeta bajo un sombrero. Por lo menos eso le decía un mozo de la cuadra de Serpentine a otro. Vive tranquila, canta



en conciertos, sale en coche todas las tardes a las cinco, y vuelve puntualmente a cenar a las siete. Es raro que salga otras veces, como no sea cuando canta. Recibe solamente un visitante varón, pero son visitas muy frecuentes. Es moreno, bien parecido y gallardo; va a verla todos los días y por lo menos una vez. Es el señor Godfrey Norton, del Inner Temple. Fíjese en las ventajas que tiene tener un cochero como confidente. Le han llevado a casa por lo menos una docena de veces desde las cocheras de Serpentine y lo saben todo sobre él. Cuando hube escuchado todo lo que tenía que contarme, me fui a pasear otra vez por los alrededores de Briony Lodge y a pensar en mi plan de ataque.

»Este Godfrey Norton es evidentemente un factor importante en todo el asunto. Es abogado; esto es un mal síntoma. ¿Qué relación hay entre ellos y qué objeto tienen sus repetidas visitas? ¿Es ella su cliente, su amiga o su amante? En el primer caso, le habría dado la fotografía para que la guardase. En el último caso, era menos probable que lo hubiera hecho. Dependía de eso el que yo siguiera mi trabajo en Briony Lodge, o volviera mi atención a la residencia del caballero en el Temple. Esto era un punto delicado y ampliaba mi campo de investigación. Me temo que le estoy aburriendo con estos detalles, pero tengo que hacerle ver mis pequeñas dificultades para que se haga usted cargo de la situación.

—Le sigo con mucho interés —dije yo.

—Estaba todavía dándole vueltas al asunto, cuando llegó a Briony Lodge un coche elegante del que descendió un caballero. Era un hombre muy atractivo, moreno, de nariz aguilina, con bigote; era evidentemente el hombre del que había oído hablar. Parecía tener mucha prisa, gritó al cochero que le esperase y entró corriendo sin mirar a la criada que le abría la puerta, como alguien que se encuentra en su casa.

»Estuvo dentro una media hora, y pude verle un poco a través de las ventanas del cuarto de estar, moviéndose de un lado a otro y agitando nerviosamente los brazos. A ella no la pude ver. Por fin salió él, más excitado aún que cuando entró. Cuando subía al coche, sacó un reloj de oro del bolsillo y lo miró atentamente. «Corre como un diablo —gritó—, primero a Gross and Hankey en Regent Street y luego a la iglesia de Santa Mónica en la calle Edgware. ¡Media guinea si lo haces en veinte minutos!»

»Se habían ido y estaba yo pensando si no debería haberlos seguido, cuando por la

callecita de detrás apareció un pequeño landó con un cochero todavía a medio abotonar su librea, la corbata debajo de la oreja y todas las hebillas del aparejo a medio abrochar. No se había parado del todo cuando ella salió disparada del vestíbulo y se metió en el landó. Sólo vislumbré un atisbo de ella, pero era una mujer deliciosa, con un rostro por el que podría morir cualquier hombre.

»«A la iglesia de Santa Mónica, John —gritó ella—, y medio soberano si llegas en veinte minutos.»

»Aquello era demasiado bueno como para perderselo, Watson. Estaba dudando si debería seguirlo a la carrera o encaramarme detrás del landó cuando entró por la calle un coche de punto. El cochero miró dos veces a tan desastrado pasajero, pero yo me metí dentro antes de que pudiera objetar nada.

»«A la iglesia de Santa Mónica —dije—, y medio soberano si llega en veinte minutos.» Eran las doce menos veinticinco y por supuesto que resultaba bastante claro lo que estaba en el aire.

»Mi cochero se apresuró. Creo que nunca he corrido tanto, pero los otros estaban allí antes que nosotros. El coche y el landó, con los caballos sudorosos, estaban ante la puerta cuando llegué yo. Pagué al cochero y entré a toda prisa en la iglesia. No había un alma, salvo los dos a quienes había seguido, y un clérigo con sobrepelliz que parecía discutir con ellos. Los tres se encontraban delante del altar. Yo avancé distraídamente por la nave lateral como cualquier ocioso que se ha metido en una iglesia. De repente, para sorpresa mía, los tres hombres se dieron la vuelta para mirarme y Godfrey Norton se me acercó corriendo tan deprisa como podía.

»«¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡Usted servirá! ¡Venga! ¡Venga!»

»«¿Qué pasa?», pregunté.

»«Venga, hombre, venga; tres minutos más y no sería legal.»

»Me llevaron casi a rastras al altar y, antes de saber dónde estaba, me encontré mascullando respuestas que me susurraban al oído, y dando fe de cosas de las que no sabía nada, y, en fin, ayudando a la consumación del enlace de Irene Adler, soltera, con Godfrey Norton, soltero. Se hizo todo en un momento, y ahí está el caballero dándome las gracias por un lado y la señora por el otro, mientras el clérigo resplandecía delante de mí. Era la situación más ridícula en que me he encontrado en mi vida, y al pensar en eso ha sido lo que me ha llevado ahora a echarme a reír. Parece que había cierta informalidad en



su licencia de matrimonio; que el clérigo se negaba en absoluto a casarles sin testigos de ninguna especie, y que mi feliz aparición salvó al novio de tener que echarse a la calle en busca de padrino. El novio me dio un soberano que pienso llevar en la cadena de mi reloj en recuerdo de esa ocasión.

—Fue un giro del asunto muy inesperado —dije yo—. ¿Y qué más?

—Bueno, encontré mis planes seriamente amenazados. Parecía que la pareja podía partir inmediatamente, requiriendo así medidas prontas y enérgicas por mi parte. Sin embargo, en la puerta de la iglesia se separaron, y él volvió en el coche al Temple, y ella a su casa. «Saldré en coche por el parque a las cinco, como de costumbre», dijo ella, al despedirse. No oí más. Se marcharon en sus coches en diferentes direcciones, y yo me fui a hacer unas gestiones.

—Que eran...

—Un poco de carne fiambre y un vaso de cerveza —respondió, tocando la campanilla—. He estado demasiado ocupado para pensar en alimentarme; y es probable que esté aún más ocupado esta tarde. Por cierto, doctor, necesito su cooperación.

—Me encantará.

—¿No le importa infringir la ley?

—Ni en lo más mínimo.

—¿Ni exponerse a ser detenido?

—No, por una buena causa.

—¡Ah, la causa es excelente!

—Entonces soy su hombre.

—Estaba seguro de que podría confiar.

—Cuando la señora Turner haya traído la bandeja se lo pondré en claro. Bueno —dijo, al aplicarse vorazmente al sencillo alimento traído por nuestra patrona—, tengo que explicarlo mientras como porque no tengo mucho tiempo. Ya son casi las cinco. Dentro de dos horas debemos estar en el escenario de la acción. La señorita Irene, o mejor dicho, señora, vuelve de su paseo en coche a las siete. Tenemos que estar en Briony Lodge para recibirla.

—¿Y entonces qué?

—Tiene que dejármelo a mí. Ya he arreglado lo que va a ocurrir. Hay sólo un punto en que debo insistir. Usted no debe interferir, pase lo que pase. ¿Entiende?

—¿He de permanecer al margen?

—Sin hacer nada en absoluto. Quizá haya alguna pequeña incomodidad. No se meta en eso. Al final me trasladarán al interior de la casa. Cuatro o cinco minutos después se abrirá la ventana del salón. Usted tiene que situarse cerca de esa ventana abierta.

—Sí.

—Tiene que observarme, pues estaré visible para usted.

—Sí.

—Y cuando levante la mano, así, usted tirará adentro del cuarto una cosa que le voy a dar, y, al mismo tiempo, empezará a gritar: «¡Fuego!» ¿Me sigue?

—Completamente.

—No es nada que dé mucho miedo —dijo, sacando del bolsillo un rollo largo, en forma de cigarro—. Es un cohete de humo corriente, de fontanero, con una tapa a cada lado, para que se encienda solo. Su tarea se limita a eso. Cuando empieza a gritar ¡fuego!, mucha gente lo repetirá. Entonces usted irá hasta el extremo de la calle, y yo me reuniré con usted al cabo de diez minutos.

—Tengo que permanecer inadvertido, acercarme a la ventana, observarle, y, a su señal, lanzar adentro este objeto, entonces gritar ¡fuego!, y esperarle en la esquina de la calle.

—Exactamente.

—Entonces puede confiar por completo en mí.

—Exactamente. Creo que ya es hora de que me prepare para el nuevo papel que tengo que desempeñar.

Desapareció en su alcoba, y al cabo de pocos minutos volvió caracterizado como un amigable e ingenuo clérigo no-conformista. Su ancho sombrero negro, sus pantalones con rodilleras, su corbata blanca, su sonrisa comprensiva y su aire de curiosidad atisbadora y benévola eran tales que al único al que no podría haber igualado era al mismísimo John Hare. No era sólo que Holmes hubiera cambiado de ropa. Su expresión, sus maneras, su misma alma parecían variar con cada nuevo papel que asumía. Las tablas perdieron un excelente actor y la ciencia un agudo razonador, cuando se hizo especialista en delitos.

Eran las seis y cuarto cuando salimos de Baker Street, y todavía faltaban diez minutos para la hora cuando nos encontramos en Serpentine Avenue. Ya oscurecía y empezaban a encender los faroles cuando nos pusimos a pasear por delante de Briony Lodge, esperando la llegada de su residente. La casa era tal como me la había imaginado por la sucinta descripción de Sherlock Holmes, pero el barrio parecía menos apacible de lo que esperaba. Al contrario, para ser una pequeña calle de un barrio tranquilo, estaba notablemente animada. Había un grupo de hombres mal vestidos fumando y riendo en una esquina, un afilador con su rueda, dos soldados que



flirteaban con una niñera y varios jóvenes bien vestidos que paseaban ociosos con el cigarro en la boca.

—Ya ve —hizo notar Holmes, mientras dábamos vueltas delante de la casa—, esa boda más bien simplifica las cosas. Ahora la fotografía es un arma de doble filo. Lo más probable es que ella esté en contra de que la vea el señor Godfrey Norton como nuestro cliente de que llegue a verla su princesa. Ahora la cuestión es ¿dónde vamos a encontrar la fotografía?

—Dónde, es verdad.

—Es poco probable que la lleve consigo por ahí. Tiene un tamaño como para colgarla. Demasiado grande para que la esconda en un traje de mujer. Sabe que el rey es capaz de hacerla secuestrar y registrar. Ya se han hecho dos intentos. Podemos suponer, entonces, que no la lleva con ella por ahí.

—¿Dónde está, entonces?

—Con su banquero o su abogado. Hay esa doble posibilidad. Pero no me inclino por ninguna de ellas. Las mujeres, por naturaleza, son dadas al secreto, y les gusta ocuparse de sus propias intrigas. ¿Por qué habría de entregárselo a nadie? Podría fiarse de su propia custodia, pero no podría decir qué influencias indirectas o políticas cabría ejercer en un hombre de negocios. Además, recuerde que había decidido usarla dentro de pocos días. Debe estar donde la pueda tener a mano: en su casa.

—Pero ya la han registrado dos veces.

—¡Bah! No sabían dónde mirar.

—Pero ¿cómo va a mirar usted?

—Yo no miraré.

—Entonces, ¿qué?

—Haré que ella me la enseñe.

—Pero ella se negará.

—No será capaz. Pero oigo ruido de ruedas. Es su coche. Ahora cumpla mis órdenes al pie de la letra.

Mientras hablaba, el fulgor de los faroles laterales de un coche dio la vuelta a la curva de la calle. Era un pequeño landó, muy elegante, que se paró traqueteando a la puerta de Briony Lodge. Al detenerse, uno de los ociosos de la esquina se precipitó a abrir la puerta con la esperanza de ganarse una moneda de cobre, pero otro ocioso, que se había precipitado con la misma intención, le echó a un lado de un codazo. Se armó una feroz pelea que fue en aumento al sumarse dos soldados, que tomaron partido por uno de los ociosos, y el afilador, que se acaloró igualmente a favor del otro. Hubo un estrépito, y, al cabo de un momento, la señora,

que había bajado del coche, quedó en el centro de un ovillo de hombres enzarzados que se golpeaban salvajemente con los puños y los bastones. Holmes se lanzó al grupo para proteger a la señora, pero, en el momento en que la alcanzaba, dio un grito y cayó al suelo. La sangre le corría en abundancia por la cara. Ante su caída, los soldados echaron a correr en una dirección y los ociosos en la otra, mientras que unos cuantos hombres bien vestidos, que habían visto la reyerta sin tomar parte en ella, se agolparon para ayudar a la señora y ocuparse del herido. Irene Adler, como seguiré llamándola, había subido a toda prisa los escalones de la entrada, pero se quedó parada en lo alto, con su soberbia figura en silueta contra las luces del vestíbulo, volviéndose a mirar hacia la calle.

—¿Se ha hecho mucho daño ese caballero? —preguntó.

—Está muerto —gritaron varias voces.

—No, no, todavía vive —gritó otro—. Pero se morirá antes de poderle llevar al hospital.

—Es un valiente —dijo una mujer—. Le habrían quitado el bolso y el reloj a la seño-

—Está muerto —gritaron varias voces.





ra si no hubiera sido por él. Eran una banda, y muy dura, además. ¡Ah!, ahora respira.

—No puede quedarse tirado en la calle. ¿Podemos meterle dentro, señora?

—Claro. Póngale en el salón. Hay un sofá cómodo. Por aquí, por favor.

Solemne y lentamente, le transportaron a Briony Lodge, y le tendieron en el salón principal, mientras yo desde mi puesto seguía observando por la ventana lo que pasaba. Se habían encendido las lámparas, pero no habían echado las cortinillas, de modo que podía ver a Holmes tendido en el diván. No sé si él estaba arrepentido en ese momento por el papel que desempeñaba, pero sé que yo nunca me sentí más cordialmente avergonzado de mí mismo que cuando vi a la hermosa criatura contra quien conspiraba, y la gracia y bondad con que atendía al herido. Y sin embargo, sería la más negra traición a Holmes echarme atrás en ese momento, rechazando el papel que me había confiado. Hice de tripas corazón, y saqué de mi impermeable el cohete de humo. Después de todo, pensé, no le hacemos ningún daño. Sólo le impedimos que haga daño a otro.

Holmes se incorporó en el diván y le vi hacer gestos como si necesitara aire. Una doncella se precipitó a abrir la ventana de par en par. En el mismo instante le vi levantar la mano y ante esa señal lancé el cohete al salón y grité: «¡Fuego!» Apenas salió de mi boca esa palabra cuando toda la multitud de espectadores —bien y mal vestidos, caballeros, mozos de cuadra, criados— se unieron al clamor general de «¡Fuego!». Densas nubes de humo subieron en volutas por el salón y salieron por la ventana. Vislumbré un atisbo de figuras apresuradas, y un momento después oí la voz de Holmes desde dentro asegurando que era una falsa alarma. Deslizándome entre la multitud clamorosa, me abrí paso hasta la esquina de la calle, y diez minutos después me alegré de encontrar el brazo de mi amigo cogido al mío, y de escapar del lugar del estrépito. Caminé deprisa y en silencio unos pocos minutos, hasta que doblamos por una de las tranquilas calles que llevaban a Edgeware Road.

—Lo hizo muy bien, doctor —observó—. No pudo estar mejor.

—¿Tiene la fotografía?

—Sé dónde está.

—¿Y cómo lo averiguó?

—Ella me la enseñó, como ya le dije que haría.

—Sigo sin verlo claro.

—No quiero hacer un misterio de ello

—dijo, riendo—. El asunto era muy sencillo. Usted, claro, vio que todos los de la calle eran cómplices. Estaban contratados para la tarde.

—Me lo supuse.

—Entonces, cuando se armó la pelea, yo tenía un poco de pintura roja fresca en la mano. Avancé rápidamente, me di una palmada en la cara y me convertí en un espectáculo lamentable. Es un viejo truco.

—Eso también lo pude adivinar.

—Entonces me llevaron adentro. Ella tenía que dejarme entrar. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Y me pusieron en el salón, que era el sitio que sospechaba yo. La foto tenía que estar en el salón o en su alcoba, y yo me había propuesto averiguar en cuál de los dos. Me tendieron en el diván, hice gestos pidiendo aire, hubo que abrir la ventana y usted tuvo su oportunidad.

—¿De qué le sirvió eso?

—Era muy importante. Cuando una mujer cree que hay fuego en la casa, su instinto le hace precipitarse hacia lo que más valora. Es un impulso que lo sobrepasa todo, y más de una vez me he aprovechado de él. Me sirvió en el caso del Escándalo de la Sustitución de Darlington, y también en el asunto del Castillo de Arnsworth. Una casada corre en busca de su niño; una soltera, de su caja de joyas. Ahora bien, para mí estaba claro que nuestra susodicha señora no tenía en la casa nada máspreciado que lo que buscamos. Se precipitaría a ponerlo a salvo. La alarma de fuego se dio admirablemente. El humo y los gritos eran como para poner nervioso a cualquiera. Ella respondió muy bien. La fotografía está en un escondite detrás de un panel deslizante, encima mismo del cordón de la campanilla a la derecha. Estuvo allí un momento, y vi de reojo cuando la sacó. Al gritar yo que era una falsa alarma, la volvió a meter, descubrió el cohete, salió precipitadamente del cuarto y no la volví a ver. Me levanté, y presentando excusas, escapé de la casa. Pensé en intentar apoderarme de la fotografía al momento, pero había entrado el cochero y, como me observaba de cerca, me pareció más seguro esperar.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Nuestra búsqueda prácticamente ha terminado. Me presentaré mañana con el rey y con usted, si quiere venir con nosotros. Nos harán entrar al salón a esperar a la señora, pero es probable que cuando llegue no nos encuentre ni a nosotros ni a la fotografía. Podría ser una satisfacción para Su Majestad recuperarla con sus propias manos.



—¿Y cuándo va a ir?

—A las ocho de la mañana. Ella no estará levantada, así que tendremos el campo libre. Además, debemos ser rápidos, pues este matrimonio puede significar un cambio completo en su vida y costumbres. Tengo que telegrafiar al rey sin tardanza.

Habíamos llegado a Baker Street y Holmes se había parado a la puerta. Estaba buscando la llave en los bolsillos, cuando alguien que pasaba dijo:

—Buenas noches, señor Holmes.

Había varias personas en la acera en ese momento, pero el saludo parecía venir de un joven delgado con impermeable que había pasado de prisa a nuestro lado.

—No es la primera vez que oigo esa voz —dijo Holmes, mirando fijamente por la calle mal iluminada—. Pero ¿quién diablos podría ser?

### 3

Esa noche dormí en Baker Street. A la mañana siguiente, estábamos ocupados en nuestro café con tostadas, cuando entró precipitadamente en el cuarto el rey de Bohemia.

—¿De veras lo tiene? —exclamó, agarrando a Sherlock Holmes por los hombros y mirándole afanosamente a la cara.

—Todavía no.

—Pero ¿tiene esperanzas?

—Tengo esperanzas.

—Entonces, vamos. Estoy muy impaciente por ir.

—Tenemos que buscar un coche.

—No, mi *brougham* espera.

—Entonces eso simplificará el asunto. —Bajamos y nos pusimos otra vez en marcha hacia Briony Lodge.

—Irene Adler se ha casado —hizo notar Holmes.

—¿Se ha casado? ¿Cuándo?

—Ayer.

—Pero ¿con quién?

—Con un abogado inglés llamado Norton.

—Pero ella no puede amarle.

—Espero que sí le ame.

—¿Y por qué lo espera?

—Porque eso ahorraría a Su Majestad to-

do temor de futuras molestias. Si la señora ama a su marido, no ama a Su Majestad. Si no ama a Su Majestad, no hay razón para que se interfiera en los planes de Su Majestad.

—Es verdad. Y sin embargo... Bueno, ojalá hubiera sido de mi rango. ¿Qué reina habría sido!

Volvió a caer en un silencio malhumorado, que no se rompió hasta que paramos en Serpentine Avenue.

La puerta de Briony Lodge estaba abierta, y había una mujer de cierta edad esperando en lo alto de los escalones. Nos observó con mirada sardónica cuando bajamos del *brougham*.

—El señor Sherlock Holmes, creo —dijo.

—Sí, soy el señor Holmes —respondió mi compañero, mirándola con ojos interrogantes y más bien sorprendidos.

—¡Claro! La señora dijo que probablemente vendría usted. Se ha marchado esta mañana, con su marido, en el tren de las 5.15, desde Charing Cross, hacia el Continente.

—¿Cómo! —Sherlock Holmes retrocedió tambaleándose, blanco de sorpresa y consternación.

—¿Quiere decir que se ha ido de Inglaterra?

—Para no volver jamás.

—¿Y la fotografía? —preguntó el rey, ronco—. ¡Todo está perdido!

—Vamos a ver.

Entró, apartando a la criada de un empujón, y se dirigió al salón, seguido por el rey y por mí. Los muebles estaban dispersos por todas partes, con las estanterías desmanteladas y los cajones abiertos, como si la señora los hubiera saqueado a toda prisa antes de huir. Holmes se precipitó al cordón de la campanilla, echó a un lado un pequeño cierre deslizante y, metiendo la mano, sacó una fotografía y una carta. La fotografía era de Irene Adler en traje de noche; la carta estaba dirigida a «Sr. Sherlock Holmes. Para dejar hasta que la recojan.» Mi amigo la abrió rompiéndola y la leímos los tres juntos. Estaba fechada en la medianoche anterior y decía así:

«Mi querido señor Sherlock Holmes: Realmente lo hizo muy bien. Me sorprendió por completo. Hasta la alarma de fuego, no tuve sospechas. Pero entonces, al descubrir cómo me había traicionado yo misma, me puse a pensar. Me habían advertido contra usted hacía meses. Me habían dicho que si el rey em-





*Entró, apartando a la criada de un empujón, y se dirigió al salón, seguido por el rey y por mí.*

pleaba un agente, sin duda sería usted. Y me habían dado su dirección. Pero, aun así, usted me hizo revelar lo que quería saber. Incluso después de empezar a sospechar, me resultó difícil pensar mal de un viejo clérigo tan simpático y bondadoso. Pero, ya sabe, yo también tengo experiencia como actriz. La vestimenta masculina no es nada nuevo para mí. Muchas veces me aprovecho de las posibilidades que tiene. Envié a John, el cochero, a observarle, subí corriendo, me puse mi ropa de paseo, como la llamo, y bajé cuando usted se iba.

»Bueno, le seguí hasta la puerta, y así comprobé que realmente yo era motivo de interés para el célebre señor Sherlock Holmes. Entonces, con cierta imprudencia, le di las buenas noches y me dirigí al Temple a ver a mi marido.

»Ambos pensábamos que el mejor recurso era la huida, ante la persecución de tan temible antagonista, así que encontrará vacío el nido cuando llegue mañana. En cuanto a la fotografía, su cliente puede estar tranqui-

lo. Amo a un hombre que me ama y que vale más que él. El rey puede hacer lo que quiera sin estorbo por parte de una mujer a la que él agravió cruelmente. La conservo sólo para mi salvaguardia, y por guardar un arma que siempre me defienda de cualquier paso que dé en el futuro. Dejo una fotografía que quizá él desee poseer, y quedo, querido señor Sherlock Holmes, muy afectísima, suya,

*»Irene Norton, née Adler.»*

—¡Qué mujer... oh, qué mujer! —exclamó el rey de Bohemia, cuando leímos los tres esa carta—. ¿No le dije qué rápida y decidida era? ¿No es una lástima que no estuviera a mi nivel?

—Por lo que he visto de la señora, parece, efectivamente, estar en un nivel muy diferente del de Su Majestad —dijo Holmes, fríamente—. Lamento no haber sido capaz de llevar el asunto de Su Majestad a una conclusión más feliz.

—Al contrario, querido señor Holmes —exclamó el rey—, nada podría ser un éxito mayor. Sé que su palabra es inviolable. La fotografía está ahora tan segura como si estuviera en el fuego.

—Me alegro oírsele decir, Majestad.

—Tengo una inmensa deuda con usted. Por favor, dígame de qué modo puedo recompensarle. Este anillo... —Sacó del dedo un anillo en forma de serpiente con una esmeralda, y se lo puso en la palma de la mano.

—Su Majestad tiene algo que yo apreciaría aún más altamente —dijo Holmes.

—No tiene más que decirlo.

—¡Esa fotografía!

El rey le miró pasmado de asombro.

—¡La fotografía de Irene! —exclamó—. Claro, si lo desea.

—Gracias, Majestad. Entonces, no hay nada más que hacer en el asunto. Tengo el honor de desearle muy buenos días.

Se inclinó, se volvió sin fijarse en la mano que le tendía el rey, y se marchó a casa en mi compañía.

Y así fue como un gran escándalo amenazó afectar al reino de Bohemia, y como los mejores planes del señor Sherlock Holmes fueron derrotados por el ingenio de una mujer. El solía bromear sobre lo listas que son las mujeres, pero hace tiempo que no le he oído hacerlo. Y cuando habla de Irene Adler, o alude a su fotografía, siempre es bajo el honroso título de *la* mujer.



# LOS TRES ESTUDIANTES

Fue en el año 95 cuando una combinación de hechos, que no hace falta detallar, dio lugar a que el señor Sherlock Holmes y yo pasáramos unas semanas en una de nuestras grandes ciudades universitarias, y fue por entonces cuando nos ocurrió la pequeña pero instructiva aventura que voy a relatar. Es obvio que cualquier detalle que ayudara al lector a identificar exactamente el *college* o el delincuente sería poco juicioso y ofensivo. Se puede muy bien permitir que se evite un escándalo tan lamentable. Sin embargo, con la debida discreción, se puede describir el incidente, ya que sirve para ilustrar algunas de las cualidades que distinguían a mi amigo. En mi información trataré de evitar los términos que pudieran limitar los hechos a un lugar determinado, o dar una clave en cuanto a las personas en cuestión.

Residíamos entonces en cuartos amueblados cerca de una biblioteca donde Sherlock Holmes llevaba a cabo algunas laboriosas investigaciones sobre antiguos fueros ingleses —investigaciones que llevaron a resultados tan notables que quizá sean tema de una de mis futuras narraciones. Allí fue donde un atardecer recibimos la visita de un conocido, el señor Hilton Soames, *tutor* y profesor en el *college* de St. Luke. El señor Soames era un hombre alto, delgado, de temperamento nervioso y excitable. Yo le recordaba como agitado de modales, pero en esta ocasión determinada estaba tan incontrolable que resultaba claro que había ocurrido algo insólito.

—Confío, señor Holmes, en que pueda reservarme unas pocas horas de su valioso tiempo. Hemos tenido un incidente muy lamentable en St. Luke, y, realmente, de no ser por la feliz casualidad de que usted está en la ciudad, no habría sabido qué hacer.

—Estoy muy ocupado en estos días, y no deseo distracciones —respondió mi amigo—; preferiría, con mucho, que pidiera ayuda de la policía.

—No, mi querido amigo; eso es de todo punto imposible. Una vez que se llama a la justicia ya no se puede parar, y éste es precisamente uno de esos casos en que, por el prestigio del *college*, es esencial evitar el escándalo. Su discreción es tan conocida como

su capacidad, y usted es el único hombre del mundo que puede ser capaz de ayudarme. Le ruego, señor Holmes, que haga todo lo que pueda.

El carácter de mi amigo no había mejorado desde que quedó privado de su ambiente, tan afín a su modo de ser, de Baker Street. Sin sus cuadernos de apuntes, sus químicas, y su desarreglo casero, estaba incómodo. Se encogió de hombros, asintiendo de mala gana, mientras nuestro visitante, con palabras apresuradas y con gestos muy exaltados, iba contando su relato.

—Debo explicarle, señor Holmes, que mañana es el primer día de los exámenes de la beca Fortescue. Yo soy uno de los examinadores. Mi materia es el griego, y el primero de los ejercicios consiste en un amplio trozo de traducción del griego que el candidato no ha visto. Ese trozo está impreso en el papel de los ejercicios, y por supuesto sería inmensamente ventajoso para el candidato poderlo preparar por adelantado. Por esa razón se pone mucho cuidado en mantener en secreto el texto.

»Hoy, hacia las tres, llegaron de la imprenta las pruebas del texto. El ejercicio consiste en medio capítulo de Tucídides. Yo tenía que leerlo cuidadosamente, ya que la transcripción debe ser absolutamente correcta. A las cuatro y media aún no había terminado mi tarea, pero había quedado para tomar el té en el cuarto de un amigo, así que dejé las pruebas en mi mesa. Estuve ausente más de una hora. Como usted sabe, señor Holmes, las puertas de nuestro *college* son dobles: una forrada de bayeta verde, por dentro, y otra de roble, pesada, por fuera. Al acercarme a mi puerta de fuera me extrañó ver puesta una llave. Por un momento imaginé que había dejado allí la mía, pero al palparme el bolsillo me di cuenta de que la llevaba. El único duplicado que existía, que yo supiera, era el que pertenecía a mi criado, Bannister, que cuida de mi cuarto desde hace diez años, y cuya honradez está absolutamente por encima de toda sospecha. Vi que la llave era en efecto la suya, que había entrado en mi cuarto a preguntarme si quería el té y que, distraídamente, había dejado la llave en la puerta al salir. Su visita a mi cuarto



debía haber ocurrido muy pocos minutos después de salir yo. Su despiste habría importado poco en cualquier otra ocasión, pero en este día preciso ha producido las más deplorables consecuencias.

»En el momento en que miré mi mesa me di cuenta de que alguien había estado enredando mis papeles. Las pruebas estaban en tres largas tiras. Yo las había dejado juntas, y me he encontrado con que una de ellas estaba tirada en el suelo, otra en la mesita lateral junto a la ventana y la tercera donde la había dejado.

Holmes se removió por primera vez.

—La primera página en el suelo, la segunda junto a la ventana y la tercera donde la dejó —dijo.

—Exactamente, señor Holmes. Usted me sorprende mucho. ¿Cómo es posible que lo sepa?

—Por favor, continúe su interesante declaración.

—Por un instante imaginé que Bannister se había tomado la imperdonable libertad de examinar mis papeles. Pero él lo negó con la mayor firmeza, y estoy convencido de que decía la verdad. La alternativa era que alguien, al pasar, hubiera observado la llave en la puerta, hubiera sabido que yo estaba fuera y hubiera entrado a mirar los papeles. Está en juego una gran suma de dinero, pues la beca es muy cuantiosa, y un hombre sin escrúpulos podría muy bien correr el riesgo con tal de sacar ventaja sobre sus compañeros.

»Bannister quedó muy trastornado con el incidente. Casi se desmayó cuando descubrimos que habían estado revolviendo los papeles. Le di un poco de coñac y le dejé derrumbado en una butaca mientras yo examinaba el cuarto con todo cuidado. Pronto vi que el intruso había dejado otras pruebas de su presencia, además de los papeles arrugados. En la mesa próxima a la ventana había varias virutas de un lápiz que habían afilado. También estaba allí la punta rota de la mina. Evidentemente, el bribón había copiado el papel con mucha prisa, había roto la mina y había tenido que sacarle punta otra vez.

—¡Excelente! —dijo Holmes, que recobraba su buen humor, mientras su atención iba quedando absorbida por el caso—. La fortuna ha sido amiga suya.

—Eso no era todo. Tengo un escritorio, con una bonita superficie de cuero rojo. Estoy dispuesto a jurar, y también Bannister lo está, que estaba lisa y sin mancha alguna. Pues bien, encontré un corte reciente de unas



*»En el momento en que miré mi mesa, me di cuenta de que alguien había estado enredando mis papeles.*

tres pulgadas; no un simple arañazo, sino un corte decidido. Más aún, en la mesa encontré una bolita de masa negra, o arcilla, con motas de algo que parece serrín. Estoy convencido de que esas huellas las dejó el hombre que revolvió los papeles. No había huellas de zapatos ni de otra prueba sobre su identidad. Yo estaba perplejo; pero felizmente se me ocurrió que usted estaba en la ciudad y vine derecho a poner el asunto en sus manos. ¡Ayúdeme, señor Holmes! Ya ve mi dilema. O tengo que encontrar al culpable, o hay que aplazar el examen hasta que se prepare un nuevo texto, y como esto no se puede hacer sin dar explicaciones, habrá un terrible escándalo, que pondrá una nube no sólo sobre el *college*, sino sobre la Universidad. Sobre todo, deseo arreglar el asunto en silencio y con discreción.

—Me encantará estudiarlo y darle el consejo que sea —dijo Holmes, levantándose y poniéndose el abrigo—. Este no es un caso carente por completo de interés. ¿Le visitó alguien en su cuarto después de que le llegaron las pruebas?



—Sí, el joven Daulat Ras, un estudiante indio que vive en la misma escalera, entró a preguntar algunos detalles sobre el examen.

—¿En el que tiene que tomar parte?

—Sí.

—¿Y estaban los papeles en su mesa?

—Me parece que estaban enrollados.

—Pero ¿podrían reconocerse como pruebas de imprenta?

—Posiblemente

—¿Nadie más entró en su cuarto?

—No.

—¿Sabía alguien que esas pruebas estaban ahí?

—Nadie, salvo el impresor.

—¿Lo sabía ese hombre, Bannister?

—No, seguro que no. Nadie lo sabía.

—¿Dónde está ahora Bannister?

—¡Estuvo muy enfermo, pobre hombre! Le dejé derrumbado en una butaca. Tenía mucha prisa en venir a verle.

—¿Dejó la puerta abierta?

—Primero puse los papeles bajo llave.

—Entonces resulta, señor Soames, que a no ser que el estudiante indio reconociera que los papeles enrollados eran pruebas de imprenta, el que revolvió los papeles tropezó con ellos accidentalmente, sin saber que estaban allí.

—Eso me parece.

Holmes sonrió enigmáticamente.

—Bueno —dijo—, vamos a dar una vuelta. No es un caso para usted, Watson...; mental, no físico. Muy bien, venga si quiere. Bueno, señor Soames, ¡a su disposición!

El saloncito de nuestro cliente daba, por una ventana larga, baja y enrejada, al antiguo patio, cubierto de líquenes, del viejo *college*. Una puerta con arco gótico llevaba a una gastada escalera de piedra. En el piso de abajo estaba el cuarto del *tutor*. Encima, había tres estudiantes, uno en cada piso. Empezaba a oscurecer cuando llegamos al escenario de nuestro problema. Holmes se detuvo y miró la ventana con afán. Luego se acercó y, poniéndose de puntillas, con el cuello estirado, miró al cuarto.

—Debe haber entrado por la puerta. No hay más abertura que el único panel —dijo nuestro docto guía.

—¡Vaya! —dijo Holmes, y sonrió de un modo singular, echando una ojeada a nuestro acompañante—. Bueno, si no hay nada aquí que averiguar, más vale que entremos.

El profesor dio vuelta a la llave de la puerta de roble y nos introdujo en un cuarto. Nos

quedamos en la entrada mientras Holmes examinaba la alfombra.

—Me temo que aquí no hay señales —dijo—. Difícilmente cabría esperarlas en un día tan seco. Su criado parece haberse recuperado bastante. Le dejó en una butaca, dice; ¿cuál butaca?

—Ahí, junto a la ventana.

—Ya veo. Junto a la mesita. Ya pueden entrar. He terminado con la alfombra. Desde luego, lo que ha ocurrido está muy claro. Ese hombre entró y tomó las pruebas, hoja tras hoja, de la mesa central. Se las llevó a la mesa próxima a la ventana, porque desde ahí podía ver si usted cruzaba el patio, y de esa forma escaparse.

—En realidad, no pudo —dijo Soames—, porque entré por la puerta lateral.

—¡Ah, está muy bien! Bueno, en todo caso, eso es lo que él pensaba. Vamos a ver las tres galeradas. No hay señales de los dedos, ¿no! Bueno, se llevó primero ésa y la copió. ¿Cuánto tiempo le llevaría hacerlo, usando todas las abreviaturas posibles? Un cuarto de hora, no menos. Entonces la tiró al suelo y cogió la siguiente. Estaba a mitad de ella cuando su regreso le hizo retirarse a toda prisa, con precipitación, puesto que no tuvo tiempo de volver a poner en su sitio los papeles que le dirían a usted que él había estado aquí. ¿No oyó pasos apresurados por la escalera cuando abrió la puerta de afuera?

—No, no puedo decir que los oyera.

—Sigamos, escribía tan furiosamente que rompió el lápiz, y, como ven, tuvo que afilarlo otra vez. Eso es interesante, Watson. El lápiz no era corriente. Era de un tamaño mayor del normal, con mina blanda; por fuera, de color azul oscuro, con la marca impresa en letras plateadas, y el trozo que quedaba era sólo de una pulgada y media de largo. Busque un lápiz como ése, señor Soames, y tendrá a su hombre. Si añadido que posee una navaja grande y muy roma, tiene una ayuda adicional.

El señor Soames estaba algo abrumado por el alud de datos.

—Puedo entender los otros puntos —dijo—, pero, realmente, eso de la longitud...

Holmes exhibió una astillita con las letras NN y un espacio de madera limpia detrás.

—¿Ve?

—No, me temo que incluso ahora...

—Watson, siempre he cometido una injusticia con usted. Hay otras. ¿Qué podría ser esa NN? Es el final de una palabra. Como usted sabe, Johann Faber es la marca más corriente. ¿No está claro que sólo queda del



lápiz lo que suele seguir a Johann? —Sostuvo la mesita ladeada hacia la luz eléctrica—. Tenía esperanzas de que, si el papel en que escribió era delgado, pudiera pasar alguna huella a esta superficie pulida. No, no veo nada. Creo que no hay más que averiguar aquí. Ahora, a la mesa central. Esta pella, supongo, es la masa negra de que habló usted. Más o menos piramidal de forma, y ahuecada, según veo. Como usted dijo, parece haber granos de serrín en ella. Caramba, es muy interesante. Y el corte es un verdadero desgarrón, ya veo. Empezó con un araño fino y terminó con un agujero irregular. Le agradezco mucho que me haya llamado la atención sobre este caso, señor Soames. ¿A dónde va a dar esa puerta?

—A mi alcoba.

—¿Ha entrado usted en ella desde que ocurrió el incidente?

—No; me fui derecho a buscarle.

—Me gustaría echar una ojeada. ¿Qué cuarto tan encantador, a la antigua usanza! Tenga la bondad de esperar un momento a que examine el suelo. No, no veo nada. ¿Y esa cortina? Usted cuelga su ropa detrás. Si alguien se viera obligado a esconderse en ese cuarto tendría que hacerlo ahí, porque la cama es demasiado baja y el guardarropa demasiado estrecho. No hay nadie, supongo.

Al correr Holmes la cortina, me di cuenta por una pequeña rigidez y alarma en su actitud, de que estaba preparado para una emergencia. En realidad, al correrse la cortina sólo vimos tres o cuatro trajes colgados de una línea de ganchos. Holmes se volvió y se agachó de repente al suelo.

—¡Hola! ¿Qué es esto?

Era una pequeña pirámide de materia negra, como de masilla, exactamente igual a la de la mesa del estudio. Holmes la acercó en la palma de la mano al fulgor de la luz eléctrica.

—Su visitante parece haber dejado huellas en su alcoba igual que en su gabinete, señor Soames.

—¿Qué podía buscar aquí?

—Creo que está bastante claro. Usted volvió por un camino inesperado, así que él no tuvo aviso hasta que estuvo en la misma puerta. ¿Qué podía hacer? Recogió todo lo que pudiera traicionarle y se precipitó en su alcoba para esconderse.

—Dios mío, señor Holmes, ¿quiere decir que mientras yo hablaba con Bannister en este cuarto teníamos al hombre prisionero si lo hubiéramos sabido?

—Así lo interpreto.

—¿No habrá otra alternativa, señor Holmes? No sé si ha observado la ventana de mi alcoba.

—Con enrejado, vidrio emplomado, y de tres hojas separadas, una de ellas girando sobre su gozne, y lo bastante grande como para dejar entrar a un hombre.

—Exactamente. Y da a un rincón del patio de modo que es parcialmente invisible. El hombre pudo efectuar su entrada por allí, dejar huellas al pasar por la alcoba y, finalmente, al encontrar la puerta abierta, escaparse por allí.

—Seamos prácticos —dijo—. Entiendo que usted dice que hay tres estudiantes que usan esta escalera y tienen costumbre de pasar por delante de su puerta, ¿no?

—Eso es.

—¿Y todos ellos toman parte en el examen?

—Sí.

—¿Tiene usted alguna razón para sospechar de alguien más que de los demás?

Soames vaciló.

—Es un asunto muy delicado —dijo—. A nadie le gusta lanzar sospechas donde no hay pruebas.

—Oigamos las sospechas. Yo buscaré las pruebas.

—Le diré entonces, en pocas palabras, cómo son los tres hombres que viven en estas habitaciones. El de más abajo es Gilchrist, buen estudiante y atleta; juega en los equipos de rugby y cricket del *college*, y ganó el campeonato de vallas y salto de longitud. Es un tipo excelente, muy hombre. Su padre era el famoso sir Jabez Gilchrist, arruinado en las carreras de caballos. Mi estudiante ha quedado muy pobre, pero trabaja mucho y es muy aplicado. Le irá bien.

»En el segundo piso vive Daulat Ras, el indio. Es un tipo silencioso, inescrutable, como suelen ser esos indios. Está muy bien en su trabajo; el griego es su punto débil. Es constante y metódico.

»El piso de arriba le corresponde a Miles McLaren. Es un tipo brillante cuando se le antoja trabajar, una de las inteligencias más claras de la Universidad, pero es un descarriado, disipado y sin principios. Casi le expulsaron por un escándalo de juego en su primer año. Ha hecho el vago todo este trimestre y debe tener miedo al examen.

—Entonces, ¿es de él de quien sospecha?

—No me atrevo a llegar a tanto. Pero de los tres es quizá el menos improbable.

—Exactamente. Ahora, señor Soames, vamos a ver a su sirviente, Bannister.



Era un hombrecillo de cara pálida, bien afeitado y de pelo gris, de unos cincuenta años. Todavía sufría de ese repentino trastorno en la tranquila rutina de su vida. Su gruesa cara se agitaba con nerviosismo, y sus dedos no podían estarse quietos.

—Estamos investigando ese desgraciado asunto, Bannister —dijo su amo.

—Sí, señor.

—¿Entiendo —dijo Holmes— que dejó su llave en la puerta?

—Sí, señor.

—¿No es un tanto extraño que lo hiciera el mismo día en que estaban dentro esos papeles?

—Fue una desgracia, señor. Pero me ha ocurrido lo mismo otras veces.

—¿Cuándo entró en el cuarto?

—Era hacia las cuatro y media. Es la hora del té del señor Soames.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Cuando vi que estaba ausente, me retiré en seguida.

—¿Miró usted esos papeles de la mesa?

—No, señor, seguro que no.

—¿Cómo ocurrió que dejó la llave en la puerta?

—Llevaba en la mano la bandeja del té. Pensé volver por la llave. Luego me olvidé.

—La puerta de afuera, ¿tiene un pestillo de resorte?

—No, señor.

—Entonces, ¿estuvo abierta todo el tiempo?

—Sí, señor.

—Cuando volvió el señor Soames y le llamó, ¿se inquietó mucho?

—Sí, señor. No me ha ocurrido nunca nada semejante en los muchos años que llevo aquí. Casi me desmayé, señor.

—Eso tengo entendido. ¿Dónde estaba cuando empezó a sentirse mal?

—¿Dónde estaba yo, señor? Pues ahí, cerca de la puerta.

—Es curioso, porque se sentó en la butaca de allá, junto al rincón. ¿Por qué no se sentó en alguna de esas otras?

—No lo sé, señor. No me fijé dónde me sentaba.

—Realmente, no creo que se diera cuenta, señor Holmes. Tenía muy mala cara..., terrible de veras.

—¿Se quedó ahí cuando se marchó su amo?

—Sólo algunos minutos. Luego cerré la puerta con llave y marché a mi cuarto.

—¿De quién sospecha?

—Ah, no me atrevería a decir, señor. No

creo que haya ningún caballero en esta Universidad capaz de aprovecharse de esta manera. No, señor, no lo creo.

—Gracias; basta con esto —dijo Holmes—. Ah, una palabra más. ¿No habrá dicho a ninguno de los tres caballeros a quienes atiende que ocurre nada especial?

—No, señor; ni palabra.

—¿No ha visto a ninguno de ellos?

—No, señor.

—Muy bien. Bueno, señor Soames, vamos a dar un paseo por el patio, si le parece.

Tres cuadrados amarillos de luz brillaban sobre nosotros en la creciente oscuridad.

—Sus tres pájaros están todos en sus nidos —dijo Holmes, levantando los ojos—. ¿Cómo? ¿Qué es eso? Uno de ellos parece bastante inquieto.

Era el indio, cuya silueta oscura apareció de repente sobre la cortinilla. Daba vueltas rápidamente por su cuarto.

—Me gustaría echarles una ojeada a todos ellos —dijo Holmes—. ¿Es difícil?

—No hay problema —respondió Soames—. Este grupo de habitaciones es con mucho el más antiguo del *college*, y no es raro que los visitantes pasen por ellas. Vamos allá y yo en persona les guiaré.

—¡Nada de nombres, por favor! —dijo Holmes, al llamar a la puerta de Gilchrist.

La abrió un joven alto, delgado, de pelo de lino, que nos dio la bienvenida al oír a qué íbamos. Dentro había algunas muestras realmente curiosas de arquitectura doméstica medieval. Holmes se sintió tan encantado con una de ellas que se empeñó en dibujarla en su cuaderno de notas; rompió el lápiz, tuvo que pedir prestado uno a nuestro anfitrión, y por fin pidió prestada una navaja para afilar el suyo. El mismo curioso accidente le ocurrió en las habitaciones del indio, un tipo silencioso y de nariz ganchuda, que nos miró de medio lado y se alegró obviamente cuando llegaron a su fin los estudios arquitectónicos de Holmes. No vi que en ninguno de los dos casos Holmes hubiera dado con la clave que buscaba. Sólo la tercera visita resultó malograda. La puerta de fuera no se quiso abrir a nuestra llamada, y de detrás de ella no salió nada más concreto que un torrente de malas palabras.

—¡No me importan quiénes sean! ¡Se pueden ir al demonio! —rugió la colérica voz—. Mañana es el examen y no me va a sacar nadie.

—Un tipo grosero —dijo nuestro guía, sofocado de ira cuando nos retiramos escaleras abajo—. Claro que no se dio cuenta de que





*...un tipo silencioso y de nariz ganchuda, que nos miró de medio lado...*

era yo quien llamaba, pero de todos modos su conducta ha sido muy poco cortés, y, en estas circunstancias, más bien sospechosa.

La respuesta de Holmes fue curiosa:

—¿Puede decirme su estatura exacta? —preguntó.

—Realmente, señor Holmes, no me atrevo a hacerlo. Es más alto que el indio, no tan alto como Gilchrist. Supongo que cinco pies y medio, más o menos.

—Eso es muy importante —dijo Holmes—. Y ahora, señor Soames, le deseo buenas noches.

Nuestro guía gritó de asombro y consternación.

—¡Por favor, señor Holmes, sin duda que no me va a dejar tan de repente! Parece que no se da cuenta de la situación. Mañana es el examen. Tengo que tomar alguna medida concreta esta noche. No puedo permitir que se celebre el examen si se ha enredado con uno de los textos. Hay que mirar tal como es la situación.

—Debe dejarlo como está. Yo caeré por aquí mañana a primera hora y charlaremos del asunto. Es posible que esté en condiciones de indicar algún camino de acción. Mientras tanto, no cambie nada.

—Muy bien, señor Holmes.

—Puede estar completamente tranquilo. No dudo de que encontraremos alguna salida a sus dificultades. Me llevo la arcilla negra, y también las virutas de lápiz. Adiós.

Cuando salimos a la oscuridad del patio volvimos a mirar a las ventanas de arriba. El indio seguía dando vueltas por el cuarto. Los otros eran invisibles.

—Bueno, Watson, ¿qué piensa de esto? —preguntó Holmes al salir a la calle principal—. Un buen juego de salón, una especie de truco con tres cartas, ¿no es verdad? Elija usted. ¿Cuál es el suyo?

—El tipo de las palabrotas de arriba. Es el de peor ficha. Y sin embargo, ese indio era también un tipo astuto. ¿Por qué tendría que dar vueltas todo el tiempo en su cuarto?

—Eso no importa. Muchos lo hacen cuando tratan de aprender algo de memoria.

—Nos miró de un modo raro.

—Y usted también lo haría si una manada de desconocidos se le vinieran encima cuando preparaba su examen para el día siguiente, y cada momento fuera valioso. No, yo no veo nada extraño en todo eso. Lápices, también, y navajas..., todo estaba en orden. Pero ese tío sí que me desconcierta.

—¿Quién?

—Pues Bannister, el criado. ¿Qué papel tiene en este asunto?

—Me dio la impresión de ser un hombre perfectamente honrado.

—Y también a mí. Eso es lo que me desconcierta. ¿Por qué un hombre perfectamente honrado...? Bueno, bueno, aquí hay una gran papelería. Empezaremos aquí nuestras investigaciones.

Había sólo cuatro papelerías importantes en la ciudad, y en cada una de ellas sacó Holmes sus virutas de lápiz y pidió encarecidamente una réplica. Todos estuvieron de acuerdo en que se podía encargar, pero no era un tamaño habitual de lápiz y que rara vez se tenía en el surtido. Mi amigo no pareció deprimirse, sino que encogió los hombros con resignación casi humorística.

—No sirve, mi querido Watson. Esta, la mejor y la única clave definitiva, no ha ido a parar a nada. Pero, desde luego, tengo pocas dudas de que podemos encontrar una buena explicación sin ella. ¡Vaya!, mi querido amigo, son casi las nueve, y la patrona sugirió algo sobre guisantes frescos a las siete y media. A usted, Watson, con su eterno tabaco y su irregularidad en las comidas, espero que le darán aviso de que se vaya, y yo compartiré su recogimiento..., pero no antes de que



hayamos resuelto el problema del profesor nervioso, el criado descuidado y los tres estudiantes con iniciativa.

Holmes no volvió a aludir el asunto ese día, aunque se quedó sentado pensativo durante un largo rato después de nuestra tardía cena. A las ocho de la mañana, cuando yo acababa de arreglarme, entró en mi cuarto.

—Bueno, Watson —dijo—, es hora de que vayamos a St. Luke. ¿Puede prescindir del desayuno?

—Claro.

—Soames estará terriblemente nervioso hasta que podamos decirle algo seguro.

—¿Tiene algo seguro que decirle?

—Creo que sí.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—Sí, Watson; he resuelto el misterio.

—¿Qué nuevos indicios ha encontrado?

—¡Ah! No por nada me he levantado de la cama a la inoportuna hora de las seis. He hecho dos horas de intenso trabajo y he cubierto al menos cinco millas, y gracias a ello tengo algo que enseñarle. ¡Mire eso!

Extendió la mano. En la palma había tres pequeñas pirámides de arcilla negra, como masa.

—¿Cómo, Holmes, ayer sólo tenían dos!

—Y otra más esta mañana. Lógico que el sitio de donde venga el número 3 sea también la fuente de los números 1 y 2. ¿Eh, Watson? Bueno, vamos allá y saquemos a Soames de su apuro.

El desgraciado profesor estaba ciertamente en un estado de lamentable agitación cuando le encontramos en sus habitaciones. Al cabo de pocas horas iban a empezar los exámenes y seguía en el dilema entre hacer públicos los hechos o permitir que el culpable compitiera por la valiosa beca. Apenas podía estar quieto, tal era su estado, y corrió hacia Holmes extendiendo ansiosamente las manos.

—¡Gracias a Dios que ha llegado! Temí que lo hubiera abandonado por desesperación. ¿Qué voy a hacer? ¿Se hace el examen?

—Sí, que se haga ahora, no faltaba más.

—Pero ¿y ese bribón?

—No competirá.

—¿Le conoce?

—Creo que sí. Si este asunto no debe llegar a ser público, tenemos que otorgarnos ciertos poderes y convertirnos en un consejo de guerra privado. ¡Usted ahí, por favor, Soames! ¡Watson, usted aquí! Yo ocuparé la butaca de en medio. Creo que ahora estamos lo suficientemente imponentes como para infun-

dir terror en un pecho culpable. ¡Tenga la bondad de tocar la campanilla!

Entró Bannister y se echó hacia atrás con evidente sorpresa y temor ante nuestro aspecto judicial.

—Tenga la bondad de cerrar la puerta —dijo Holmes—. Vamos, Bannister, ¿tendrá la bondad de decirnos la verdad sobre ese incidente de ayer?

El hombre palideció hasta la raíz del pelo.

—Se lo he dicho todo, señor.

—¿Nada que añadir?

—Nada en absoluto, señor.

—Entonces, tengo que hacerle algunas sugerencias. Cuando se sentó ayer en esa butaca, ¿lo hizo para esconder algún objeto que habría mostrado quién estuvo en el cuarto?

La cara de Bannister era fantasmal.

—No, señor; ciertamente que no.

—Es sólo una sugerencia —dijo Holmes—. Admito con franqueza que no soy capaz de probarlo. Pero parece bastante probable, dado que en el momento en que el señor Soames volvió la espalda, usted dejó salir al hombre que se escondía en esa alcoba.

Bannister se pasó la lengua por los labios resecos.

—No había nadie, señor.

*Entró Bannister y se echó hacia atrás con evidente sorpresa...*





—Ah, es una lástima, Bannister. Hasta ahora puede que dijera la verdad, pero ahora sé que ha mentido.

La cara del hombre adoptó un hosco aire de desafío.

—No había nadie, señor.

—Vamos, vamos, Bannister.

—No, señor, no había nadie.

—En ese caso, nos puede dar más información. ¿Tendría la bondad de quedarse en el cuarto? Póngase ahí, cerca de la puerta de la alcoba. Ahora, Soames, le voy a pedir que nos haga el gran favor de subir al cuarto del joven Gilchrist y le pida que baje al suyo.

Un momento después volvió el profesor, trayendo consigo al estudiante. Era un hombre de excelente figura, alto, ligero y ágil, con pasos brincantes y una agradable cara de franqueza. Sus turbados ojos azules lanzaron una ojeada a cada uno de nosotros y, por fin, con expresión de vacía consternación, se posaron en Bannister, que estaba en el otro rincón.

—Cierre la puerta, por favor —dijo Holmes—. Bueno, señor Gilchrist, estamos solos aquí y nadie tiene que saber ni palabra de lo que ocurre entre nosotros. Podemos ser completamente sinceros entre nosotros. Queremos saber, señor Gilchrist, ¿cómo es posible que usted, un hombre de honor, llegara a cometer una acción como la de ayer?

El desgraciado joven se echó atrás tambaleándose, y lanzó una mirada llena de horror y reproche a Bannister.

—No, no, señor Gilchrist; no he dicho ni una sola palabra..., ¡ni una palabra! —exclamó el criado.

—No, pero ahora sí —dijo Holmes—. Vamos, señor, debe ver que, después de las palabras de Bannister, su situación no tiene esperanzas, y que su única oportunidad está en una confesión sincera.

Durante unos momentos, Gilchrist, con la mano levantada, trató de dominar sus facciones que se retorcian. Después, se dejó caer de rodillas junto a la mesa, sepultando la cara en las manos, y prorrumpió en una tormenta de apasionados sollozos.

—Vamos, vamos —dijo Holmes, benévolo—, errar es humano, y por lo menos nadie le puede acusar de ser un delincuente empedernido. Quizá sería más fácil si yo le dijera al señor Soames lo que pasó, y usted me corrigiera donde me equivocara. ¿Lo hago? Bueno, bueno, no se moleste en contestar. Escuche y verá que no cometo ninguna injusticia contra usted.

»Desde el momento, señor Soames, que

me dijo que nadie, ni Bannister, podía haber sabido que los textos estaban en su cuarto, el asunto empezó a tomar una forma definida en mi mente. Al impresor, por supuesto, se le podía excluir. El podía examinar los textos en su propio taller. Del indio tampoco me ocupé. Si las pruebas estaban enrolladas, no era posible saber qué eran. Por otro lado, parece una coincidencia impensable que un hombre se atreviese a entrar en el cuarto, y que por casualidad ese mismo día estuvieran los papeles en la mesa. Lo deseché. El hombre que entró sabía que los papeles estaban ahí. ¿Cómo lo sabía?

»Cuando me acerqué a su cuarto examiné la ventana. Me hizo gracia que usted pensara que yo contemplaba la posibilidad de que alguien, en pleno día, ante la mirada de todos los de los cuartos de enfrente, se abriera paso a la fuerza a través de ella. Tal idea era absurda. Yo estaba midiendo lo alto que tenía que ser un hombre para ver qué papeles había en la mesa central. Yo mido seis pies y puedo hacerlo sin esfuerzo. Nadie de menos de eso tendría oportunidad. Así, ve, ya tenía razones para pensar que si uno de sus tres estudiantes era un hombre de talla extraordinaria, era el más digno de observar de los tres.

»Entré y usted me confió sus sugerencias sobre la mesa lateral. De la mesa del centro no pude sacar nada, hasta que en su descripción indicó que Gilchrist practicaba el salto de longitud. Entonces lo comprendí todo en un momento. Sólo me faltaban algunas pruebas confirmadoras, que en seguida obtuve.

»Lo que ocurrió fue esto. Este joven había pasado la tarde en el campo de atletismo, donde se había entrenado en el salto. De regreso llevaba puestos los zapatos de saltar, que, como saben, están provistos de varios clavos. Al pasar junto a la ventana vio, por su alta estatura, esas pruebas en su mesa, y se supuso lo que eran. No habría ocurrido nada si al pasar junto a su puerta no hubiera visto la llave dejada por el descuido del criado. Tuvo el impulso de entrar a ver si en efecto eran las pruebas de imprenta. No era una hazaña peligrosa, pues siempre podía decir que se había asomado a preguntar algo.

»Pues bien, cuando vio que eran efectivamente las pruebas, fue cuando cedió a la tentación. Puso los zapatos en la mesa. ¿Qué puso en esa butaca, junto a la ventana?

—Los guantes —dijo el joven.

Holmes miró triunfalmente a Bannister.

—Dejó los guantes en la butaca y tomó las pruebas, hoja por hoja, para copiarlas.



Pensó que el profesor debía volver por la puerta principal, y que le vería. De repente, le oyó en la puerta misma. No había escape posible. Se le olvidaron los guantes, pero recogió los zapatos y entró disparado en la alcoba. Observen ustedes que el arañazo de esta mesa es superficial en un lado y que el culpable se había refugiado allí. La tierra del clavo había quedado en la mesa y otra segunda muestra se soltó y cayó en la alcoba. Puedo añadir que yo he ido esta mañana a los campos de deporte, he visto esa tenaz arcilla negra que se usa en el sitio de los saltos y me he traído una muestra, junto con un poco de serrín fino que se echa encima para que el atleta no resbale. ¿He dicho la verdad, señor Gilchrist?

El estudiante se había erguido.

—Sí, señor, es verdad —dijo.

—Válgame Dios, ¿no tiene nada que añadir? —gritó Soames.

—Sí que tengo, señor, pero el golpe de este descubrimiento vergonzoso me ha desconcertado. Tengo aquí una carta, señor Soames, que le escribí esta mañana temprano, tras una noche inquieta. Fue antes de saber que mi pecado me había traicionado. Aquí está, señor Soames. Verá que he dicho: «He decidido no entrar en el examen. Me han ofrecido un puesto en la policía de Rhodesia, y me voy en seguida a Sudáfrica.»

—Me alegra mucho saber que no pensaba aprovechar su ilícita ventaja —dijo Soames—. Pero ¿por qué cambió su propósito?

Gilchrist miró a Bannister.

—Ese es el hombre que me puso en el buen camino —dijo.

—Vamos allá, Bannister —dijo Holmes—. Le resultará claro por lo que he dicho que sólo usted pudo hacer salir a este joven, pues-

to que usted se quedó en el cuarto y debió cerrar la puerta al marcharse. En cuanto a escapar por la ventana, era increíble. ¿No puede aclarar el último punto de este misterio y decirnos las razones de su acción?

—Era muy sencillo, señor, si lo hubiera sabido usted; pero a pesar de toda su inteligencia, era imposible que eso ocurriera. En otros tiempos, señor, yo era mayordomo del viejo sir Jabez Gilchrist, el padre de este joven caballero. Cuando se arruinó, vine a este *college* como criado, pero nunca olvidé a mi antiguo amo porque hubiera venido a menos. Me ocupé de su hijo todo lo que pude, por amor a los viejos tiempos. Pues bien, señor, cuando entré ayer en este cuarto al darse la alarma, lo primero que vi fueron los guantes del señor Gilchrist tirados en la butaca. Conocía muy bien esos guantes y comprendí lo que significaban. Si los veía el señor Soames, se acababa el juego. Me desplomé en la butaca y nada me hizo moverme hasta que el señor Soames fue a buscarle. Entonces salió mi pobre señorito, a quien yo había tenido jugando en mis rodillas, y me lo confesó todo. ¿No era natural, señor, que tratara de salvarle, y no era natural también que tratara de hablarle como lo habría hecho su difunto padre, haciéndole comprender que no podía sacar provecho de tal acción? ¿Puede censurármelo, señor?

—¡No, claro! —dijo Holmes, de todo corazón, poniéndose en pie de un salto—. Bueno, Soames, creo que hemos arreglado su pequeño problema y nuestro desayuno nos espera en casa. ¡Vamos, Watson! En cuanto a usted, señor, confío en que le aguarde un brillante porvenir en Rhodesia. Por esa vez ha caído muy bajo. Veamos en el futuro qué alto puede elevarse.

## LA AVENTURA DEL CIRCULO ROJO

### 1

—Bueno, señora Warren, no veo que tenga ningún motivo especial para estar intranquila, ni comprendo por qué yo, puesto que mi tiempo tiene cierto valor, debería interve-

nir en el asunto. La verdad es que tengo otras cosas en que ocuparme. —Así dijo Sherlock Holmes, y volvió al gran libro de apuntes en que ordenaba y clasificaba algún material reciente.

Pero la patrona era tan pertinaz y astuta como puede serlo una mujer. Mantuvo firmemente sus posiciones.



—Usted arregló un asunto de un huésped mío el año pasado —dijo—, el señor Fairdale Hobbs.

—Ah, sí; un asunto muy sencillo.

—Pero él no hace más que hablar de eso, de su amabilidad, señor Holmes, y del modo en que hizo luz en las tinieblas. Recordé sus palabras cuando yo misma me encontré entre brumas y dudas. Sé que usted podría si quisiera.

Holmes era accesible por el lado de la lisonja y también, para hacerle justicia, por el lado de la benevolencia. Las dos fuerzas le hicieron dejar el pincel de la goma con un suspiro de resignación y echar atrás su asiento.

—Bueno, bueno, señora Warren, hablemos sobre eso, entonces. No le molesta el tabaco, me parece. Gracias, Watson, ¡los fósforos! Está usted inquieta, según entiendo, porque su nuevo huésped permanece en sus habitaciones y usted no le puede ver. Bueno, señora Warren, si yo fuera su huésped muchas veces no me vería durante varias semanas.

—No lo dudo, señor Holmes, pero esto es diferente. Me da pánico; no puedo dormir de miedo. Oír sus rápidos pasos, moviéndose de acá para allá desde la madrugada hasta altas horas de la noche, y sin embargo no ver ni un atisbo de él..., es más de lo que puedo soportar. Mi marido está tan nervioso con eso como yo, pero él pasa fuera todo el día en su trabajo, mientras que yo no tengo descanso. ¿Por qué se esconde? ¿Qué ha hecho? Salvo por la chica, estoy sola en casa todo el día con él, y es algo que mis nervios no pueden aguantar.

Holmes se inclinó hacia adelante y puso sus largos y flacos dedos en el hombro de la mujer. Tenía un poder tranquilizador casi hipnótico cuando lo deseaba. El susto se desvaneció de los ojos de ella, y sus agitados rasgos volvieron a su habitual estado. Se sentó en la silla que él le indicaba.

—Si lo tomo, debo conocer todos sus detalles —dijo él—. Tómese tiempo para considerarlo. El punto más pequeño puede ser esencial. ¿Dice usted que el hombre llegó hace diez días, y le pagó una quincena de pensión y alimentación?

—Preguntó mis condiciones, señor Holmes. Dije que cincuenta chelines por semana. Hay un pequeño gabinete y una alcoba, todo completo, en lo más alto de la casa.

—¿Y bien?

—Dijo: «Le pagaré cinco libras por semana si lo puedo tener en mis propios térmi-

nos.» Yo soy pobre, señor Holmes, y mi marido gana poco, y el dinero es muy importante para mí. Sacó un billete de diez libras, y lo extendió hacia allí mismo. «Puede recibir lo mismo cada quincena durante mucho tiempo si cumple mis condiciones», dijo. «Si no, no tendré que ver más con usted.»

—¿Cuáles eran las condiciones?

—Pues bien, señor Holmes, que tenía que tener una llave de la casa. Eso estaba muy bien. Los huéspedes muchas veces la tienen. También, que había que dejarle completamente solo, sin molestarle nunca, bajo ninguna excusa.

—Nada extraño en eso, ¿verdad?

—De un modo razonable, no, señor. Pero esto está fuera de toda razón. Lleva allí diez días y ni mi marido, ni yo, ni la chica le hemos puesto los ojos encima una sola vez. Podemos oír sus rápidos pasos dando vueltas de un lado para otro, por la noche, de madrugada, a mediodía; pero, salvo esa primera noche, nunca ha salido de la casa ni una vez.

—Ah, salió la primera noche, ¿no?

—Sí, señor, y volvió muy tarde..., cuando ya todos estábamos en la cama. Me dijo, después de tomar las habitaciones, que lo haría así, y me pidió que no pusiera la barra en la puerta. Le oí subir las escaleras pasada la medianoche.

—Pero ¿y sus comidas?

—Dio instrucciones especiales de que siempre, cuando llamara, debíamos dejar su comida en una silla, fuera de la habitación. Luego vuelve a llamar cuando ha terminado, y la cogemos de la misma silla. Si quiere alguna cosa, lo pone en letras de molde en un papel y lo deja.

—¿En letras de molde?

—Sí, señor; en letras de molde a lápiz. Sólo la palabra; nada más. Aquí tiene uno que le he traído: JABON. Aquí hay otro: FOSFORO. Este es el que dejó esta mañana: DAILY GAZETTE. Le dejó ese periódico con el desayuno todas la mañanas.

—Caramba, Watson —dijo Holmes, mirando con gran curiosidad las tiras de papel de barba que le había entregado la patrona—: esto sí que es un poco raro. El encierro lo puedo entender, pero ¿por qué en letras de molde? Es un procedimiento un poco complicado. ¿Por qué no escribir normalmente? ¿Qué sugeriría, Watson?

—Que deseara ocultar su letra.

—Pero ¿por qué? ¿Qué puede importarle que su patrona tuviera una palabra en su letra? Sin embargo, quizá sea lo que dice us-





*Le oí subir las escaleras pasada la medianoche.*

ted. Pero entonces, ¿por qué unos mensajes tan laconicos?

—No me lo puedo imaginar.

—Esto abre un placentero campo a la especulación inteligente. Las palabras están escritas con un lápiz de clase nada rara, de punta ancha y color violeta. Observará que el papel está roto aquí, por el lado, después de escribir, de modo que parte de la J de Jabón se ha perdido. Sugerente, Watson, ¿verdad?

—Denota precaución.

—Exactamente. Está claro que había alguna señal, alguna marca del pulgar, algo que pudiera dar una clave sobre la identidad de la persona. Bueno, señora Warren, dice usted que el hombre era de tamaño mediano, moreno y barbudo. ¿Qué edad tendría?

—Joven, señor; no más de treinta años.

—Bueno, ¿no me puede dar más indicaciones?

—Hablaban un buen inglés, y sin embargo pensé que era extranjero por su acento.

—¿Iba bien vestido?

—Muy elegantemente vestido..., un caballero. Ropa oscura, nada que llamara la atención.

—¿No dio nombre?

—No, señor.

—¿Y no ha tenido cartas o visitantes?

—Nada.

—Pero sin duda, usted o la chica entran en su cuarto por la mañana.

—No, señor; él cuida de sí mismo.

—¡Vaya!, eso sí que es notable. ¿Y su equipaje?

—Llevaba una sola maleta, grande, oscura... nada más.

—Bueno, no veo que tengamos mucho material que nos sirva. ¿Dice usted que nada ha salido de ese cuarto..., absolutamente nada?

La patrona sacó un envoltorio de su bolso; de él, sacudió dos fósforos quemados y una colilla de cigarrillo, y los hizo caer en la mesa.

—Estaban en su bandeja esta mañana. Los traje porque había oído que usted sabe leer grandes cosas en cosas pequeñas.

Holmes se encogió de hombros.

—Aquí no hay nada —dijo—. Los fósforos, desde luego, se han usado para encender cigarrillos. Eso se ve en lo corto del lado quemado. Encendiendo una pipa o un cigarro se consume la mitad. Pero ¡caramba!, esta colilla es verdaderamente notable. ¿Dice usted que el caballero tenía barba y bigote?

—Sí, señor.

—No lo entiendo. Yo diría que sólo un hombre afeitado del todo podía haber fumado esto. Bueno, Watson, incluso su modesto bigote habría sufrido quemaduras.

—¿Una boquilla? —sugerí.

—No, no; el extremo está aplastado. Supongo que no podría haber dos personas en sus habitaciones, señora Warren.

—No, señor. Come tan poco, que muchas veces me extraña que pueda conservar la vida de una sola persona.

—Bueno, creo que debemos esperar a tener un poco más de material. Después de todo, usted no tiene nada de que quejarse. Ha recibido su renta, y no es un huésped molesto, aunque ciertamente es raro. Paga bien, y si decide vivir oculto, no es asunto que le incumba directamente a usted. No tenemos excusa para invadir su vida privada mientras no tengamos razones para pensar que hay un motivo culpable. Yo acepto el asunto y no lo perderé de vista. Infórmeme si ocurre algo nuevo, y confíe en mi asistencia si hace falta.

»Ciertamente hay algunos puntos de interés en este caso, Watson —observó, cuando se marchó la patrona—. Claro que quizá sea trivial, una excentricidad individual; o



quizá sea mucho más profundo de lo que parece a primera vista. Lo primero que se le ocurre a uno es la posibilidad obvia de que la persona que está ahora en las habitaciones sea diferente de la que las tomó.

—¿Por qué piensa eso?

—Bueno, aparte de esta colilla, ¿no resulta curioso que la única vez que salió el huésped fuera inmediatamente después de tomar las habitaciones? Volvió —o alguien volvió— cuando todos los testigos estaban alejados. No tenemos pruebas de que la persona que volvió fuera la que salió. Luego, además, el hombre que tomó las habitaciones hablaba bien el inglés. Este otro, en cambio, escribe «fósforo» cuando debía ser «fósforos». Puede imaginar que sacó la palabra de un diccionario, que da el sustantivo, pero no el plural. El estilo lacónico puede ser para ocultar la falta de conocimiento del inglés. Sí, Watson, hay buenas razones para sospechar que ha habido una sustitución de huéspedes.

—Pero ¿con qué posible fin?

—¡Ah!, ahí está nuestro problema. Hay una sola línea evidente de investigación. —Bajó el gran libro en que, día tras día, ordenaba los anuncios personales de los diversos diarios de Londres—. ¡Válgame Dios! —dijo, pasando las hojas—, ¡qué coro de gemidos, gritos y balidos! ¡Qué mezcla de sucesos extraños! Pero sin duda es el terreno de caza más valioso que le ha sido dado nunca a un estudioso de lo insólito. Esta persona está sola, y no se la puede abordar por carta sin romper el absoluto secreto que se desea. ¿Cómo le va a llegar de fuera una noticia o un mensaje? Obviamente, por un anuncio en un periódico. No parece haber otro camino, y por suerte sólo tenemos que ocuparnos de un periódico. Aquí están los recortes de la *Daily Gazette* de la última quincena: «Señora con boa negro en el Club de Patinaje Prince's», eso lo podemos pasar. «Sin duda Jimmy no le partirá el corazón a su madre»; esto parece que no viene a cuento. «Si la señora que se desmayó en el autobús de Brixton...» ...no me interesa. «Todos los días mi corazón anhela...» Un balido, Watson, un balido sin disimulo. ¡Ah! esto es un poco más probable: «Ten paciencia. Encontraré algún medio de comunicación. Mientras, esta columna. G.» Esto es dos días después de que llegara el huésped de la señora Warren. Parece plausible, ¿no? El misterioso ser podría entender inglés aunque no pudiera escribirlo. Vamos a ver si encontramos otra vez el rastro. Sí, aquí estamos, tres días después. «Hago arreglos con éxito. Pa-

ciencia y prudencia. Pasará la nube. G.» Nada en una semana después de esto. Luego viene algo mucho más claro: «El camino se despeja. Si encuentro oportunidad de mensaje por señales recuerda código convenido; uno A, dos B, etcétera. Pronto sabrás. G.» Eso estaba en el periódico de ayer, y no hay nada en el de hoy. Todo esto concuerda bastante con el huésped de la señora Warren. Si esperamos un poco, Watson, no dudo que el asunto se hará más comprensible.

Y así resultó: pues por la mañana encontré a mi amigo de pie, ante la chimenea, de espaldas al fuego y con una sonrisa de completa satisfacción en la cara.

—¿Qué tal esto, Watson? —exclamó, tomando el periódico de la mesa—. «Casa alta roja con molduras de piedra blanca. Tercer piso. Segunda ventana a la izquierda. Después del oscurecer. G.» Eso está bastante claro. Creo que después de desayunar debemos hacer una pequeña exploración del barrio de la señora Warren. Ah, señora Warren, ¿qué noticias nos trae esta mañana?

Nuestra cliente había irrumpido en el cuarto con una energía explosiva, que prometía algún acontecimiento nuevo e importante.

—¿Es cosa para la policía, señor Holmes! —exclamó—. ¡No quiero saber nada más de esto! Que se marche con su equipaje. Iba a subir a decírselo sin más, sólo que pensé que era mejor pedir primero su opinión. Pero mi paciencia ha llegado a su límite, y cuando se llega a golpear al marido de una...

—¿Golpear al señor Warren?

—En todo caso, tratarle mal.

—Pero ¿quién le ha tratado mal?

—¡Ah! ¡Eso es lo que queremos saber! Fue esta mañana, señor Holmes. Mi marido es cronometrador en Morton y Waylight's, en Tottenham Court Road. Tiene que salir de casa antes de las siete. Pues bien, esta mañana, no había dado diez pasos en la calle cuando dos hombres le fueron por detrás, le echaron un abrigo por la cabeza y le metieron en un coche de punto que estaba junto a la acera. Le llevaron una hora en el coche, y luego abrieron la puerta y le arrojaron fuera. Se quedó en la calzada tan trastornado que no vio qué se hacía del coche. Cuando pudo dominarse, se dio cuenta de que estaba en Hampstead Heath; así que tomó un ómnibus hasta casa, y ahí está, tumbado en el sofá, mientras yo venía en seguida a contarle lo que ha pasado.

—Muy interesante —dijo Holmes—. ¿Observó el aspecto de esos hombres?, ¿les oyó hablar?



—No, está aturdido. Sólo sabe que le arrebataron como por arte de magia y le dejaron caer del mismo modo. Había por lo menos dos en el asunto, o quizá tres.

—¿Y usted relaciona este ataque con su huésped?

—Bueno, llevamos viviendo ahí quince años y nunca nos ha pasado tal cosa. Ya estoy harta de él. El dinero no lo es todo. Le haré salir de mi casa antes que termine el día.

—Espere un poco, señora Warren. No se precipite. Empiezo a creer que este asunto puede ser mucho más importante de lo que parecía a simple vista. Ahora está claro que algún peligro amenaza a su huésped. Está igualmente claro que sus enemigos, acechando en su espera junto a su puerta, le confundieron con su marido en la luz neblinosa de la mañana. Al descubrir su error, le soltaron. Qué habrían hecho si no hubiera sido un error, sólo podemos hacer conjeturas.

—¿Qué tengo que hacer, señor Holmes?

—Tengo muchas ganas de ver a ese huésped suyo, señora Warren.

—No veo cómo pueda conseguirlo, a no ser que eche abajo la puerta. Siempre le oigo quitar la llave mientras bajo la escalera después de dejar la bandeja.

—Tiene que meter la bandeja. Sin duda podríamos ocultarnos y verle actuar.

—Bueno, señor, enfrente está el cuarto de los baúles. Podría poner un espejo, quizá, y si usted estuviera detrás de la puerta...

—¡Excelente! —dijo Holmes—. ¿A qué hora almuerza?

—Hacia la una, señor Holmes.

—Entonces, el doctor Watson y yo nos daremos una vuelta. Por el momento, señora Warren, adiós.

A las doce y media estábamos en la entrada de la casa de la señora Warren, un edificio alto, estrecho, de ladrillo amarillo, en Great Orme Street, estrecho pasadizo al nordeste del British Museum. Como queda cerca de la esquina de la calle, domina Howe Street, con sus casas más pretenciosas. Holmes señaló con una risita una de ellas, una serie de pisos residenciales, que se destacaba tanto que no podía menos de llamar la atención.

—¡Vea, Watson! —dijo—. «Casa alta, roja, con molduras de piedra.» Esa es la estación de señales, sin duda. Conocemos el lugar y conocemos el código; nuestra tarea debería ser simple. Hay en esa ventana un rótulo de «Se Alquila». Evidentemente es un piso vacío al que tiene acceso el cómplice. Bueno, señora Warren, ¿qué más?

—Se lo tengo todo preparado. Si suben y dejan las botas en el descansillo, les llevaré allí en seguida.

Era un escondite excelente el que había arreglado. El espejo estaba puesto de tal modo que, sentados en la oscuridad, podíamos ver claramente la puerta de enfrente. Apenas nos habíamos instalado allí, y se había marchado la señora Warren cuando un claro campanilleo nos hizo saber que l'amaba nuestro misterioso vecino. Al fin apareció la patrona con la bandeja, la dejó en una silla junto a la puerta cerrada, y luego, pisando pesadamente, se marchó. Acurrucados en el ángulo de la puerta, manteníamos los ojos fijos en el espejo. De repente, mientras dejaban de oírse los pasos de la patrona, hubo un rechinar de la llave, giró el pestillo, y dos manos delgadas salieron disparadas y levantaron la bandeja de la silla. Un momento después la volvían a poner, y vi un atisbo de una cara morena, hermosa, horrorizada, que miraba fijamente a la estrecha apertura del cuarto de los baúles. Luego, la puerta se cerró de golpe, la llave volvió a girar, y todo

*Acurrucados en el ángulo de la puerta, manteníamos los ojos fijos en el espejo.*





fue silencio. Holmes me tiró de la manga y nos deslizamos juntos escaleras abajo.

—Volveré a verla esta noche —dijo a la expectante patrona—. Creo, Watson, que podremos discutir mejor este asunto en nuestra propia residencia.

—Mi sospecha, como ha visto, ha resultado ser correcta —dijo él luego, hablando desde las profundidades de su butaca—. Ha habido una sustitución de huéspedes. Lo que no preví es que encontráramos una mujer, y una mujer nada corriente, Watson.

—Ella nos vio.

—Bueno, vio algo que la alarmó. Eso es seguro. La sucesión general de acontecimientos está bastante clara, ¿verdad? Una pareja busca en Londres refugio contra un peligro terrible y muy apremiante. La medida de ese peligro es el rigor de sus precauciones. El hombre, que tiene algún trabajo que hacer, desea dejar a la mujer en absoluta seguridad mientras lo hace. No es un problema fácil, pero lo ha resuelto de modo original, y tan eficazmente que la presencia de ella no era conocida ni por la patrona que le da su alimento. Los mensajes en letras de molde está claro que eran para evitar que su letra revelara su sexo. El hombre no puede acercarse a la mujer, pues guiaría a sus enemigos hacia ella. Como no puede comunicarse con ella directamente, recurre a los anuncios personales de un periódico. Hasta ahí, todo está claro.

—Pero ¿qué hay en la base de todo?

—Ah, sí, Watson: ¡severamente práctico, como de costumbre! ¿Qué hay en la base de todo? El caprichoso problema de la señora Warren se ensancha un poco y toma un aspecto más siniestro conforme avanzamos. Esto sí que lo puedo asegurar: no es una escapada amorosa corriente. Ya vio la cara de la mujer ante las señales de peligro. Hemos sabido también del ataque contra el patrón, que sin duda iba contra el huésped. Estas alarmas, y la desesperada necesidad de secreto, indican que el asunto es de vida o muerte. El ataque contra el señor Warren hace pensar además que el enemigo, quienquiera que sea, no se ha dado cuenta de la sustitución del huésped masculino por el femenino. Es muy curioso y complejo, Watson.

—¿Por qué se va a meter más en ello? ¿Qué puede sacar de eso?

—¿Por qué, en efecto? Es el Arte por el Arte, Watson. Supongo que cuando usted se doctoró se encontró estudiando casos sin pensar en los honorarios, ¿no?

—Para mi educación, Holmes.

—La educación no se termina nunca, Watson. Es una serie de lecciones, de las cuales las más instructivas son las últimas. Este es un caso instructivo. No hay en él dinero ni prestigio, y sin embargo a uno le gustaría ponerlo en claro. Cuando anochezca nos deberíamos hallar en una etapa más avanzada de nuestra investigación.

Cuando volvimos a casa de la señora Warren, la oscuridad de un anochecer invernal de Londres se había espesado en una cortina gris, en una muerta monotonía de color, rota sólo por los nítidos cuadrados amarillos de las ventanas y los halos borrosos de los faroles de gas. Atisbando desde el salón oscurecido de la pensión, otra pálida luz brilló, alta, en la oscuridad.

—Alguien se mueve en ese cuarto —dijo Holmes, en un susurro, con su cara macilenta y ansiosa tendida hacia el cristal—. Sí, veo su sombra. ¡Ahí está otra vez! Tiene una vela en la mano. Ahora escudriña al otro lado. Quiere estar seguro de que ella está alerta. Ahora empieza a destellar. Tome el mensaje usted también, Watson, que lo confrontaremos uno con otro. Un único destello, eso es A, sin duda. Bueno, ahora. ¿Cuántos ha contado? Veinte. Yo también. Seguro que ése es el comienzo de otra palabra. Ahora —TEN-TA. Se acabó. ¿Puede ser eso todo, Watson? ATTENTA no tiene sentido. Ni vale en tres palabras: AT-TEN-TA. ¡Ahí va otra vez! ¿Qué es eso? ATTE... vaya, el mismo mensaje otra vez. ¡Curioso, Watson, muy curioso! Ahora empieza otra vez: AT... vaya, lo repite por tercera vez. ¡ATTENTA tres veces! ¿Cuántas veces lo va a repetir? No, parece que sea el final. Se ha retirado de la ventana. ¿Qué piensa de eso, Watson?

—Un mensaje en cifra, Holmes.

Mi compañero lanzó una súbita risa de comprensión.

—Y no es una cifra muy difícil, Watson —dijo—. ¡Vaya, claro, es italiano! El mensaje va dirigido a una mujer ¡Atenta! ¡Ten cuidado! ¿Qué tal, Watson?

—Creo que ha acertado.

—Sin duda. Es un mensaje muy urgente, repetido tres veces para hacerlo aún más apremiante; ¿atenta a qué? Espere un poco; otra vez vuelve a la ventana.

Al renovarse las señales, vimos otra vez la vaga silueta de un hombre acurrucado y el fulgor de la pequeña llama por la ventana. Eran más frecuentes que antes; tanto que era difícil seguirlas.

—PERICOLO. ¿Eh, qué es eso, Watson? Peligro, ¿verdad? Sí, es una señal de peligro.



Ahí va otra vez. Hola, qué demonios pasa...

La luz se había extinguido de repente, había desaparecido el cuadrado luminoso de la ventana, y el tercer piso formaba una banda oscura en torno al alto edificio, con sus filas de ventanas brillantes. El último grito de aviso había quedado cortado de pronto. ¿Cómo, y por quién? En el mismo instante se nos ocurrió la misma idea. Holmes se levantó de un salto del lugar donde estaba acurrucado, junto a la ventana.

—Esto es serio, Watson —exclamó—. Hay algo diabólico en marcha. ¿Por qué iba a detenerse tal mensaje a medio camino? Yo pondría a Scotland Yard en contacto con este asunto..., pero es demasiado apremiante para que nos marchemos.

—¿Voy a llamar a la policía?

—Tenemos que definir la situación de un modo un poco más claro. A lo mejor admite alguna interpretación más inocente. Vamos, Watson, crucemos nosotros mismos al otro lado a ver qué sacamos de ello.

## 2

Caminando rápidamente por Howe Street me volví para mirar el edificio que habíamos dejado. Allí, vagamente perfilada en la ventana más alta, vi la sombra de una cabeza, una cabeza de mujer, mirando tensamente, con rigidez, a la noche, esperando en suspenso, casi sin aliento, la continuación de ese mensaje interrumpido. En la puerta de los pisos de Howe Street, un hombre, embozado en un plastrón y un gabán, estaba apoyado en la verja. Se sobresaltó cuando la luz del vestíbulo nos dio en la cara.

—¡Holmes! —gritó.

—¡Vaya, Gregson! —dijo mi compañero, dando la mano al detective de Scotland Yard—. Fin del viaje con encuentro de enamorados. ¿Qué le trae por aquí?

—Lo mismo que a usted, espero —dijo Gregson—. ¿Cómo ha llegado usted a esto?, no puedo imaginarlo.

—Diferentes hilos, pero que llevan al mismo enredo. He estado recibiendo las señales.

—¿Las señales?

—Sí, desde esa ventana. Se interrumpieron

a la mitad. Pasamos acá a ver por qué razón. Pero puesto que está a salvo en sus manos, no veo de qué sirve continuar el asunto.

—¡Espere un poco! —gritó Gregson, con empeño—. Le he de hacer justicia, señor Holmes; nunca he tenido un caso en que no me sintiera más fuerte por contar con usted a mi lado. Hay sólo una salida de estos pisos, así que le tenemos seguro.

—¿Quién es él?

—Bueno, bueno, por una vez le llevamos ventaja, señor Holmes. Tiene que reconocernos como mejores esta vez. —Golpeó fuertemente el suelo con el bastón, a lo cual un cochero de punto, látigo en mano, se acercó desde un coche de cuatro ruedas que estaba al otro lado de la calle—. Este es el señor Leverton, de la Agencia American Pinkerton's.

—¿El héroe del misterio de la cueva de Long Island? —dijo Holmes—. Encantado de conocerle.

El americano, un joven tranquilo, con aire práctico, y de cara afilada y bien afeitada, se ruborizó ante esas palabras de elogio.

—Estoy sobre la pista de mi vida, señor Holmes —dijo—. Si puedo encontrar a Gorgiano...

—¿Cómo! ¿Gorgiano el del Círculo Rojo?

—Ah, ¿tiene fama en Europa, entonces? Bueno, en América lo sabemos todo de él. Sabemos que está en la base de cincuenta asesinatos, y sin embargo no tenemos nada positivo con que cazarle. Voy detrás de él desde Nueva York, y le he seguido de cerca durante una semana en Londres, esperando alguna excusa para echarle la mano al cuello. El señor Gregson y yo le hemos acorralado en esa gran casa de pisos, y hay sólo una puerta, así que no se nos puede escapar. Han salido tres personas desde que entró, pero juraría que no era ninguna de ellas.

—El señor Holmes habla de señales —dijo Gregson—. Espero que, como de costumbre, sepa cosas que nosotros no sabemos.

En pocas palabras, Holmes explicó la situación tal como nos ha aparecido. El americano dio una palmada, consternado.

—¡Va contra nosotros! —exclamó.

—¿Por qué lo cree así?

—Bueno, eso parece, ¿no? Ahí está, enviando mensajes a un cómplice; hay en Londres varios de su banda. Luego, de repente, cuando, según lo que cuenta, les decía que había peligro, se interrumpió. ¿Qué podía significar eso sino que desde la ventana había visto que estábamos en la calle, o que había comprendido lo cerca que estaba el pe-



ligro, y que debía actuar en seguida para evitarlo? ¿Qué sugiere, señor Holmes?

—Que subamos en seguida y lo veamos con nuestros propios ojos.

—Pero no tenemos orden de detención.

—Está el local desalquilado en circunstancias sospechosas —dijo Gregson—. Eso basta por el momento. Una vez que lo tengamos sujeto ya veremos si Nueva York puede o no ayudarnos a retenerle. Yo asumiré la responsabilidad de detenerle ahora.

Nuestros detectives oficiales pueden fallar en cuestión de inteligencia, pero nunca de valentía. Gregson subió por la escalera para detener a ese asesino desesperado, con el mismo aire absolutamente tranquilo y de negocios con que habría subido la escalera de Scotland Yard. El agente de Pinkerton había tratado de adelantársele de un empujón, pero Gregson le echó atrás firmemente con el codo. Los peligros de Londres son privilegio de la policía de Londres.

En el tercer descansillo, la puerta del piso de la izquierda estaba entreabierta. Gregson la abrió de un empujón. Dentro, todo era silencio y oscuridad. Encendí un fósforo, y prendí la linterna del detective. Cuando el chisporroteo se afirmó en una llama, todos lanzamos un grito de sorpresa. En las tablas del suelo sin alfombra se destacaba una reciente traza de sangre. Los pasos ensangrentados apuntaban hacia nosotros, y salían de un cuarto interior, cuya puerta estaba cerrada. Gregson la abrió de una sacudida y sostuvo por delante la luz, mientras todos escudriñábamos ansiosos sobre sus hombros.

En medio del suelo del cuarto vacío apareció la figura de un hombre enorme, con su cara morena y bien afeitada contorsionada de modo grotesco y horrible, y con la cabeza rodeada por un espectral halo carmesí de sangre, tendido en un ancho círculo mojado sobre las blancas tablas. Tenía las rodillas enhiestas y las manos extendidas con angustia, y del centro de su ancha garganta morena, levantada hacia arriba, surgía el mango blanco de un cuchillo con toda la hoja metida en su cuerpo. Gigantesco como era, el hombre debía haber caído como un buey en el madero bajo ese terrible golpe. Junto a su mano derecha, había en el suelo un tremendo puñal de doble filo y mango de cuerno, y al lado, un guante negro de cabritilla.

—¡Caramba! ¡Es Gorgiano el Negro en persona! —exclamó el detective americano—. Alguien se nos ha adelantado esta vez.

—Ahí está la vela en la ventana, señor Holmes —dijo Gregson—. Pero ¿qué hace?

Holmes había ido al otro lado, había encendido la vela, y la estaba pasando de un lado a otro a través de los cristales de la ventana. Luego atisbó en la oscuridad, apagó la vela de un soplo, y la tiró al suelo.

—Creo más bien que eso será útil —dijo. Se acercó y se quedó profundamente pensativo, mientras los dos profesionales examinaban el cadáver—. Dice usted que tres personas salieron de la casa mientras usted esperaba abajo —dijo, por fin—. ¿Las observó bien?

—Sí.

—¿Había un hombre de unos treinta años, de barba negra, moreno, de tamaño mediano?

—Sí, fue el último en pasar delante de mí.

—Ese es su hombre, me parece. Puedo darle su descripción, y tenemos un excelente perfil de su huella. Eso debería bastarle.

—No es mucho, señor Holmes, entre los millones de habitantes de Londres.

—Quizá no. Por eso me pareció lo mejor convocar a esta señora en su ayuda.

Nos volvimos todos ante esas palabras. Allí, enmarcada en el umbral, había una mujer alta y bella: la misteriosa huésped de Bloomsbury. Avanzó lentamente, con la cara pálida y tensa a causa del terrible temor, los ojos fijos, y su mirada aterrorizada clavada en la oscura figura tendida en el suelo.

—¡Le han matado! —murmuró—. ¡Oh, *Dio mio*, le han matado!

Entonces oí que tomaba aliento, profundamente, y dio un salto con un grito de alegría. Dando vueltas al cuarto, danzó dando palmadas, con sus ojos oscuros fulgurando en asombro, felicidad, y con mil bonitas exclamaciones italianas en los labios. Era terrible y sorprendente ver a tal mujer tan convulsa de alegría ante semejante espectáculo. De repente se detuvo y nos miró con ojos interrogantes.

—¡Pero ustedes! ¡Ustedes son de la policía! ¿no es verdad? Ustedes han matado a Giuseppe Gorgiano. ¿No es verdad?

—Somos de la policía, señora.

Miró en torno suyo, a las sombras del cuarto.

—Pero entonces, ¿dónde está Gennaro? —preguntó—. Es mi marido, Gennaro Lucca. Yo soy Emilia Lucca, y somos de Nueva York. ¿Dónde está Gennaro? Me acaba de llamar desde esta ventana y he venido a toda prisa.

—Fui yo quien llamó —dijo Holmes.

—¡Usted! ¿Cómo pudo?

—Su cifra no era difícil, señora. Su pre-





—¡Oh, Dio mio, le han matado!

sencia aquí era necesaria. Sabía que sólo tenía que transmitir con la luz VIENI para que usted viniera.

La hermosa italiana miró con respeto a mi compañero.

—No comprendo cómo sabe esas cosas —dijo—. Giuseppe Gorgiano... cómo pudo... —Se detuvo; luego, de repente, su cara se iluminó de orgullo y placer—. ¡Ya lo veo! ¡Mi Gennaro! ¡Mi espléndido, mi hermoso Gennaro, que me ha conservado a salvo de todo daño, lo hizo; con su propia mano fuerte mató al monstruo! ¡Ah, Gennaro, qué estupendo eres! ¿Qué mujer puede merecer a tal hombre?

—Bueno, señora Lucca —dijo el prosaico Gregson, poniendo la mano en la manga de la señora con tan poco sentimiento como si ella fuera un chulo de Notting Hill—, todavía no tengo muy claro quién es usted o qué es usted, pero ha dicho bastante como para dejar en claro que la vamos a necesitar en Scotland Yard.

—Un momento, Gregson —dijo Holmes—. Me parece que esta señora puede tener tantos deseos de proporcionarnos infor-

mación como nosotros de recibirla. ¿Comprende usted, señora, que su marido será detenido y juzgado por la muerte del hombre que tenemos delante? Lo que diga usted puede ser utilizado en el proceso. Pero si usted piensa que ha actuado por motivos que no son criminales, y que él querría que se conocieran, entonces no puede ayudarle mejor que contándonos toda la historia.

—Ahora que Gorgiano ha muerto, no tememos nada —dijo la señora—. Era un demonio y un monstruo, y no puede haber juez en el mundo que castigue a mi marido por haberle matado.

—En ese caso —dijo Holmes—, sugiero que cerremos esta puerta, que dejemos las cosas como las encontramos, que vayamos con esta señora a sus habitaciones y que formemos nuestra opinión después de oír lo que tenga que decirnos.

Media hora después estábamos sentados los cuatro en el pequeño gabinete de la señora Lucca, oyendo su notable relato sobre esos siniestros acontecimientos, cuyo final habíamos presenciado por casualidad. Hablaba en un inglés rápido y fluido, pero nada convencional, que no intentaremos imitar:

—Nací en Posilipo, cerca de Nápoles —dijo—, hija de Augusto Barelli, que era el abogado más importante, y que en una ocasión fue diputado de esa comarca. Gennaro era empleado de mi padre, y me enamoré de él, como tiene que amarle toda mujer. No tenía dinero ni posición, así que mi padre prohibió el matrimonio. Escapamos juntos, nos casamos en Bari y vendí mis joyas para obtener el dinero con que llegar a América. Eso fue hace cuatro años, y desde entonces hemos estado en Nueva York.

»Al principio, la fortuna fue muy buena con nosotros. Gennaro pudo hacer un favor a un caballero italiano —le salvó de unos rufianes en un sitio llamado la Bowery, haciendo así un amigo poderoso. Se llamaba Tito Castalotti, y era el principal socio de la firma Castalotti y Zamba, que son los mayores importadores de fruta de Nueva York. El señor Zamba está inválido, y nuestro nuevo amigo Castalotti tenía poder en toda la firma, que emplea más de trescientos hombres. Dio empleo a mi marido, le hizo jefe de un departamento y le mostró su buena voluntad en todos los sentidos. El señor Castalotti era soltero, y creo que sentía que Gennaro era como su hijo, y tanto mi marido como yo le queríamos como si fuera nuestro padre. Habíamos tomado y amueblado una casita en Brooklyn, y nuestro porvenir parecía asegu-



rado, cuando apareció una nube negra que pronto iba a cubrir nuestro cielo.

»Una noche, al volver del trabajo, Gennaro trajo a un paisano con él. Se llamaba Gorgiano, y también era de Posilipo. Era un hombre enorme, como saben, pues han visto su cadáver. No sólo tenía cuerpo de gigante, sino que todo en él era gigantesco, enorme, aterrador. Su voz era como un trueno en nuestra casita. Apenas había sitio para sus braceos cuando hablaba. Sus pensamientos, sus emociones, sus pasiones, eran todas exageradas y monstruosas. Hablaba, o más bien rugía, con tal emoción que los demás no podían sino quedarse escuchando, acobardados por aquel poderoso torrente de palabras. Era un hombre terrible y extraño. ¡Gracias a Dios que está muerto!

»Volvió una y otra vez. Pero yo me daba cuenta de que Gennaro no estaba más contento que yo con su presencia. Mi pobre marido se quedaba sentado, pálido y nervioso, escuchando su inacabable delirio sobre política y cuestiones sociales. Gennaro no decía nada, pero yo, que le conocía tan bien, pude leer en su rostro una emoción que nunca había visto en él. Al principio creí que era rencor. Y luego, poco a poco, comprendí que era algo más: era miedo, un miedo profundo, secreto, penetrante. Esa noche, que advertí su terror, le abracé y le imploré por su amor y por todo lo que quería que no me ocultara nada, y que me contara por qué ese hombre enorme le abrumaba tanto.

»El me lo contó, y mi corazón se sintió frío como el hielo al escucharlo. Mi pobre Gennaro, en sus días locos y encendidos, cuando todo el mundo parecía estar contra él y su mente estaba medio desquiciada por las injusticias de la vida, se había unido a una sociedad napolitana, el Círculo Rojo, que estaba en relación con los antiguos Carbonarios. Los juramentos y secretos de esa fraternidad eran terribles; pero una vez bajo su dominio no era posible escapar. Cuando huimos a América, Gennaro creyó que se los había quitado de encima para siempre. ¡Cuál fue su horror una noche al encontrar por la calle al mismo hombre que le había iniciado en Nápoles, el gigante Gorgiano, un hombre que se había ganado el sobrenombre de "Muerte" en el Sur de Italia, pues estaba teñido hasta los codos en crimen! Había llegado a Nueva York para evitar a la policía italiana, y ya había plantado una rama de esa terrible sociedad en su nuevo país. Todo esto me dijo Gennaro, y me enseñó una convocatoria que había recibido ese mismo día, con

un Círculo Rojo en el encabezamiento, diciéndole que se iba a convocar una reunión en una determinada fecha, y que se ordenaba y requería su presencia.

»Eso ya era bastante malo, pero aún faltaba lo peor. Yo había notado desde hacía algún tiempo que cuando Gorgiano venía a vernos, según solía, al anochecer, me hablaba mucho a mí; y aun cuando sus palabras fueran para mi marido, esos terribles ojos, bestiales y fulgurantes, siempre se dirigían a mí. Una noche reveló su secreto. Yo había despertado en él lo que llamaba "amor"; el amor de un bruto, de un salvaje. Cuando Gennaro no había vuelto todavía, él llegó. Se abrió paso a empujones, me agarró con sus poderosos brazos, me abrazó con su abrazo de oso, me cubrió de besos y me imploró que me escapara con él. Yo estaba luchando y chillando cuando entró Gennaro y le atacó. Él dejó sin sentido a Gennaro de un golpe y huyó de la casa, donde nunca más entraría. Esa noche hicimos un enemigo mortal.

»Pocos días después tuvo lugar la reunión. Gennaro volvió de ella con una cara tan sombría que comprendí que había ocurrido algo terrible. Era peor de lo que yo podía haber imaginado. Los fondos de la sociedad se recaudaban por medio de chantaje a italianos ricos a los que se amenazaba cuando rehusaban pagar. Parece que habían abordado a Castalotti, nuestro querido amigo y protector. Él se había negado a ceder a las amenazas, y había entregado los avisos a la policía. En la reunión se acordó que él y su casa debían de ser volados con dinamita. Echaron a suertes quién había de realizarlo. Gennaro vio la cruel cara de nuestro enemigo sonriéndole cuando metió la mano en la bolsa. Sin duda lo habían arreglado previamente de algún modo, pues fue el fatal disco, con el Círculo Rojo, lo que sacó en la mano. Tenía que matar a su mejor amigo o exponerse él mismo y a mí a la venganza de sus camaradas. Era parte de su demoníaco sistema castigar a quienes temían u odiaban dañando no sólo a sus personas, sino a sus seres queridos, y el saberlo era lo que pendía con terror sobre la cabeza de mi pobre Gennaro y lo que casi le enloquecía de temor. Toda esa noche velamos juntos, abrazados, fortaleciéndonos mutuamente para las dificultades que teníamos por delante. La noche siguiente era la fijada para el intento. A mediodía, mi marido y yo estábamos de camino para Londres, pero no sin antes avisar a nuestro bienhechor del peligro, y dejar también a la policía la información que protegiera su vida en el futuro.



»Lo demás, caballeros, ya lo saben por ustedes mismos. Estábamos seguros de que nuestros enemigos nos seguirían como nuestras sombras. Gorgiano tenía sus razones particulares para vengarse, pero además sabíamos lo inexorable, astuto e incansable que podía ser. Italia y América estaban llenas de historias de su temible poder. Ahora sería cuando se ejerciera del todo. Mi marido empleó los pocos días sin peligro que habíamos conseguido con nuestra fuga en buscarme un refugio para poder estar a cubierto de cualquier riesgo. Por su parte, él deseaba estar libre para poder comunicar con la policía americana y la italiana. Yo misma no sé dónde vivía, ni cómo. Lo único que sabía era por los anuncios de un periódico. Pero una vez, mirando por la ventana, vi dos italianos observando la casa, y comprendí que Gorgiano había encontrado de algún modo nuestro refugio. Finalmente, Gennaro me dijo, por el periódico, que me haría señales desde una ventana, pero cuando llegaron, las señales no fueron más que alertas, que se interrumpieron de pronto. Ahora veo claro que él sabía que Gorgiano le seguía de cerca, y ¡gracias a

Dios! estaba preparado para cuando llegara. Y ahora, caballeros, les preguntaría si tenemos algo que temer de la justicia, o si algún juez en el mundo condenaría a mi Gennaro por lo que ha hecho.

—Bueno, señor Gregson —dijo el americano, mirando al inspector—, no sé cuál será su punto de vista británico, pero supongo que en Nueva York el marido de esta señora recibiría una muestra de agradecimiento casi general.

—Tendrá que venir conmigo a ver al jefe —respondió Gregson—. Si se confirma lo que dice, creo que ni ella ni su marido tienen mucho que temer. Pero lo que no puedo entender en absoluto, señor Holmes, es cómo demonios se ha mezclado usted también en el asunto.

—Por la educación, Gregson, por la educación. Sigo buscando conocimientos en la vieja universidad. Bueno, Watson, ya tiene otra muestra más de lo trágico y lo grotesco que añadir a su colección. Por cierto, ¿no son las ocho, y es una noche de Wagner en Covent Garden? Si nos damos prisa, podemos llegar a tiempo para el segundo acto.

## LA AVENTURA DEL DETECTIVE AGONIZANTE

La señora Hudson, la patrona de Sherlock Holmes, tenía una larga experiencia de sufrimiento. No sólo encontraba invadido su primer piso a todas horas por bandadas de personajes extraños y a menudo indeseables, sino que su notable huésped mostraba una excentricidad y una irregularidad de vida que sin duda debía poner duramente a prueba su paciencia. Su increíble desorden, su afición a la música a hora extrañas, su ocasional entrenamiento con el revólver en la habitación, sus descabellados y a menudo malolientes experimentos científicos, y la atmósfera de violencia y peligro que le envolvía, hacían de él el peor inquilino de Londres. En cambio, su pago era principesco. No me cabe duda de que podría haber comprado la casa por el precio que Holmes pagó por sus habitaciones en los años que estuve con él.

La patrona sentía el más profundo respeto hacia él y nunca se atrevía a llamarle al

orden por molestas que le parecieran sus costumbres. Además, le tenía cariño, pues era un hombre de notable amabilidad y cortesía en su trato con las mujeres. El las detestaba y desconfiaba de ellas, pero era siempre un adversario caballeroso. Sabiendo qué auténtica era su consideración hacia Holmes, escuché atentamente el relato que ella me hizo cuando vino a mi casa el segundo año de mi vida de casado y me habló de la triste situación a la que estaba reducido mi pobre amigo.

—Se muere, doctor Watson —dijo—. Lleva tres días hundiéndose, y dudo que dure el día de hoy. No me deja llamar a un médico. Esta mañana, cuando vi cómo se le salen los huesos de la cara, y cómo me miraba con sus grandes ojos brillantes, no pude resistir más. «Con su permiso o sin él, señor Holmes, voy ahora mismo a buscar a un médico», dije. «Entonces, que sea Watson», dijo.



Yo no perdería ni una hora en ir a verle, señor, o a lo mejor ya no lo ve vivo.

Me quedé horrorizado, pues no había sabido nada de su enfermedad.

Ni que decir tiene que me precipité a buscar mi abrigo y mi sombrero. Mientras íbamos en el coche, pregunté detalles.

—Tengo poco que contarle. El había estado trabajando en un caso en Rotherhithe, en un callejón junto al río, y se ha traído la enfermedad con él. Se acostó el miércoles por la tarde y desde entonces no se ha movido. Durante esos tres días no ha comido ni bebido nada.

—¡Válgame Dios! ¿Por qué no llamó a su médico?

—El no quería de ningún modo, doctor Watson. Ya sabe qué dominante es. No me atreví a desobedecerle. Pero no va a durar mucho en este mundo, como verá usted mismo en el momento en que le ponga los ojos encima.

Cierto que era un espectáculo lamentable. En la media luz de un día neblinoso de noviembre, el cuarto del enfermo era un lugar tenebroso, y esa cara macilenta y consumida que me miraba fijamente desde la cama hizo pasar un escalofrío por mi corazón. Sus ojos tenían el brillo de la fiebre, sus mejillas estaban encendidas de un modo inquietante, y tenía los labios cubiertos de costras oscuras; las flacas manos sobre la colcha se agitaban convulsivamente, y su voz croaba de modo espasmódico. Seguí tendido inerte cuando entré en el cuarto, pero al verme hubo un fulgor de reconocimiento en sus ojos.

—Bueno, Watson, parece que hemos caído en malos días —dijo con voz débil, pero con algo de su vieja indolencia en sus modales.

—¡Mi querido amigo! —exclamé, acercándome a él.

—¡Atrás! ¡Echese atrás! —dijo, del modo tajante e imperioso que yo había visto en él sólo en momentos de crisis—. Si se acerca a mí, Watson, mandaré echarle de casa.

—Pero ¿por qué?

—Porque ése es mi deseo. ¿No basta?

Sí, la señora Hudson tenía razón. Estaba más dominante que nunca. Sin embargo, era lamentable ver su agotamiento.

—¡Exactamente! Ayudará mejor haciendo lo que se le dice.

—Es verdad, Holmes.

El suavizó la dureza de sus maneras.

—¿No estará irritado? —preguntó, jadeando para obtener aliento.

Pobre hombre, ¿cómo iba yo a estar irri-

tado al verlo tendido en tal situación frente a mí?

—Es por su bien, Watson —croó.

—¿Por mi bien?

—Sé lo que me pasa. Es una enfermedad de los coolíes de Sumatra, algo que los holandeses conocen mejor que nosotros, aunque hasta ahora no han conseguido mucho. Sólo una cosa es cierta. Es mortal de necesidad, y es terriblemente contagiosa.

Ahora hablaba con una energía febril, con las largas manos convulsionándose y sacudiéndose en gestos para que me alejara.

—Contagiosa por contacto; eso es. Mantenga la distancia y todo irá bien.

—¡Válgame Dios, Holmes! ¿Supone que eso va a influir en mí por un momento? No me afectaría en el caso de un desconocido. ¿Se imagina que me impediría cumplir mi deber con tan viejo amigo?

Volví a avanzar, pero me rechazó con una mirada de cólera furiosa.

—Si se queda ahí, le hablaré. Si no, tiene que marcharse de este cuarto.

Siento tan profundo respeto por las extraordinarias cualidades de Holmes, que siempre he obedecido a sus deseos, aun cuando menos los entendiera. Pero ahora todo mi instinto profesional estaba excitado. Aunque él fuera mi jefe en otro sitio, en un cuarto de un enfermo yo era el suyo.

—Holmes —dije—, usted no es usted mismo. Un enfermo es sólo un niño, y así le voy a tratar. Quiéralo o no, voy a examinar sus síntomas y lo voy a tratar.

Me miró con ojos venenosos.

—Si debo tener un médico, quiéralo o no, por lo menos que sea uno en quien tenga confianza —dijo.

—¿Entonces no la tiene en mí?

—En su amistad, ciertamente. Pero los hechos son los hechos, Watson, y después de todo, usted es sólo un médico general de experiencia muy limitada y de títulos mediocres. Es doloroso tener que decir estas cosas, pero me obliga a ello.

Me sentí muy ofendido.

—Tal observación no es digna de usted, Holmes. Me muestra muy claramente el estado de sus nervios. Pero si no tiene confianza en mí, no le impondré mis servicios. Traigamos a sir Jasper Meek, o Penrose Fisher, o cualquiera de los mejores de Londres. Pero alguno tiene que aceptar, y eso es definitivo. Si cree que voy a quedarme aquí quieto, viéndole morir sin ayudarlo bien por mí mismo o bien trayendo otro para que le ayude, se ha equivocado de persona.



—Tiene buenas intenciones, Watson —dijo el enfermo, con algo entre un sollozo y un gemido—. ¿Tengo que demostrarle su propia ignorancia? ¿Qué sabe usted, por favor, de la fiebre Tapanuli? ¿Qué sabe de la corrupción negra de Formosa?

—No he oído hablar de ninguna de las dos cosas.

—En Oriente, Watson, hay muchos problemas de enfermedades, muchas posibilidades patológicas extrañas. —Se contenía después de cada frase para concentrar su menguante energía—. He aprendido mucho en algunas investigaciones recientes de índole médico-criminal. En el transcurso de ellas he dado con esa enfermedad. Usted no puede hacer nada.

—Quizá no. Pero por casualidad sé que el doctor Ainstree, la mayor autoridad viviente en enfermedades tropicales, está ahora en Londres. Es inútil toda protesta, Holmes. Voy a buscarle ahora mismo —y me dirigí decidido hacia la puerta.

¡Nunca he sufrido tal choque! En un momento, con un salto de tigre, el agonizante me había interceptado. Oí el brusco chasquido de una llave al girar. Un momento después, volvió tambaleante a su cama, agotado y jadeante después de esa única llamarada de energía.

—No me quitará la llave por la fuerza, Watson. Ya le tengo, amigo mío. Aquí está, y aquí se quedará hasta que yo disponga otra cosa. Pero le seguiré el humor. —Todo eso en breves jadeos, con terribles luchas en medio, buscando aliento—. Sólo piensa usted en mi propio bien. Se saldrá con la suya, pero déme tiempo de reunir fuerzas. Ahora no, Watson, ahora no. Son las cuatro. A las seis se puede ir.

—Eso es una locura, Holmes.

—Sólo dos horas, Watson. Le prometo que se irá a las seis. ¿Está contento de esperar?

—Parece que no tengo alternativa.

—En absoluto, Watson. Gracias, no necesito ayuda para arreglar la ropa de la cama. Usted, por favor, guarde la distancia. Bueno, Watson, sólo hay otra condición que yo pondría. —Usted buscará ayuda, pero no del médico que ha mencionado, sino del que elija yo.

—No faltaba más.

—Las tres primeras palabras sensatas que ha pronunciado desde que entró en este cuarto, Watson. Ahí encontrará algunos libros. Estoy un tanto agotado; no se cómo se sentirá una batería cuando vierte la electricidad

en un no-conductor. A las seis, Watson, reanudaremos nuestra conversación.

Pero estaba destinada a reanudarse mucho antes de esa hora, y en circunstancias que me ocasionaron una sacudida sólo inferior a la causada por su salto a la puerta. Yo llevaba varios minutos mirando la silenciosa figura que había en la cama. Tenía la cara casi cubierta y parecía dormir. Entonces, incapaz de quedarme sentado leyendo, me paseé despacio por el cuarto, examinando los retratos de delincuentes célebres con que estaba adornado. Al fin, en mi paseo sin objetivo, llegué ante la repisa de la chimenea. Sobre ella se dispersaba un caos de pipas, bolsas de tabaco, jeringas, cortaplumas, cartuchos de revólver y otros chismes. En medio de todo esto, había una cajita blanca y negra, de marfil, con tapa deslizante. Era una cosita muy bonita; había extendido yo la mano para examinarla más de cerca cuando...

Fue terrible el grito que dio..., un aullido que se podía haber oído desde la calle. Sentí frío en la piel y el pelo se me erizó de tan horrible chillido. Al volverme, vislumbré un atisbo de cara convulsa y unos ojos frenéticos. Me quedé paralizado, con la cajita en la mano.

—¡Deje eso! Déjelo al momento, Watson..., ¡al momento, digo! —Cuando volví a poner la caja en la repisa, su cabeza volvió a hundirse en la almohada, y lanzó un hondo suspiro de alivio—. Me molesta que se toquen mis cosas, Watson. Ya sabe que me molesta. Usted enreda más de lo tolerable. Usted, un médico..., es bastante como para mandar a un paciente al manicomio. ¡Siéntese, hombre, y déjeme reposar!

Ese incidente dejó en mi ánimo una impresión muy desagradable. La violenta excitación sin motivo, seguida por esa brutalidad de lenguaje, tan lejana de su acostumbrada suavidad, me mostraba qué profunda era la desorganización de su mente. De todas las ruinas, la de una mente noble es la más deplorable. Yo seguí sentado en silenciosa depresión hasta que pasó el tiempo estipulado. El parecía haber observado el reloj tanto como yo, pues apenas eran las seis cuando empezó a hablar con la misma excitación febril de antes.

—Bueno, Watson —dijo—. ¿Lleva cambio en el bolsillo?

—Sí.

—¿Algo de plata?

—Bastante.

—¿Cuántas coronas?

—Tengo cinco.



—¡Ah, demasiado pocas! ¡Demasiado pocas! ¡Qué mala suerte, Watson! Sin embargo, tal como son, métaselas en el bolsillo del reloj, y todo su otro dinero, en el bolsillo izquierdo del pantalón. Gracias. Así se equilibrará mucho mejor.

Era una locura delirante. Se estremeció y volvió a emitir un ruido entre la tos y el sollozo.

—Ahora encienda el gas, Watson, pero tenga mucho cuidado de que ni por un momento pase de la mitad. Le ruego que tenga cuidado, Watson. Gracias, así está muy bien. No, no hace falta que baje la cortinilla. Ahora tenga la bondad de poner unas cartas y papeles en esa mesa a mi alcance. Gracias. Ahora algo de esos trastos de la repisa. ¡Excelente, Watson! Ahí hay unas pinzas de azúcar. Tenga la bondad de levantar con ayuda de ellas esa cajita de marfil. Póngala ahí entre los papeles. ¡Bien! Ahora puede ir a buscar al señor Culverton Smith, en Lower Street, 13.

—Nunca he oído tal nombre —dije.

—Quizá no, mi buen Watson. A lo mejor le sorprende saber que el hombre que más entiende en el mundo sobre esta enfermedad no es un médico, sino un plantador. El señor Culverton Smith es un conocido súbdito de Sumatra, que ahora se encuentra de viaje en Londres. Una irrupción de esta enfermedad en su plantación, que estaba muy lejos de toda ayuda médica, le hizo estudiarla él mismo, con consecuencias de gran alcance. Es una persona muy metódica, y no quise que se pusiera usted en marcha antes de las seis porque sabía muy bien que no lo encontraría en su estudio. Si pudiera persuadirle para que viniera aquí y nos hiciera beneficiarios de su experiencia impar en esta enfermedad, cuya investigación es su entretenimiento favorito, no dudo que me ayudaría.

Doy las palabras de Holmes como un todo consecutivo, y no voy a intentar reproducir cómo se interrumpían con jadeos tratando de recobrar el aliento y con apretones de manos que indicaban el dolor que sufría. Su aspecto había empeorado en las pocas horas que llevaba yo con él. Sus colores febriles estaban más pronunciados, los ojos brillaban más desde unos huecos más oscuros, y un sudor frío recorría su frente. Sin embargo, conservaba su confiada vivacidad de lenguaje. Hasta el último jadeo, seguiría siendo el jefe.

—Le dirá exactamente cómo me ha dejado —dijo—. Le transmitirá la misma impresión que hay en su mente, un agonizante, un

agonizante que delira. En efecto, no puedo pensar por qué todo el cauce del océano no es una masa maciza de ostras, si tan prolíficas parecen. ¡Ah, estoy disparatando! ¡Qué raro, cómo el cerebro controla el cerebro! ¿Qué iba diciendo, Watson? Mis instrucciones para el señor Culverton Smith. Ah, sí, ya me acuerdo. Mi vida depende de eso. Convénzale, Watson. No hay buenas relaciones entre nosotros. Su sobrino, Watson..., sospechaba yo algo sucio y le permití verlo. El muchacho murió horriblemente. Tiene un agravio contra mí. Usted le ablandará, Watson. Ruéguele, pídaselo, tráigale aquí como sea. El puede salvarme, ¡sólo él!

—Le traeré un coche de punto, si le tengo que traer como sea.

—No haga nada de eso. Usted le convencerá para que venga. Y luego volverá antes que él. Ponga alguna excusa para no volver con él. No lo olvide, Watson. No me vaya a fallar. Usted nunca me ha fallado. Sin duda, hay enemigos naturales que limitan el aumento de las criaturas. Usted y yo, Watson, hemos hecho nuestra parte. ¿Va a quedar el

—¡Deje eso! Déjelo al momento, Watson..., ¡al momento, digo!





mundo, entonces, invadido por las ostras? ¡No, no, es horrible! Transmítale todo lo que hay en su mente.

Le dejé con la imagen de ese magnífico intelecto balbuceando como un niño estúpido. El me había entregado la llave, y con una feliz ocurrencia, me la llevé conmigo, no fuera a cerrar él mismo. La señora Hudson esperaba, temblaba y lloraba en el pasillo. Detrás de mí, al salir del piso, oí la voz alta y fina de Holmes en alguna salmodia delirante. Abajo, mientras yo silbaba llamando a un coche de punto, se me acercó un hombre entre la niebla.

—¿Cómo está el señor Holmes? —preguntó.

Era un viejo conocido, el inspector Morton, de Scotland Yard, vestido con ropas nada oficiales.

—Está muy enfermo —contesté.

Me miró de un modo muy raro. Si no hubiera sido demasiado diabólico, podría haber imaginado que la luz del farol de gas mostraba exultación en su cara.

—Había oído rumores de eso —dijo.

El coche me esperaba ya y le dejé.

Lowe Burke Street resultó ser una línea de bonitas casas extendidas en la vaga zona limítrofe entre Notting Hill y Kensington. La casa ante la cual se detuvo mi cochero tenía un aire de ufana y solemne respetabilidad en sus verjas de hierro pasadas de moda, su enorme puerta plegadiza y sus dorados relucientes. Todo estaba en armonía con un solemne mayordomo que apareció enmarcado en el fulgor rosado de una luz eléctrica coloreada que había detrás de él.

—Sí, el señor Culverton Smith está en casa. ¡El doctor Watson! Muy bien, señor, subiré su tarjeta.

Mi humilde nombre y mi título no parecieron impresionar al señor Culverton Smith. A través de la puerta medio abierta oí una voz aguda, petulante y penetrante:

—¿Quién es esa persona? ¿Qué quiere? Caramba, Staples, ¿cuántas veces tengo que decir que no quiero que me molesten en mis horas de estudio?

Hubo un suave chorro de respetuosas explicaciones por parte del mayordomo.

—Bueno, no lo voy a ver, Staples, no puedo dejar que se interrumpa así mi trabajo. No estoy en casa. Dígaselo. Dígale que venga por la mañana si quiere verme realmente.

Otra vez el suave murmullo.

—Bueno, bueno, déle ese recado. Puede venir por la mañana o puede no volver. Mi trabajo no tiene que sufrir obstáculos.

Pensé en Holmes revolviéndose en su lecho de enfermo, y contando los minutos, quizá, hasta que pudiera proporcionarle ayuda. No era un momento como para detenerse en ceremonias. Su vida dependía de mi prontitud. Antes de que aquel mayordomo, todo excusas, me entregara su mensaje, me abrí paso de un empujón, dejándole atrás, y estaba ya en el cuarto.

Con un agudo grito de cólera, un hombre se levantó de una butaca colocado junto al fuego. Vi una gran cara amarilla, de áspera textura y grasienta, de pesada sotabarba, y unos ojos huraños y amenazadores que fulguraban hacia mí por debajo de unas pobladas cejas color de arena. Su alargada cabeza calva llevaba una gorrita de estar en casa, de terciopelo, inclinada con coquetería hacia un lado de su curva rosada. El cráneo era de enorme capacidad, y sin embargo, bajando los ojos, vi con asombro que la figura de ese hombre era pequeña y frágil, y retorcida por los hombros y la espalda como quien ha sufrido raquitismo desde su infancia.

—¿Qué es esto? —gritó con voz aguda y chillona—. ¿Qué significa esa intrusión? ¿No le mandé recado de que viniera mañana por la mañana?

—Lo siento —dije—, pero el asunto no se puede aplazar. El señor Sherlock Holmes...

El pronunciar el nombre de mi amigo tuvo un extraordinario efecto en el hombrecillo. El aire de cólera desapareció en un momento de su cara, y sus rasgos se pusieron tensos y alertados.

—¿Viene de parte de Holmes? —preguntó.

—Acabo de dejarle.

—¿Qué hay de Holmes? ¿Cómo está?

—Está desesperadamente enfermo. Por eso he venido.

El hombre me hizo señal de que me sentara en una butaca y se volvió para sentarse otra vez en la suya. Al hacerlo así, vislumbré un atisbo de su cara en el espejo de encima de la chimenea. Hubiera podido jurar que mostraba una maliciosa y abominable sonrisa. Pero me convencí de que debía ser alguna contracción nerviosa que yo había sorprendido, pues un momento después se volvió hacia mí con auténtica preocupación en sus facciones.

—Lamento saberlo —dijo—. Sólo conozco al señor Holmes a través de algunos asuntos de negocios que hemos tenido, pero siento gran respeto hacia su talento y su personalidad. Es un aficionado del crimen, como yo de la enfermedad. Para él, el delincuente;



para mí, el microbio. Ahí están mis prisiones —continuó, señalando una hilera de botellas y tarros en una mesita lateral—. Entre esos cultivos de gelatina, están cumpliendo su condena algunos de los peores delincuentes del mundo.

—Por su especial conocimiento del tema, es por lo que deseaba verle el señor Holmes. Tiene una elevada opinión de usted, y pensó que era la única persona en Londres que podría ayudarlo.

El hombrecillo se sobresaltó, y la elegante gorrita resbaló al suelo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué iba a pensar el señor Holmes que yo le podía ayudar en su dificultad?

—Por su conocimiento de las enfermedades orientales.

—Pero ¿por qué iba a pensar que esa enfermedad que ha contraído es oriental?

—Porque en unas averiguaciones profesionales, ha trabajado con unos marineros chinos en los muelles.

El señor Culverton Smith sonrió agradablemente y recogió su gorrita.

—Ah, es eso —dijo—, ¿es eso? Confío en que el asunto no sea tan grave como usted supone. ¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

—Unos tres días.

—¿Con delirios?

—De vez en cuando.

—¡Vaya, vaya! Eso parece serio. Sería inhumano no responder a su llamada. Lamento mucho esta interrupción en mi trabajo, doctor Watson, pero este caso ciertamente es excepcional. Iré con usted en seguida.

Recordé la indicación de Holmes.

—Tengo otro recado que hacer —dije.

—Muy bien. Iré solo. Tengo anotada la dirección del señor Holmes. Puede estar seguro de que estaré allí antes de media hora.

Volví a entrar en la alcoba de Holmes con el corazón desfalleciente. Tal como lo dejé, en mi ausencia podía haber ocurrido lo peor. Para mi enorme alivio, había mejorado mucho en el intervalo. Su aspecto era tan espectral como antes, pero había desaparecido toda huella de delirio y hablaba con una voz débil, en verdad, pero con algo de su habitual claridad y lucidez.

—Bueno, ¿le ha visto, Watson?

—Sí, ya viene.

—¡Admirable, Watson! ¡Admirable! Es usted el mejor de los mensajeros.

—Deseaba volver conmigo.

—Eso no hubiera valido, Watson. Sería obviamente imposible. ¿Preguntó qué enfermedad tenía yo?

—Le hablé de los chinos en el East End.

—¡Exactamente! Bueno, Watson, ha hecho todo lo que podía hacer un buen amigo. Ahora puede desaparecer de la escena.

—Debo esperar a oír su opinión, Holmes.

—Claro que debe. Pero tengo razones para suponer que esa opinión sería mucho más franca y valiosa si se imaginara que estamos solos. Queda el sitio justo detrás de la cabecera de mi cama.

—¡Mi querido Holmes!

—Me temo que no hay alternativa, Watson. El cuarto no se presta a esconderse, pero es preciso que lo haga, en cuanto que es menos probable que despierte sospechas. Pero ahí mismo, Watson, se me antoja que podría hacerse el trabajo. —De repente se incorporó con rígida atención en su cara hosca—. Ya se oyen las ruedas, Watson. ¡Pronto, hombre, si de verdad me aprecia! Y no se mueva, pase lo que pase..., pase lo que pase, ¿me oye? ¡No hable! ¡No se mueva! Escuche con toda atención.

Luego, en un momento, desapareció su súbito acceso de energía, y sus palabras dominantes y llenas de sentido se extinguieron en los sordos y vagos murmullos de un hombre delirante.

Desde el escondite donde me había metido tan rápidamente, oí los pasos por la escalera, y la puerta de la alcoba que se abría y cerraba. Luego, para mi sorpresa, hubo un largo silencio, roto sólo por el pesado aliento y jadeo del enfermo. Pude imaginar que nuestro visitante estaba de pie junto a la cama y miraba al que sufría. Por fin se rompió ese extraño silencio.

—¡Holmes! —gritó—. ¡Holmes! —con el tono insistente de quien despierta a un dormido—. ¿Me oye, Holmes? —Hubo un roce, como si hubiera sacudido bruscamente al enfermo por el hombro.

—¿Es usted, señor Smith? —susurró Holmes—. Apenas me atrevería a esperar que viniera.

El otro se rió.

—Ya me imagino que no —dijo—. Y sin embargo, ya ve que estoy aquí. ¡Remordimientos de conciencia!

—Es muy bueno de su parte, muy noble. Aprecio mucho sus especiales conocimientos. Nuestro visitante lanzó una risita.

—Claro que sí. Por suerte, usted es el único hombre en Londres que los aprecia. ¿Sabe lo que le pasa?

—Lo mismo —dijo Holmes.

—¡Ah! ¿Reconoce los síntomas?

—De sobra.



—Bueno, no me extrañaría, Holmes. No me extrañaría que fuera lo mismo. Una mala perspectiva para usted si lo es. El pobre Víctor se murió a los cuatro días; un muchacho fuerte, vigoroso. Como dijo usted, era muy chocante que hubiera contraído una extraña enfermedad, que, además, yo había estudiado especialmente. Singular coincidencia, Holmes. Fue usted muy listo al darse cuenta, pero poco caritativo al sugerir que fuera causa y efecto.

—Sabía que lo hizo usted.

—¿Ah, sí? Bueno, usted no pudo probarlo, en todo caso. Pero ¿qué piensa de usted mismo, difundiendo informes así sobre mí, y luego arrastrándose para que le ayude en el momento en que está en apuros? Qué clase de jugo es éste, ¿eh?

Oí el aliento ronco y trabajoso del enfermo.

—¿Déme agua! —jadeó.

—Está usted cerca de su fin, amigo mío, pero no quiero que se vaya hasta que tenga yo unas palabras con usted. Por eso le doy agua. Ea, ¡no la vierta por ahí! Está bien. ¿Entiende lo que le digo?

Holmes gimió.

—Haga por mí lo que pueda. Lo pasado, pasado —susurró—. Yo me quitaré de la cabeza esas palabras: juro que lo haré. Sólo cùreme y lo haré.

—Olvidará, ¿qué?

—Bueno, lo de la muerte de Víctor Savage. Usted casi reconoció que lo había hecho. Lo olvidaré.

—Puede olvidarlo o recordarlo, como le parezca. No le veo declarando en la tribuna de los testigos. Le veo entre otras maderas de forma muy diferente, mi buen Holmes, se lo aseguro. No me importa nada que sepa cómo murió mi sobrino. No es de él de quien hablamos. Es de usted.

—Sí, sí.

—El tipo que vino a buscarme, no recuerdo cómo se llama, dijo que había contraído esa enfermedad en el East End entre los marineros.

—Sólo así me lo puedo explicar.

—Usted está orgulloso de su cerebro, Holmes, ¿verdad? Se considera listo, ¿no? Esta vez se ha encontrado con otro más listo. Ahora vuelva la vista atrás, Holmes. ¿No se imagina de otro modo cómo podría haber contraído eso?

—No puedo pensar. He perdido la razón. ¡Ayúdeme, por Dios!

—Sí, le ayudaré. Le ayudaré a entender dónde está y cómo ha venido a parar a esto.

Me gustaría que lo supiera antes de morir.

—Déme algo para aliviarme el dolor.

—Es doloroso, ¿verdad? Sí, los coolies solían chillar un poco al final. Le entra como un espasmo, imagino.

—Sí, sí; es un espasmo.

—Bueno, de todos modos, puede oír lo que digo. ¡Escuche ahora! ¿No recuerda algún incidente desacostumbrado en su vida poco antes de que empezaran sus síntomas?

—No, no, nada.

—Vuelva a pensar.

—Estoy demasiado mal para pensar.

—Bueno, entonces, le ayudaré. ¿Le llegó algo por correo?

—¿Por correo?

—¿Una caja, por casualidad?

—Me desmayo. ¡Me muero!

—¡Escuche, Holmes! —hubo un ruido como si sacudiera al agonizante, y yo hice lo que pude para seguir callado en mi escondite—. Debe oírme. Me va a oír. ¿Recuerda una caja; una caja de marfil? Llegó el miércoles. Usted la abrió, ¿recuerda?

—Sí, sí, la abrí. Dentro había un resorte agudo. Alguna broma...

—No fue una broma, como verá a su propia costa. Idiota, usted se empeñó y ya lo tiene. ¿Quién le mandó cruzarse en mi camino? Si me hubiera dejado en paz, yo no le habría hecho nada.

—Recuerdo —jadeó Holmes—. ¡El resorte! Me hizo sangre. Esa caja... está en la mesa.

—¡Esa misma, caramba! Y más vale que salga del cuarto en mi bolsillo. Aquí va su último jirón de pruebas. Pero ya tiene la verdad, Holmes, y puede morir sabiendo que yo le maté. Usted sabía demasiado del destino de Víctor Savage, así que le he enviado a compartirlo. Está usted muy cerca de su final, Holmes. Me quedaré aquí sentado y le veré cómo se muere.

La voz de Holmes había bajado a un susurro casi inaudible.

—¿Qué es eso? —dijo Smith—. ¿Subir el gas? Ah, las sombras empiezan a caer, ¿verdad? Sí, lo subiré para que me vea mejor. —Cruzó el cuarto y la luz de repente se hizo más brillante—. ¿Hay algún otro servicio que pueda hacerle, amigo mío?

—Un fósforo y un cigarrillo.

Casi grité de alegría y de asombro. Habla con su voz natural; un poco débil, quizá, pero la misma que yo conocía. Hubo una larga pausa y noté que Culverton estaba parado, mirando mudo de asombro a su compañero.





*Cruzó el cuarto y la luz de repente se hizo más brillante.*

—¿Qué significa esto? —le oí decir al fin, en tono seco y ronco.

—El mejor modo de representar un personaje —dijo Holmes—. Le doy mi palabra de que desde hace tres días no he probado de comer ni de beber hasta que usted ha tenido la bondad de darme un vaso de agua. Pero el tabaco es lo que encuentro más molesto. Ah, ahí unos cigarrillos. —Oí rascar un fósforo—. Esto está mucho mejor. ¡Hola, hola! ¿Oigo los pasos de un amigo?

Fuera se oyeron unas pisadas, se abrió la puerta y apareció el inspector Morton.

—Todo está en orden y aquí tiene a su hombre —dijo Holmes.

El policía hizo las advertencias de rigor.

—Le detengo acusado del asesinato de un tal Víctor Savage —concluyó.

—Y podría añadir que por intento de asesinato de un tal Sherlock Holmes —observó mi amigo con una risita—. Para ahorrar molestias a un inválido, el señor Culverton Smith tuvo la bondad de dar nuestra señal subiéndolo el gas. Por cierto, el detenido tiene en el bolsillo derecho de la chaqueta una ca-

jita que valdría más quitár de en medio. Gracias. Yo la trataría con cuidado si fuera usted. Déjela ahí. Puede desempeñar su papel en el juicio.

Hubo una súbita agitación y un forcejeo, seguido por un ruido de hierro y un grito de dolor.

—No conseguirá más que hacerse daño —dijo el inspector—. Estése quieto, ¿quiere?

Sonó el ruido de las esposas al cerrarse.

—¡Bonita trampa! —gritó la voz aguda y gruñona—. Esto le llevará al banquillo a usted, Holmes, no a mí. Me pidió que viniera aquí a curarle. Me compadecí y vine. Ahora sin duda inventará que he dicho algo para apoyar sus sospechas demenciales. Puede mentir como guste, Holmes. Mi palabra es tan buena como la suya.

—¡Válgame Dios! —gritó Holmes—. Se me había olvidado del todo. Mi querido Watson, le debo mil excusas. ¡Pensar que le he pasado por alto! No necesito presentarle al señor Culverton Smith, ya que entiendo que le ha conocido antes, esta tarde. ¿Tiene abajo el coche a punto? Le seguiré en cuanto me vista; quizá sea útil en la comisaría.

»Nunca me había hecho más falta —dijo Holmes, mientras se reanimaba con un vaso de borgoña y unas galletas, en los intervalos de su arreglo—. De todos modos, como usted sabe, mis costumbres son irregulares, y tal hazaña significa para mí menos que para la mayoría de los hombres. Era esencial que hiciera creer a la señora Hudson en la realidad de mi situación, puesto que ella debía de transmitírsela a usted. ¿No se habrá ofendido, Watson? Se dará cuenta de que, entre sus muchos talentos, no hay lugar para el disimulo. Nunca habría sido capaz de darle a Smith la impresión de que su presencia era urgentemente necesaria, lo cual era el punto vital de todo el proyecto. Conociendo su naturaleza vengativa, seguro que vendría a ver su obra.

—Pero ¿y su aspecto, Holmes, su cara fantasmal?

—Tres días de completo ayuno no mejoran la belleza de uno, Watson. Por lo demás, pasando una esponja con vaselina por la frente y poniendo belladona en los ojos, colorete en lo pómulos y costras de cera en los labios, se puede producir un efecto muy satisfactorio. Fingir enfermedades es un tema sobre el que he pensado a veces escribir una monografía. Un poco de charla ocasional sobre medias coronas, ostras o cualquier otro tema extraño produce suficiente impresión de delirio.



—Pero, ¿por qué no me quiso dejar que me acercara, puesto que en realidad no había infección?

—¿Y usted lo pregunta, querido Watson? ¿Se imagina que no tengo respeto a su talento médico? ¿Podía imaginar yo que su astuto juicio iba a aceptar a un agonizante que, aunque débil, no tenía el pulso ni la temperatura anormales? A cuatro pasos se le podía engañar. Si no conseguía engañarle, ¿quién iba a traer a Smith a mi alcance? No, Watson, yo no tocaría esa caja. Puede ver, si la mira de lado, el resorte agudo que sale cuando se abre, como un colmillo de víbora. Me

atrevo a decir que fue con un recurso así con lo que halló la muerte el pobre Savage, que se interponía entre ese monstruo y una herencia. Sin embargo, como sabe, mi correspondencia es muy variada, y estoy un tanto en guardia contra cualquier paquete que me llegue. Pero me pareció que fingiendo que él había conseguido realmente su propósito, podría arrancarle una confesión. Y he realizado ese proyecto con la perfección del verdadero artista. Gracias, Watson, tiene que ayudarme a ponerme la chaqueta. Cuando hayamos acabado en la comisaría, creo que no estaría de más tomar algo nutritivo en Simpson's.

## EL PROBLEMA DEL PUENTE DE THOR

En algún sitio de los sótanos del banco Cox and Co., en Charing Cross, hay un estuche metálico de documentos, maltratado y desgastado por los viajes, con mi nombre pintado en la tapa: John H. Watson, M.D., anteriormente del Ejército de la India. Está atestado de papeles, casi todos los cuales son informes sobre casos que ilustran los curiosos problemas que en diversos momentos tuve que examinar el señor Sherlock Holmes. Algunos, y no menos interesantes, fueron completos fracasos, y como tales no admiten que se les relate, ya que no se llega a ninguna explicación definitiva. Un problema sin solución puede interesar al estudioso, pero es difícil que no moleste al lector corriente. Entre estos casos no concluidos está el del señor James Phillimore, quien, volviendo atrás hacia su casa para buscar su paraguas, desapareció de este mundo sin dejar rastro. No menos notable es el del barco *Alicia*, que zarpó una mañana de primavera y se metió en un pequeño banco de niebla del que jamás volvió a salir, sin que se supiera más de él ni de su tripulación. Otro caso digno de nota es el Isador Persano, el conocido periodista y dueñista, a quien se encontró en estado de locura, mirando fijamente una caja de cerillas que tenía delante y que contenía un curioso gusano, al parecer desconocido para la ciencia. Aparte de esos casos no sondeados, hay algunos que implican los secretos de familias particulares, hasta un punto que significaría la consternación en muchos ambientes eleva-

dos si se creyera posible que hallaran su camino hasta la letra impresa. No necesito decir que tal quebrantamiento de confianza es impensable, y que esos informes se apartarán y se destruirán ahora que mi amigo tiene tiempo para dedicar sus energías a otro asunto. Queda un considerable remanente de casos de mayor o menor interés, que yo podría haber publicado antes si no hubiera temido dar al público un hartazgo que repercutiera en la reputación de un hombre a quien admiro por encima de todos. En algunos estuve metido yo mismo y puedo hablar como testigo de vista, mientras que en otros, o no estuve presente o tuve un papel tan pequeño que sólo podrían contarse como por parte de una tercera persona. El siguiente relato está sacado de mi propia experiencia.

Era una desapacible mañana de octubre, y observé, al vestirme, cómo las últimas hojas que quedaban iban siendo arrebatadas del solitario plátano que agracia el terreno de detrás de nuestra casa. Bajé a desayunar preparado para encontrar a mi compañero deprimido, pues, como todos los grandes artistas, fácilmente se dejaba impresionar por su ambiente. Por el contrario, vi que casi había terminado su desayuno y que su humor era especialmente luminoso y alegre, con ese buen ánimo algo siniestro que caracterizaba sus momentos más ligeros.

—¿Tiene algún caso, Holmes? —hice notar.

—La facultad de deducción es ciertamen-



te contagiosa, Watson —respondió—, Le ha hecho capaz de sondear mi secreto. Sí, tengo un caso. Tras un mes de trivialidades y estancamiento, las ruedas se ponen en marcha otra vez.

—¿Podría compartirlo?

—Hay poco que compartir, pero podemos discutirlo cuando haya consumido un par de huevos duros con que nos ha favorecido nuestra cocinera. Su estado quizá no deje de tener relación con el ejemplar del *Family Herald* que observé ayer en la mesa del vestíbulo. Incluso un asunto tan trivial como el coocer un huevo requiere una atención que sea consciente del paso del tiempo, incompatible con la novela de amor de esa excelente publicación.

Un cuarto de hora después, la mesa estaba despejada y nosotros cara a cara. El había sacado una carta del bolsillo.

—¿Ha oído hablar de Neil Gibson, el Rey del Oro? —dijo.

—¿Quiere decir el senador americano?

—Bueno, una vez fue senador por algún estado del Oeste, pero se le conoce más como el mayor magnate de minas de oro del mundo.

—Sí, sé de él. Seguro que lleva viviendo algún tiempo en Inglaterra. Su nombre es muy conocido.

—Sí, compró unas grandes propiedades en Hampshire hace cinco años. ¿Ha oído hablar del trágico fin de su mujer?

—Claro. Ahora lo recuerdo. Por eso es conocido el nombre. Pero la verdad es que no sé nada de los detalles.

Holmes dirigió la mano hacia unos papeles que había en una silla.

—Yo no tenía idea de que el caso vendría a parar a mí, ni de que ya tendría preparados mis recortes de prensa —dijo—. La verdad es que el problema, aunque enormemente sensacional, no parecía presentar dificultades. La interesante personalidad de la acusada no oscurece la claridad de las pruebas. Esa fue la opinión emitida por el jurado forense y también en la instrucción. Ahora se ha remitido a la Audiencia de Winchester. Me temo que es un asunto ingrato. Puedo descubrir hechos, Watson, pero no puedo cambiarlos. A no ser que se presenten algunos completamente nuevos e inesperados, no veo qué puede esperar mi cliente.

—¿Su cliente?

—Ah, me olvidaba de que no se lo he dicho. Me estoy metiendo en su enredosa costumbre, Watson, de contar las cosas por el final. Más vale que empiece por leer esto.

La carta que me había entregado, escrita con letra enérgica y dominante, decía así:

«Hotel Claridge, 3 de octubre

»Querido señor Sherlock Holmes:

»No puedo ver ir a la muerte a la mejor mujer que ha creado Dios sin hacer todo lo posible por salvarla. No puedo explicar las cosas, ni siquiera puedo intentarlo, pero sé sin duda alguna que la señorita Dunbar es inocente. Usted conoce los hechos, ¿y quién no? Ha sido el comadreo de todo el país. ¡Y ni una voz se ha levantado a su favor! Es la maldita injusticia de todo esto lo que me vuelve loco. Esa mujer tiene un corazón que no le dejaría matar una mosca. Bueno, iré mañana a las once a ver si usted puede dejar pasar algún rayo de luz a la oscuridad. Quizá tenga yo una clave y no lo sé. En todo caso, todo lo que sé, todo lo que tengo y todo lo que soy son para usted, si puede salvarla. Si alguna vez en su vida ha mostrado toda su capacidad, aplíquela ahora a este caso.

»Suyo atentísimo,

»J. Neil Gibson.»

—Ahí lo tiene —dijo Sherlock Holmes, sacudiendo las cenizas de su pipa de después del desayuno y volviendo a llenarla despacio. —Este es el caballero que espero. En cuanto a la historia, apenas ha tenido tiempo usted de hacerse cargo de todos esos papeles, así que debo ponerle al corriente si va a tomar un interés intelectual en el asunto. Este hombre es el más poderoso financiero del mundo, y un hombre, según tengo entendido, de carácter muy violento y temible. Se casó con una mujer, la víctima de esta tragedia, de la que no sé nada sino que ya había pasado su juventud, lo que fue aún más desgraciado dado que una institutriz muy atractiva se ocupaba de la educación de sus dos niños pequeños. Esas son las tres personas que intervienen en el asunto, y el escenario es una grandiosa mansión señorial, centro de una histórica finca inglesa. Pasemos ahora a la tragedia. A la mujer se la encontró en los terrenos de la finca, a casi media milla de la casa, en plena noche, vestida con el traje de la cena, con un chal por los hombros y una bala de revólver que le había atravesado la cabeza. No se encontró arma alguna cerca de ella y no había pistas locales en cuanto al asesinato. No había arma alguna cerca de ella, Watson, ¡fijese en eso! El crimen parece que se cometió ya entrada la noche, el cadáver lo encontró un guarda de caza hacia



las once y lo examinaron la policía y un médico antes de llevarlo a la casa. ¿Está muy condensado o puede seguirlo claramente?

—Está muy claro, pero, ¿por qué sospechar de la institutriz?

—Bueno, en primer lugar, hay algún indicio muy directo. Un revólver con una cámara descargada y de un calibre que correspondía a la bala se halló en el suelo de su guardarropa. —Sus ojos se quedaron fijos y repitió, fragmentando las palabras—: En-el-suelo-de-su-guardarropa. —Luego se quedó en silencio, y vi que se había puesto en marcha algún proceso de pensamiento que sería estúpido interrumpir. De repente, sobresaltado, volvió a emerger a una vida animada—. Sí, Watson, se encontró. Bastante condenatorio, ¿eh? Eso pensaron los dos primeros jurados. Además, la mujer muerta llevaba encima una nota dándole cita en ese mismo lugar y firmada por la institutriz. ¿Qué tal eso? Finalmente, está el motivo. El senador Gibson es una persona muy atractiva. Si muere su mujer, quién más probable que la suceda sino la señorita que ya, por todos los informes, ha-

*A la mujer se la encontró en los terrenos de la finca, a casi media milla de la casa...*



bía recibido apremiantes atenciones de su patrono. Amor, fortuna, poder, todo dependiendo de una vida de mediana edad. Feo, Watson, ¡muy feo!

—Sí, es verdad, Holmes.

—Y ella no puede presentar una coartada. Por el contrario, tuvo que admitir que había bajado cerca del puente de Thor —que fue el escenario de la tragedia— hacia esa hora. No lo podía negar, porque la había visto un aldeano que pasaba por allí.

—Eso realmente parece definitivo.

—¡Y sin embargo, Watson, sin embargo...! Ese puente, un solo ancho arco de piedra con balaustrada a los lados, hace pasar el camino sobre la parte más estrecha de una laguna larga, honda, rodeada de juncos. Lago de Thor, lo llaman. En la entrada del puente yacía muerta la mujer. Tales son los principales hechos. Pero, si no estoy equivocado, aquí está nuestro cliente, mucho antes de la hora.

Billy había abierto la puerta, pero el nombre que anunció era inesperado. El señor Marlow Bates nos era desconocido a los dos. Era un hombre pequeño, delgado y nervioso, de ojos asustados, y unas maneras convulsivas y vacilantes; un hombre de quien cualquier mirada profesional juzgaría que estaba al borde del hundimiento nervioso.

—Parece agitado, señor Bates —dijo Holmes—. Por favor, siéntese. Me temo que sólo puedo concederle un rato, pues tengo una cita a las once.

—Ya sé que la tiene —jadeó nuestro visitante, disparando frases breves como un hombre sin aliento—. Viene el señor Gibson. El señor Gibson es mi jefe. Soy administrador de su finca. Señor Holmes, es un canalla..., un canalla infernal.

—Un lenguaje fuerte, señor Bates.

—Tengo que ser enfático, señor Holmes, porque el tiempo es limitado. No querría que me encontrara aquí por nada del mundo. Ahora está a punto de llegar. Pero yo estaba en un lugar desde donde no pude venir antes. Su secretario, el señor Ferguson, no me dijo hasta esta mañana que él tenía cita con usted.

—¿Y usted es su administrador?

—Ya le he avisado que me despido. Dentro de un par de semanas me habré librado de esa maldita esclavitud. Un hombre duro, señor Holmes, duro con todo lo que le rodea. Esas beneficencias públicas son una pantalla para cubrir sus iniquidades privadas. Fue brutal con ella. Ella venía de los trópicos, era brasileña de nacimiento, como sin duda usted sabe.



—No, se me había escapado.

—Tropical por nacimiento y tropical por naturaleza. Hija del sol y de la pasión. Le había querido a él como pueden querer las mujeres así, pero cuando se marchitaron sus encantos físicos —que he oído decir que en otro tiempo fueron grandes—, no hubo nada que le sujetara. Todos la queríamos y estábamos por ella, y le odiábamos a él por el modo como la trataba. Pero él es taimado y astuto. Eso es todo lo que tengo que decirle. No lo tome por lo que parece a simple vista. Hay algo más detrás de eso. Ahora me tengo que ir. ¡No, no me retenga! El casi estará al llegar.

Con una asustada mirada al reloj, nuestro extraño visitante salió literalmente corriendo por la puerta y desapareció.

—¡Bueno! ¡Bueno! —dijo Holmes, tras un intervalo de silencio.

—El señor Gibson parece tener una casa muy leal. Pero el aviso es sutil, y ahora sólo podemos esperar a que aparezca el hombre en persona.

A la hora en punto oímos unos pesados pasos por las escaleras y se hizo entrar al cuarto el famoso millonario. Al mirarlo, comprendí no sólo los temores y el odio de su administrador, sino también los ataques que tantos rivales en los negocios habían acumulado sobre su cabeza. Si yo fuera escultor y quisiera dar con el modelo de hombre de negocios con éxito, nervios de hierro y conciencia de cuero, elegiría al señor Neil Gibson como modelo. Su figura alta, flaca y áspera sugería la rapacidad y el hambre. Un Abraham Lincoln trasladado a bajos usos daría cierta idea de ese hombre. Su cara podía estar cincelada en granito, dura, angulosa, inexorable, con profundas líneas, cicatrices de muchas penalidades. Unos fríos ojos grises, mirando con astucia bajo unas cejas erizadas, nos inspeccionaron sucesivamente. Se inclinó de modo rutinario cuando Holmes dijo mi nombre, y luego, con dominante aire de posesión, tendió una silla a mi compañero y se sentó con sus huesudas rodillas casi tocándose.

—Permítame empezar diciendo, señor Holmes —comenzó—, que el dinero en este caso no me importa nada. Lo puedo quemar si le sirve de algo para alumbrar la verdad. Esa mujer es inocente y esa mujer debe quedar absuelta, y a usted le toca conseguirlo. ¡Diga su cifra!

—Mis honorarios siguen una escala fija —dijo fríamente Holmes—. No los varío, salvo cuando los perdono por completo.

—Bueno, si los dólares no significan nada para usted, piense en la reputación. Si arregla esto, todos los periódicos de Inglaterra y de América le trompetearán. Será el tema de conversación de todos los continentes.

—Gracias, señor Gibson. Creo que no necesito trompeteos. Quizá le sorprenda saber que prefiero trabajar de modo anónimo, y que es el problema mismo lo que me atrae. Pero estamos desperdiciando el tiempo. Vamos a los hechos.

—Creo que usted encontrará los más importantes en los informes de prensa. No sé que pueda añadir nada para ayudarlo. Pero si hay algo sobre lo que usted desee más luz..., bueno, aquí estoy para proporcionarla.

—Bueno, sólo hay un punto.

—¿Cuál?

—¿Cuáles eran las relaciones exactas entre usted y la señorita Dunbar?

El Rey del Oro se sacudió violentamente y casi se levantó de la silla. Luego recobró su calma corpulenta.

—Supongo que está usted en su derecho, y quizá tiene obligación de hacer esa pregunta, señor Holmes.

—Vamos a estar de acuerdo en suponerlo así —dijo Holmes.

—Entonces, puedo asegurarle que nuestras relaciones eran enteramente y siempre las de un patrono hacia una señorita con la que nunca conversó y a la que nunca vio, salvo cuando estaba en compañía de sus hijos. Holmes se levantó de la silla.

—Señor Gibson, yo soy un hombre muy atareado —dijo—, y usted no tiene tiempo ni ganas de conversaciones que no van a ninguna parte. Le deseo buenos días.

Nuestro visitante se levantó también y su gran figura descoyuntada se irguió por encima de la de Holmes. Había un fulgor furioso bajo esas cejas erizadas y un toque de color en las mejillas cetrinas.

—¿Qué diablos quiere decir con eso, señor Holmes? ¿Rechaza usted mi asunto?

—Bueno, señor Gibson, por lo menos le rechazo a usted. Había creído que mis palabras eran bien claras.

—Muy claras, pero ¿qué hay detrás de esto? ¿Me sube el precio o tiene miedo de hacerse cargo, o qué? Tengo derecho a una respuesta clara.

—Bueno, quizá lo tenga —dijo Holmes—. Le daré ésta. Este asunto ya es bastante complicado para empezar con él sin la dificultad adicional de una información falsa.

—¿Quiere decir que miento?

—Bueno, trataba de expresarlo tan delica-



damente como pude, pero si usted se empeña en esa palabra, no le llevaré la contraria.

Me puse en pie de un salto, pues la expresión de la cara del millonario era demoníaca en su intensidad, y había levantado su gran puño nudoso. Holmes sonrió lánguidamente y extendió la mano a la pipa.

—No haga tanto ruido, señor Gibson. Tenga en cuenta que, después del desayuno, incluso la menor discusión me sienta mal. Un paseo al aire de la mañana y pensarlo un poco tranquilamente le vendrían muy bien.

Con esfuerzo, el Rey del Oro dominó su furia. No pude menos de admirarle, pues con un supremo dominio de sí mismo había pasado en un momento desde una cálida llamada de cólera a una indiferencia fría y despreciativa.

—Bueno, usted decide. Supongo que usted sabe manejar sus propios asuntos. No puedo hacerle coger el caso contra su voluntad. No le beneficia nada lo de esta mañana, señor Holmes, pues he derrumbado a hombres más fuertes que usted. Nadie me ha llevado la contraria y se ha salido con la suya.

—Muchos me han dicho eso, y sin embargo aquí estoy —dijo Holmes, sonriendo—. Bueno, señor Gibson, buenos días. Usted tiene todavía mucho que aprender.

Nuestro visitante salió ruidosamente, pero Holmes fumaba en silencio imperturbable con unos ojos pensativos fijos en el techo.

—¿Algo que opinar, Watson? —preguntó por fin.

—Bueno, Holmes, debo confesar que, cuando considero que éste es un hombre que apartaría sin duda cualquier obstáculo de su camino, y cuando recuerdo que su mujer quizá fuera un obstáculo y un motivo de odio, según nos dijo ese Bates, me parece...

—Exactamente. Y a mí también.

—Pero ¿cuáles eran sus relaciones con la institutriz y cómo lo ha descubierto?

—¡Un farol, Watson, un farol! Cuando consideré el tono apasionado de su carta, extraño, nada de negocios, y lo contrasté con sus maneras y su aspecto de dominio de sí mismo, resultó muy claro que había alguna emoción profunda centrada en la acusada, antes que en la víctima. Tenemos que comprender las relaciones exactas de esas tres personas si hemos de alcanzar la verdad. Ya vio el ataque de frente que le hice y qué imperturbablemente lo recibió. Luego me tiré un farol dándole la impresión de que estaba absolutamente seguro, cuando en realidad sólo lo sospechaba.

—¿Volverá, quizá?

—Estoy seguro de que lo hará. Debe volver. No puede dejarlo donde está. ¡Ah! ¿No llaman a la puerta? Sí, ahí están sus pasos. Bueno, señor Gibson, estaba diciéndole ahora mismo al doctor Watson que ya era más que hora de que viniera.

El Rey del Oro había vuelto a entrar en el cuarto con un aire más amansado que cuando salió. Su orgullo herido seguía mostrándose en sus ojos resentidos, pero su sentido común le había hecho ver que tenía que ceder para alcanzar su fin.

—Lo he estado pensando, señor Holmes, y creo que me he apresurado al tomar a mal sus observaciones. Usted tiene razón en llegar al fondo de los hechos, sean cuales sean, y le admiro por ello. Sin embargo, puedo asegurarle que las relaciones entre la señorita Dunbar y yo no tienen que ver realmente con el asunto.

—Eso tengo que ser yo quien lo decida, ¿no?

—Sí, supongo que así es. Es usted como un cirujano que quiere conocer todos los síntomas antes de dar el diagnóstico.

—Exactamente. Eso lo expresa bien. Y sólo un paciente que tenga algún objetivo al engañar a su médico le ocultaría la realidad de su caso.

—Puede ser, pero reconocerá usted, señor Holmes, que la mayor parte de los hombres se echarían un poco atrás si les preguntaran a quemarropa cuáles son sus relaciones con una mujer, si hay un sentimiento serio en el caso. Supongo que la mayor parte de los hombres tienen un pequeño reducto privado en algún rincón de sus almas donde no les gusta que entren intrusos. Y usted ha irrumpido bruscamente en él. Pero el objetivo le excusa, puesto que era el tratar de salvarla. Bueno, el juego está hecho, y la reserva, abierta, y puede explorar donde quiera. ¿Qué es lo que quiere?

—La verdad.

El Rey del Oro se detuvo un momento como quien ordena sus pensamientos. Su cara sombría y de hondos surcos se había vuelto aún más triste y más grave.

—Se la puedo decir en pocas palabras, señor Holmes —dijo por fin—. Hay cosas que son tan dolorosas como difíciles de decir, así que no iré más allá de lo necesario. Conocí a mi mujer cuando buscaba oro en Brasil. María Pinto era la hija de un funcionario del Gobierno en Manaos, y era muy hermosa. Ya era joven y ardiente en esos días, pero incluso ahora, mirando atrás con sangre más fría y ojos más críticos, veo que era extraor-



dinaria y prodigiosa en su belleza. Tenía un carácter profundamente rico, también, apasionado, todo corazón, tropical, desequilibrado, muy diferente de las americanas que he conocido. Bueno, para abreviar la larga historia, la quise y me casé con ella. Sólo cuando se pasó lo romántico —y duró años—, me di cuenta de que no teníamos nada —absolutamente nada— en común. Mi amor se fue apagando. Si el de ella hubiera desaparecido, la cosa habría sido más fácil. Pero ¡ya sabe el curioso modo de ser de las mujeres! Hiciera lo que hiciera, nada podía apartarla de mí. Si he sido áspero con ella, o incluso brutal, como han dicho algunos, fue porque sabía que si pudiera matar su amor o convertirlo en odio, sería más fácil para los dos. Pero nada la cambió. Me adoraba en estos bosques ingleses como me había adorado hace veinte años en las orillas del Amazonas. Hiciera lo que hiciera, seguía tan apegada como siempre.

»Entonces apareció la señorita Grace Dunbar. Vino por un anuncio nuestro y fue la institutriz de nuestros dos hijos. Quizá haya visto usted su retrato en los periódicos. El mundo entero ha proclamado que es también una mujer muy bella. Bueno, yo no pretendo ser más moral que mis prójimos, y le confesaré que no podía vivir bajo el mismo techo con una mujer así y en contacto diario con ella sin sentir una consideración apasionada hacia ella. ¿Me censura usted, señor Holmes?

—No le censuro porque lo sintiera. Le censuraría si lo expresó, puesto que esa señorita estaba en cierto sentido bajo su protección.

—Bueno, quizá sea así —dijo el millonario, aunque por un momento el reproche había vuelto a hacer surgir en sus ojos el viejo fulgor colérico—. No pretendo ser mejor de lo que soy. Supongo que toda la vida he sido un hombre que echaba mano a lo que quería, y nunca he querido más que el amor y la posesión de esa mujer. Así se lo dije.

—Ah, ¿se lo dijo?

Holmes podía parecer temible cuando se emocionaba.

—Le dije que si pudiera casarme con ella lo haría, pero que eso no estaba a mi alcance. Le dije que el dinero no me importaba y que se haría todo lo que pudiera hacer para que ella estuviera feliz y a gusto.

—Muy generoso, por supuesto —dijo Holmes, con una mueca burlona.

—Mire usted, señor Holmes. Vine a verle por una cuestión de pruebas, no de moral. No le pido su crítica.

—Sólo en atención a esa señorita es por lo que cojo su caso —dijo Holmes severamente—. No sé de nada de lo que se la acusa que sea realmente peor que lo que usted mismo ha confesado: que ha tratado de echar a perder a una chica indefensa que estaba bajo su techo. A algunos de ustedes, los ricos, habría que enseñarles que no se puede sobornar a todo el mundo para que perdonen sus excesos.

Para mi sorpresa, el Rey del Oro recibió el reproche con ecuanimidad.

—Eso es lo que yo mismo pienso ahora. Gracias a Dios que mis planes no salieron como yo pretendía. Ella no quiso aceptar nada de eso, y quiso dejar la casa al momento.

—¿Por qué no lo hizo?

—Bueno, en primer lugar, otras personas dependían de ella, y no era fácil para ella echarlas a todas al sacrificar su modo de ganarse la vida. Cuando juré —como hice— que no la volvería a molestar, consintió en quedarse. Pero había otra razón. Ella conocía la influencia que tenía sobre mí, y que ésta era más fuerte que ninguna otra en el mundo. Ella quería usarla para bien.

—¿Cómo?

—Bueno, sabía algo de mis negocios. Son muy grandes, señor Holmes, más de lo que creería cualquier persona normal. Puedo elevar o destruir, y suele ocurrir que destruya. No sólo individuos. Eran comunidades, ciudades, incluso naciones. El negocio es un juego duro, y los débiles acaban contra la pared. Jugué el juego por todo lo que valía. Nunca chillé y nunca me importó que el otro chillara. Pero ella lo veía de otro modo. Creo que tenía razón. Creía y decía que una fortuna para un solo hombre, siendo más de lo que necesitaba, no debería construirse sobre diez mil hombres arruinados que quedaban sin medios de vida. Así es como lo veía, y creo que era capaz de ver más allá de los dólares, algo más duradero. Se dio cuenta de que yo hacía caso de lo que decía, y creyó que serviría al mundo influyendo en mis acciones. Así se quedó..., y entonces ocurrió esto.

—¿Puede usted arrojar alguna luz sobre ello?

El Rey del Oro se detuvo más de un minuto, con la cabeza entre las manos, perdido en profundos pensamientos.

—Está muy negro contra ella. No lo puedo negar. Y las mujeres tienen una vida interior y pueden hacer cosas que escapan al juicio de un hombre. Al principio yo me quedé tan trastornado y abrumado que estaba dis-



puesto a creer que ella se había dejado llevar de algún modo extraño que iba contra su naturaleza. Una sola explicación se me ocurrió. Se la doy, señor Holmes, por lo que pueda valer. No hay duda de que mi mujer estaba terriblemente celosa. Hay unos celos del alma que pueden ser tan frenéticos como los celos del cuerpo, y aunque mi mujer no tenía razón —y creo que la entendía— para estos últimos, se daba cuenta de que esa chica inglesa ejercía un influjo en mi ánimo y en mis actos que ella misma no logró nunca. Era una influencia para bien, pero eso no arreglaba el asunto. Estaba loca de odio, y el calor del Amazonas seguía siempre en su sangre. Podría haber planteado asesinar a la señorita Dunbar, o, digamos, amenazarla con una pistola para asustarla y que se marchara. Entonces podría haber habido una pelea y que la pistola se disparase hiriendo a la que la tenía.

—Esa posibilidad ya se me ha ocurrido —dijo Holmes—. En efecto, era la única alternativa obvia al asesinato deliberado.

—Pero ella lo niega absolutamente.

—Bueno, eso no es definitivo, ¿verdad? Uno puede entender que una mujer puesta en una situación tan terrible pudiera apresurarse a casa llevando todavía el revólver. Incluso pudo haberlo tirado entre su ropa, sin saber apenas lo que hacía, y, cuando fue encontrado, pudo intentar salir del paso mintiendo con una negativa total, puesto que era imposible toda explicación. ¿Qué hay contra tal suposición?

—La misma señorita Dunbar.

—Bueno, quizá.

Holmes miró el reloj.

—No tengo duda de que podemos obtener esta mañana los permisos necesarios y llegar a Winchester en el tren de la tarde. Cuando yo vea a esa señorita, es muy posible que le sea más útil en el asunto, aunque no puedo prometer que mis conclusiones sean necesariamente como usted desea.

Hubo alguna tardanza en el pase oficial, y en vez de llegar a Winchester ese día, llegamos a Thor Place, la finca del señor Neil Gibson en Hampshire. El no nos acompañó, pero teníamos la dirección del sargento Coventry, de la policía local, que había sido el primero en examinar el asunto. Era un hombre alto, flaco, cadavérico, con unas maneras secretas y misteriosas, que hacían pensar que sabía o sospechaba mucho más de lo que se atrevía a decir. Empleaba también el truco de bajar de repente la voz hasta un susurro como si hubiera encontrado algo de importancia vital, aunque la información solía ser

muy corriente. Más allá de esos detalles en sus maneras, pronto mostró ser un hombre decente y honrado que no tenía reparo en confesar que no sabía por dónde andaba y que de buena gana recibiría cualquier ayuda.

—En todo caso, prefiero tenerle a usted que a Scotland Yard, señor Holmes —dijo—. Si llaman a la Yard para algún caso, entonces la policía local pierde todo el mérito en el éxito y a lo mejor le echan la culpa si fracasa. Usted juega limpio, según he oído.

—Yo no necesito aparecer en el asunto en absoluto —dijo Holmes, para evidente alivio de nuestro melancólico conocido—. Si se me permite aclararlo, no pido que se mencione mi nombre.

—Bueno, es muy elegante por su parte, ciertamente. Y su amigo, el doctor Watson, es de fiar, ya lo sé. Bueno, señor Holmes, mientras vamos al sitio hay una pregunta que querría hacerle. No se lo insinuaría a nadie más que a usted. —Miró a su alrededor como si apenas se atreviera a decirlo—. ¿No cree que podría haber una acusación contra el propio señor Neil Gibson?

—Lo he estado considerando.

—No ha visto a la señorita Dunbar. Es una mujer asombrosamente buena en todos los sentidos. El pudo muy bien desear quitarse de en medio a su mujer. Y esos americanos son más listos con sus pistolas que nuestra gente. La pistola era de él, ¿sabe?

—¿Se ha averiguado eso claramente?

—Sí, señor. Era de una pareja que tenía él.

—¿Una de una pareja? ¿Dónde está la otra?

—Bueno, ese caballero tenía un montón de armas de fuego de una u otra clase. Nunca hemos encontrado la pareja de esa pistola determinada, pero la caja estaba hecha para dos.

—Si era de una pareja, sin duda debería encontrar la otra.

—Bueno, las tenemos fuera ahí en la casa si usted quiere mirarlas.

—Más tarde, quizá. Creo que bajaremos andando juntos y echaremos una mirada al escenario de la tragedia.

La conversación había tenido lugar en el cuartito delantero de la humilde casa del sargento Coventry, que servía como comisaría local de policía. Un paseo de una media milla a través de un páramo barrido por el viento, todo oro y bronce con los helechos marchitos, nos llevó a una puerta lateral que daba a los terrenos de la finca de Thor Place. Un sendero cruzaba las hermosas tierras, y



luego, desde un claro, vimos la casa, anchamente extendida, la mitad de madera, un poco Tudor y un poco georgiana, en lo alto de la colina. A nuestro lado había una extensa laguna rodeada de juncos, estrechada por en medio, donde el camino de coches principal pasaba por un puente de piedra, pero ensanchándose en pequeños lagos a ambos lados. Nuestro guía se detuvo a la entrada del puente, señalando al suelo.

—Ahí es donde yacía el cuerpo de la señora Gibson. Lo marqué con esa piedra.

—¿Entiendo que usted llegó aquí antes de que retiraran el cadáver?

—Sí, mandaron a por mí en seguida.

—¿Quién?

—El propio señor Gibson. En el momento en que se dio la alarma y que él salió precipitadamente de la casa con otros, se empeñó en que no movieran nada hasta que llegara la policía.

—Muy sensato. Por los periódicos supe que el disparo fue hecho desde muy cerca.

—Sí, señor, muy cerca.

—¿Cerca de la sien derecha?

—Detrás mismo de ella, señor Holmes.

—¿Cómo estaba tendido el cadáver?

—De espaldas, señor Holmes. No había señales de lucha. Ninguna. No había arma. La breve nota de la señorita Dunbar la llevaba apretada en la mano.

—¿Apretada, dice?

—Sí, señor; apenas pudimos abrirle los dedos.

—Eso es de gran importancia. Eso excluye la idea de que nadie hubiera podido colocarle la nota allí después de su muerte para dar una pista falsa. ¡Válgame Dios! La nota, según recuerdo, era muy corta: «Estaré en el puente de Thor a las nueve. G. Dunbar.» ¿Era así?

—Sí, señor.

—¿Reconoció la señorita Dunbar haberla escrito?

—Sí, señor.

—¿Qué explicación dio?

—Su defensa se reserva para la Audiencia. Ella no quiso decir nada.

—El problema, ciertamente, es interesante. La cuestión de la carta es muy oscura, ¿verdad?

—Bueno, señor Holmes —dijo el guía—, si me permite decirlo así, pareció el único punto realmente claro de todo el caso.

Holmes sacudió la cabeza.

—Admitiendo que la carta sea auténtica y que se escribiera realmente, cierto que se recibió algún tiempo antes, digamos una o dos



*...desde un claro, vimos la casa...*

horas. ¿Por qué, entonces, esa señora seguía llevándola agarrada en la mano izquierda? ¿Por qué la iba a llevar con tanto cuidado? No necesitaba aludir a ella en la entrevista. ¿No parece notable?

—Bueno, señor Holmes, tal como lo dice, quizá sí.

—Creo que me gustaría sentarme tranquilamente unos minutos y pensarlo bien. —Se sentó en el borde de piedra del puente, y vi sus rápidos ojos grises disparando sus ojeadas escrutadoras en todas direcciones.

De repente volvió a ponerse en pie de un salto y corrió hasta la balaustrada de enfrente, sacó la lupa del bolsillo y empezó a examinar la piedra.

—Es curioso —dijo.

—Sí, señor; vimos la mella en el reborde. Supongo que lo ha hecho alguien que pasaba por aquí.

La piedra era gris, pero en ese único punto se mostraba blanca por un espacio no mayor que una moneda de seis peniques. Examinando de cerca, se veía que la superficie estaba mellada por un fuerte golpe.

—Costó alguna violencia hacer esto —di-



jo Holmes pensativo. Con el bastón, golpeó varias veces el reborde sin dejar señal—. Sí, fue un golpe duro. En un sitio curioso, además. No fue desde arriba, sino desde abajo, pues ya ve que estaba en el borde inferior del parapeto.

—Pero está al menos a quince pies del cadáver.

—Sí, está a quince pies del cadáver. Quizá no tenga que ver con el asunto, pero es un punto digno de tener en cuenta. Creo que no tenemos más que averiguar aquí. ¿No había huellas, dice?

—El suelo estaba duro como el hierro, señor Holmes. No había huellas en absoluto.

—Entonces podemos irnos. Subiremos primero a la casa y miraremos esas armas de que habla usted. Luego iremos a Winchester, pues me gustaría ver a la señorita Dunbar antes de seguir adelante.

El señor Neil Gibson no había vuelto de Londres, pero vimos en la casa al neurótico señor Bates, que nos había visitado aquella mañana. Nos mostró con siniestra complacencia el temible arsenal de armas de fuego de diversas formas que su patrono había acumulado en el transcurso de una vida de aventuras.

—El señor Gibson tiene sus enemigos, como esperaría cualquiera que le conozca a él y a sus métodos —dijo—. Duerme con un revólver cargado en el cajón junto a la cama. Es un hombre violento, señor Holmes, y hay momentos en que todos le tenemos miedo. Estoy seguro de que la pobre señora que ha fallecido estuvo aterrorizada muchas veces.

—¿Presenció alguna vez que empleara violencia física contra ella?

—No, no puedo decir eso. Pero he oído palabras que eran casi tan malas, palabras de desprecio frío y cortante, incluso delante de los criados.

—Nuestro millonario no parece brillar en la vida privada —observó Holmes, mientras nos dirigíamos a la estación—. Bueno, Watson, hemos encontrado muchos datos, algunos nuevos, y sin embargo me parece que estoy lejos de una conclusión. A pesar del evidente odio del señor Bates hacia su jefe, deduzco por él que cuando se dio la alarma, él estaba sin duda en su biblioteca. La cena había acabado a las ocho y media y todo estaba normal hasta entonces. Es verdad que la alarma se dio un poco tarde, ya entrada la noche, pero la tragedia sin duda ocurrió alrededor de la hora indicada en la nota. No hay ninguna prueba de que el señor Gibson hubiera salido de la casa desde que volvió de

Londres a las cinco. Por otro lado, la señorita Dunbar, según tengo entendido, reconoce que había dado cita a la señora Gibson en el puente. Aparte de eso, no quiere decir nada, ya que su abogado le ha aconsejado que se reserve su defensa. Tenemos varias preguntas fundamentales que hacer a esa señorita, y mi ánimo no estará en paz mientras no la veamos. Tengo que confesar que el caso me parecería muy negro contra ella si no fuera por una sola cosa.

—¿Cuál es, Holmes?

—El hallazgo de la pistola en su guardarropa.

—¡Caramba, Holmes! —exclamé—, ése me parecía el detalle más condenatorio de todos.

—No es así, Watson. Me había llamado la atención, incluso la primera vez que lo leí por encima, como algo muy extraño, y ahora que estoy más en contacto con el caso, es mi única base firme de esperanza. Tenemos que buscar coherencia. Donde falta, debemos sospechar engaño.

—Apenas le sigo.

—Bueno, vamos, Watson, imaginemos por un momento que es usted una mujer que, de modo frío y premeditado, va a liberarse de una rival. Usted lo ha planeado. Hay escrita una nota. Usted tiene su arma. El crimen ha sido llevado a cabo. Ha sido eficaz y completo. ¿Me va a decir que después de llevar a cabo un crimen tan hábil echaría a perder su reputación olvidando tirar el arma en una de esas matas de juncos que la cubrirían para siempre, y que por fuerza tiene que llevársela a casa cuidadosamente y colocarla en su propio guardarropa, el primerísimo lugar que registrarían? Ni sus mejores amigos le llamarían astuto, Watson, y sin embargo, no le puedo imaginar haciendo algo tan torpe como eso.

—En la excitación del momento...

—No, Watson, no voy a admitir que eso sea posible. Cuando se premedita fríamente un crimen, los medios de ocultarlo también están fríamente premeditados. Espero, por tanto, que estemos en presencia de un serio error.

—Pero hay mucho que explicar.

—Bueno, nos dedicaremos a explicarlo. Una vez que se cambia de punto de vista, lo que era algo tan condenatorio se convierte en una clave de la verdad. Por ejemplo, está el revólver. La señorita Dunbar niega conocerlo en absoluto. En nuestra nueva teoría, dice la verdad cuando lo afirma así. Por tanto, se lo pusieron en el guardarropa. ¿Quién



lo puso allí? Alguien que deseaba incriminarla. ¿No era esa persona el verdadero criminal? Ya ve cómo llegamos en seguida a una línea muy fecunda de investigación.

Nos vimos obligados a pasar la noche en Winchester, ya que las formalidades no estaban todavía completadas, pero a la mañana siguiente, en compañía del señor Joyce Cummings, el prometedor abogado a quien se había confiado la defensa, se nos permitió ver a la señorita en su celda. Por todo lo que habíamos oído, yo esperaba ver una mujer hermosa, pero nunca olvidaré el efecto que me produjo la señorita Dunbar. No era extraño que incluso el dominante millonario hubiera encontrado en ella algo más poderoso que él mismo, algo que podía dominarle y guiarle. Uno notaba también, al mirar esa cara, fuerte, bien cortada pero sensitiva, que aunque ella fuera capaz de alguna acción impetuosa, sin embargo había en ella una innata nobleza de carácter que haría que su influencia fuera siempre para bien. Era morena, alta, con una figura noble y una presencia dominadora, pero sus ojos oscuros tenían la expresión desvalida y apelante de la criatura acosada que siente las redes a su alrededor, pero no ve la salida. Ahora, al darse cuenta de la presencia y la ayuda de mi famoso amigo, un toque de color subió a sus mejillas consumidas y una luz de esperanza empezó a fulgurar en la mirada que nos dirigió.

—¿Quizá el señor Neil Gibson le ha dicho algo de lo que ocurrió entre nosotros? —preguntó, con voz sorda y agitada.

—Sí —respondió Holmes—, no tiene que molestarse en entrar en esa parte de la historia. Después de verla, estoy dispuesto a aceptar la declaración del señor Gibson tanto sobre la influencia que usted ejercía sobre él como sobre la inocencia de sus relaciones con él. Pero ¿por qué no se ha explicado toda esa situación en el proceso de instrucción?

—Me parecía increíble que se pudiera sostener tal acusación. Creí que, si esperábamos, todo el asunto se aclararía por sí solo, sin que hubiera necesidad de entrar en penosos detalles de la vida íntima de la familia. Pero creo que, lejos de aclararse, se ha hecho aún más grave.

—Mi querida señorita —exclamó Holmes gravemente—, le ruego que no se haga ilusiones sobre ese punto. El señor Cummings, aquí presente, le asegurará que todas las cartas están ahora contra nosotros, y que tenemos que hacer todo lo posible si hemos de ganar y que todo quede en claro. Sería un

cruel engaño fingir que no está usted en un peligro muy grande. Proporcioneme, pues, toda la ayuda que pueda para llegar a la verdad.

—No ocultaré nada.

—Háblenos, entonces, sobre sus verdaderas relaciones con la mujer del señor Gibson.

—Me odiaba, señor Holmes. Me odiaba con todo el fervor de su carácter tropical. Era una mujer que no hacía nada a medias, y la medida de su amor a su marido era también la medida de su odio hacia mí. Es probable que malentendiera nuestras relaciones. No quería calumniarla, pero amaba tan vivamente en un sentido físico que apenas podía comprender el vínculo mental, e incluso espiritual, que unía a su marido a mí, ni imaginar que era sólo mi deseo de influir en su poder para buenos fines lo que me retenía bajo su techo. Ahora veo que yo estaba equivocada. Nada podía justificar que me quedara allí donde era causa de infelicidad, y sin embargo es seguro que la infelicidad habría seguido aunque me hubiera marchado de la casa.

—Bueno, señorita Dunbar —dijo Holmes—, le ruego que nos diga exactamente qué ocurrió esa noche.

—Puedo decirle la verdad en la medida en que la sé, señor Holmes, pero no estoy en condiciones de demostrar nada, y hay puntos —los más vitales— que no puedo explicar, y que no puedo imaginar cómo podrían explicarse.

—Si usted encuentra los hechos, quizá otros encontrarán la explicación.

—Entonces, con respecto a mi presencia en el puente de Thor esa noche, recibí una nota de la señora Gibson por la mañana. Estaba puesta en la mesa del cuarto donde dábamos clase, y quizá la pusiera ella con su propia mano. Me imploraba que la viera después de cenar, decía que tenía algo importante que decirme y me rogaba que dejara una respuesta en el reloj de sol del jardín, porque deseaba que nadie lo supiera. Yo no veía razón para tal secreto, pero hice lo que me pedía, y acepté la cita. Me pedía que destruyera su nota, y la quemé en la estufa de la clase. Ella tenía mucho miedo de su marido, que la trataba con una aspereza por la que yo le reprochaba frecuentemente, y sólo pude imaginar que ella no deseaba que él supiera nada de nuestra entrevista.

—Pero ella guardó su respuesta cuidadosamente.

—Sí. Me sorprendió que la tuviera en la mano al morir.



—Bueno, ¿qué pasó luego?

—Fui allí como había prometido. Cuando llegué al puente, ella me esperaba. Nunca me di cuenta hasta ese momento de cuánto me odiaba esa pobre criatura. Era como una loca; en efecto, creo que estaba loca, sutilmente loca, con ese profundo poder de engaño que a veces tienen los locos. Si no ¿cómo hubiera podido tratarme todos los días con indiferencia y sentir sin embargo un odio tan furioso contra mí en su corazón? No diré lo que dijo. Vertió toda su furia salvaje en palabras horribles, que quemaban. Yo ni contesté: no pude. Era horrible verla. Me tapé los oídos con las manos y me marché a toda prisa. Al dejarla, ella seguía allí, parada, chillándome sus maldiciones, a la entrada del puente.

—¿Dónde la encontraron después?

—A pocos pasos del lugar.

—Y sin embargo, suponiendo que ella muriera poco después que la dejó usted, ¿no oyó usted ningún disparo?

—No, no oí nada. Pero, claro, señor Holmes, yo estaba tan agitada y horrorizada por esa terrible explosión que me apresuré a volver a la paz de mi cuarto, y era incapaz de notar nada de lo que pasaba.

—Dice que volvió a su cuarto. ¿Lo volvió a dejar antes de la mañana siguiente?

—Sí, cuando se dio la alarma de que había muerto esa pobre criatura, yo salí corriendo con los demás.

—¿Vio al señor Gibson?

—Sí; acababa de volver del puente cuando le vi. Había mandado a buscar al médico y al policía.

—¿Le pareció muy perturbado?

—El señor Gibson es un hombre muy fuerte y que se sabe controlar. Creo que nunca mostraría sus emociones. Pero yo, que le conocía bien, vi que estaba profundamente afectado.

—Entonces llegamos al punto más importante. Esa pistola que se encontró en su cuarto, ¿la había visto antes alguna vez?

—Nunca, lo juro.

—¿Cuándo se encontró?

—A la mañana siguiente, cuando la policía hizo su registro.

—¿Entre su ropa?

—Sí, en el suelo de mi guardarropa, debajo de mis trajes.

—¿No pudo suponer cuánto llevaba allí?

—No estaba allí la mañana anterior.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque arreglé el guardarropa.

—Eso es definitivo. Entonces alguien en-

tró en su cuarto y colocó el arma allí para inculparla.

—Tuvo que ser así.

—¿Y cuándo?

—Sólo pudo ser a las horas de comer, o si no, a las horas cuando yo daba clase a los niños.

—¿Tal como estaba usted cuando recibió la nota?

—Sí; desde ese momento en adelante, toda la mañana.

—Gracias, señorita Dunbar. ¿Hay algún otro punto que pueda servirme en la investigación?

—No se me ocurre ninguno.

—Hubo algún signo de violencia en la piedra del puente: una mella muy reciente enfrente mismo del cadáver. ¿Podría sugerir alguna explicación posible?

—Seguro que es una mera coincidencia.

—Curioso, señorita Dunbar, muy curioso. ¿Por qué iba a aparecer en el mismo momento de la tragedia y por qué en el mismo sitio?

—Pero ¿qué pudo causarlo? Sólo una violencia muy grande pudo tener tal efecto.

Holmes no contestó. Su cara pálida y ansiosa había asumido de repente esa expresión tensa y remota que me había acostumbrado a asociar con las supremas manifestaciones de su genio. Tan evidente era la crisis en su mente que ninguno de nosotros se atrevió a hablar, y allí nos quedamos sentados, el abogado, la procesada y yo, observándole en un silencio concentrado y absorto. De repente se levantó de la silla de un salto, vibrando de energía nerviosa y de apremiante necesidad de acción.

—¡Vamos, Watson, vamos! —exclamó.

—¿Qué pasa, señor Holmes?

—No se preocupe, mi querida señorita. Tendrá noticias mías, señor Cummings. Con la ayuda del Dios de la justicia, le proporcionaré una defensa que hará resonar a Inglaterra. Tendrá noticias mañana, señorita Dunbar, y mientras tanto esté segura de que las nubes se están levantando y que tengo todas las esperanzas de que la luz de la verdad se abra paso.

No era largo el viaje desde Winchester hasta Thor Place, pero fue largo para mi impaciencia, mientras que para Holmes evidentemente resultaba interminable, pues, a causa de su nerviosismo, no podía sentarse, y daba vueltas por el vagón o tamborileaba con sus largos dedos sensitivos en los almohadones que había a su lado. De repente, sin em-



bargo, cuando nos acercábamos a nuestro destino, se sentó enfrente de mí —teníamos un vagón de primera para nosotros solos— y poniéndome una mano en cada rodilla me miró a los ojos con la mirada peculiarmente maligna que era característica de su humor más travieso.

—Watson —dijo—, creo recordar que usted va armado en estas excursiones nuestras.

Le parecía muy conveniente que lo hiciera, pues él se cuidaba muy poco de su propia seguridad cuando su mente estaba absorbida en un problema, así que más de una vez mi revólver había sido un buen amigo en la necesidad. Se lo recordé así.

—Sí, sí, yo soy un poco distraído en esos asuntos. Pero ¿lleva el revólver encima?

Lo saqué de mi bolsillo lateral, un arma pequeña, corta, cómoda, pero muy útil. El soltó el cierre, sacó los cartuchos y lo examinó con cuidado.

—Es pesado, notablemente pesado —dijo.

—Sí, es una pieza bastante sólida.

Caviló sobre ella unos momentos.

—Sabe, Watson —dijo—, creo que su revólver va a tener una relación muy estrecha con el misterio que estamos investigando.

—Mi querido Holmes, está bromeando.

—No, Watson, hablo en serio. Tenemos una prueba por delante. Si la prueba sale bien, todo estará claro, y la prueba dependerá de la conducta de esta pequeña arma. Un cartucho fuera. Ahora volveremos a poner los otros cinco y echaremos el seguro. ¡Así! Eso aumenta el peso y lo convierte en una reproducción mejor.

No tenía yo idea de lo que había en su mente ni él me iluminó, sino que siguió perdido en sus pensamientos hasta que paramos en la pequeña estación de Hampshire. Obtuvimos un destartado cochecillo, y en un cuarto de hora estábamos en casa de nuestro amigo confidencial, el sargento.

—¿Una pista, señor Holmes? ¿Cuál es?

—Todo depende del funcionamiento del revólver del doctor Watson —dijo mi amigo—. Aquí está. Bueno, sargento, ¿puede darme diez yardas de cuerda?

La tienda del pueblo nos proporcionó un ovillo de fuerte guta.

—Creo que esto es lo único que necesitamos —dijo Holmes—. Ahora, si les parece bien, emprendemos lo que espero que sea la última etapa de nuestro viaje.

El sol se ponía, convirtiendo el ondulado páramo de Hampshire en un prodigioso panorama otoñal. El sargento, con miradas críticas e incrédulas, que evidenciaban sus pro-

fundas dudas sobre la cordura de mi acompañante, iba remoloneando a nuestro lado. Al acercarnos al escenario del crimen, vi que mi amigo, por debajo de su habitual frialdad, estaba en realidad profundamente agitado.

—Sí —dijo, en respuesta a mi observación—, ya me ha visto alguna vez fallar el blanco, Watson. Tengo instinto para estas cosas y sin embargo a veces me ha engañado. Parecía una certidumbre cuando me relampagueó por la mente en la celda de Winchester, pero uno de los inconvenientes de una mente activa es que siempre se pueden imaginar explicaciones alternativas que harían que nuestra pista fuera falsa. Y sin embargo..., sin embargo... Bueno, Watson, no podemos más que probar.

Mientras caminaba había atado firmemente un cabo de la cuerda al mango del revólver. Ahora habíamos llegado al escenario de la tragedia. Con mucho cuidado, bajo la guía del policía, situó el lugar exacto donde había estado tendido el cadáver. Luego buscó entre los brezos y helechos hasta encontrar una piedra voluminosa. La ató al otro extremo de la cuerda, y la colgó sobre el parapeto del puen-

*La mella en la balastrada era una pista..*





te de modo que pendía suelta sobre el agua. Luego se situó en el lugar fatal, a cierta distancia del borde del puente, con mi revólver en la mano, teniendo la cuerda tensa entre el arma y la pesada piedra al otro extremo.

—¡Vamos allá! —exclamó.

Diciendo estas palabras levantó la pistola hasta la cabeza y luego la soltó. En un momento la arrebató el peso de la piedra, golpeando con un fuerte chasquido el parapeto, y se desvaneció por encima de la balaustrada cayendo al agua. Apenas había desaparecido cuando Holmes se arrodilló junto a la piedra, y un jubiloso grito mostró que había encontrado lo que esperaba.

—¿Ha habido nunca una demostración más exacta? —exclamó—. ¡Vea, Watson, su revólver ha resuelto el problema! —señaló una segunda mella del mismo tamaño y forma de la piedra, que había aparecido bajo el reborde de la balaustrada de piedra—. Nos quedaremos esta noche en la posada —continuó, levantándose y encarándose con el asombrado sargento—. Por supuesto, usted buscará un gancho de recoger y recobrará fácilmente el revólver de mi amigo. También encontrará a su lado el revólver, la cuerda y la piedra con que esa vengativa mujer intentó disfrazar su propio crimen y cargarle una acusación de asesinato a una víctima inocente. Puede hacerle saber al señor Gibson que le veré por la mañana, cuando se puedan dar precisos pasos para vindicar a la señorita Dunbar.

Bien entrada la noche, mientras fumábamos nuestras pipas en la posada del pueblo, Holmes me hizo un breve resumen de lo que había pasado.

—Me temo, Watson —dijo—, que no mejorará usted la reputación que haya adquirido yo añadiendo a sus anales el caso del misterio del puente de Thor. He estado torpe, y me ha faltado esa mezcla de imaginación y realidad que es la base de mi arte. Confieso que la mella en la balaustrada de piedra era una pista suficiente como para sugerir la solución verdadera, y me critico a mí mismo por no haberla descubierto antes.

»Debe admitirse que lo que planeó la mente de esa desgraciada mujer era profundo y

sutil, de modo que no era cosa sencilla desenredar su plan. Creo que en nuestras aventuras nunca hemos encontrado un ejemplo más extraño de lo que puede producir un amor extraviado. Que la señorita Dunbar fuera su rival en un sentido físico o meramente mental, le pareció imperdonable a sus ojos. Sin duda, echó la culpa a esa inocente señorita de todos los malos tratos y duras palabras con que su marido trataba de rechazar su afecto demasiado demostrativo. Su primera resolución fue acabar con su propia vida. La segunda fue hacerlo de tal modo que enredara a su víctima en un destino que fuera mucho peor que ninguna muerte súbita.

»Podemos seguir claramente los diversos pasos, y éstos muestran una notable sutileza mental. Con gran astucia, consiguió de la señorita Dunbar una nota que hiciera parecer que ella había elegido el escenario del crimen. En su afán de que se descubriera, ella exageró un poco, agarrándola en la mano hasta el final. Sólo eso debía haber provocado sospechas antes de lo que ocurrió.

»Luego tomó uno de los revólveres de su marido —había, como ha visto, un arsenal en la casa— y se lo guardó para hacer uso de él. Alguien lo había escondido esa mañana en el guardarropa de la señorita Dunbar, después de disparar un cartucho, lo que pudo hacer fácilmente en los bosques sin llamar la atención. Luego bajó al puente, donde había organizado ese método tan enormemente ingenioso para desembarazarse de su arma. Cuando apareció la señorita Dunbar, empleó su último aliento en verter su odio, y luego, cuando, ella ya no la podía oír, llevó a cabo su terrible propósito. Ahora todos los eslabones están en su sitio y la cadena se ha completado. Los periódicos preguntarán por qué no se dragó el lago para empezar, pero es muy fácil ser juicioso a posteriori, y en todo caso, la extensión de un lago lleno de juncos no es fácil de dragar si no se tiene una idea clara de qué se busca y dónde. Bueno, Watson, hemos ayudado a una notable mujer, y también a un hombre temible. Si en el futuro unen sus fuerzas, como parece probable, el mundo financiero quizá sepa que el señor Neil Gibson ha aprendido algo en esta aula de la Tristeza donde se enseñan nuestras lecciones terrenales.



# LA AVENTURA DE SHOSCOMBE OLD PLACE

Sherlock Holmes llevaba un buen rato inclinado sobre su microscopio de baja potencia. Entonces se enderezó y se volvió a mirarme triunfalmente.

—Es cola, Watson —dijo—. Indudablemente es cola. ¡Mire esos objetos dispersos en el campo de visión!

Me incliné hacia el ocular y lo enfoqué para mi vista.

—Esos pelos son hilos de una chaqueta de franela. Las masas grises irregulares con polvo. Hay escamas epiteliales a la izquierda. Esos bultos pardos del centro son indiscutiblemente cola.

—Bueno —dije, riendo—, estoy dispuesto a aceptar su palabra. ¿Hay algo que dependa de eso?

—Es una demostración muy bonita —respondió—. En el caso St. Pancras quizá recuerde que se encontró una gorra junto al policía muerto. El acusado niega que sea suya. Pero es un hombre que construye marcos y habitualmente maneja cola.

—¿Es uno de sus casos?

—No; mi amigo Merivale, de la Yard, me ha pedido que examine el caso. Desde que cace a aquel monedero falso por las virutas de zinc y cobre en la costura del puño, han empezado a darse cuenta de la importancia del microscopio. —Miró con impaciencia el reloj—. Viene a verme un nuevo cliente, pero lleva retraso. Por cierto, Watson, ¿sabe usted algo de carreras de caballos?

—Del ería saber. Las pago con casi la mitad de mi pensión por heridas de guerra.

—Entonces le utilizaré como mi «Guía Fácil para el Hipódromo». ¿Qué hay de sir Robert Norberton? ¿Le dice algo ese nombre?

—Bueno, yo diría que sí. Vive en Shoscombe Old Place, y le conozco bien, porque en otro tiempo yo solía pasar allí el verano. Norberton una vez estuvo a punto de caer dentro de la jurisdicción de usted.

—¿Cómo fue eso?

—Fue cuando golpeó con el látigo a Sam Brewer, el famoso prestamista de Curzon Street, en Newmarket Heath. Casi lo mató.

—¡Ah!, ¡eso parece interesante! ¿Se permite muchas veces esas cosas?

—Bueno, tiene fama de ser hombre peligroso. Es seguramente el jinete más atrevido de Inglaterra, segundo en el Grand National de hace unos pocos años. Es uno de los hombres que ha perdurado más allá de su verdadera generación. Habría sido un modelo en la sociedad de los días de la Regencia; boxeador, atleta, temerario en las carreras de caballos, cortejador de bellas damas y, por lo que dicen, tan metido por el camino de la extravagancia que a lo mejor nunca encuentra el camino de vuelta.

—Estupendo, Watson. Un esbozo en pocos rasgos. Me parece que conozco a ese hombre. Bueno, ¿puede darme una idea de Shoscombe Old Place?

—Sólo que está en el centro de Shoscombe Park, y que allí se encuentra la famosa caballeriza de Shoscombe y sus terrenos de entrenamiento.

—Y el principal entrenador —dijo Holmes— es John Mason. No tiene que sorprenderse de mis conocimientos, Watson, porque es una carta suya la que estoy desdoblado. Pero sepamos más de Shoscombe. Parece que he dado con un buen filón.

—Están los famosos perros de aguas *Shoscombe* —dije—. Oirá hablar de ellos en todas las exposiciones caninas. La raza más genuina de Inglaterra. Son el orgullo de la señora de Shoscombe Old Place.

—La mujer de Robert Norberton, imagino.

—Sir Robert no se ha casado. Más vale, considerando sus perspectivas. Vive con su hermana, viuda, lady Beatrice Falder.

—¿Quiere decir que ella vive con él?

—No. El hogar pertenecía a su difunto marido, sir James. Norberton no tiene ningún derecho al hogar. Es sólo un derecho vitalicio y revierte al hermano del marido. Entretanto ella cobra la renta todos los años.

—¿Y el hermano de Robert, supongo, se gasta esa renta?

—Es más o menos lo que pasa. Es un demonio de hombre y le hace llevar una vida muy incómoda. Pero he oído decir que ella le quiere mucho. Pero ¿qué ocurre de malo en Shoscombe?



—Ah, eso es precisamente lo que quiero saber. Y aquí, espero, está el hombre que nos lo puede decir.

Se abrió la puerta y el joven sirviente hizo entrar a un hombre alto, completamente afeitado, con la expresión firme y austera que sólo se ve en los que tienen que dominar caballos o chicos. El señor Mason tenía muchos de ambas clases en su poder, y parecía a la altura de su tarea. Se inclinó con frío dominio de sí mismo y se sentó en la silla que le indicó Holmes.

—¿Recibió mi carta, señor Holmes?

—Sí, pero no explicaba nada.

—Es una cosa demasiado delicada para poner los detalles por escrito. Y demasiado complicada. Sólo podía hacerlo cara a cara.

—Bueno, estamos a su disposición.

—Ante todo, señor Holmes, creo que mi jefe, sir Robert, se ha vuelto loco.

Holmes levantó las cejas.

—Esto no es un hospital para alienados —dijo—. Pero ¿por qué lo dice?

—Bueno, señor Holmes, cuando un hombre hace una cosa rara, o dos cosas raras, puede que ello signifique algo, pero cuando todo lo que hace es raro, entonces uno empieza a hacerse preguntas. Creo que el «Príncipe» de Shoscombe y el Derby le han trastornado la cabeza.

—¿Es un potro que usted hace correr?

—El mejor de Inglaterra, señor Holmes. Si alguien lo sabe, tendría que ser yo. Bueno, les seré sincero, pues sé que ustedes son caballeros de honor y esto no saldrá de este cuarto. Sir Robert tiene que ganar este Derby. Está entrampado hasta el cuello, y es su última oportunidad. Todo lo que ha podido reunir o pedir prestado se invierte en el caballo, ¡con buenos puntos de ventaja, además! Ahora pueden conseguirlo a cuarenta, pero estaba cerca de cien cuando él empezó a apoyarlo.

—Pero ¿cómo es eso, si el caballo es tan bueno?

—El público no sabe lo bueno que es. Sir Robert ha sido demasiado listo para los pronosticadores. Saca al medio hermano de «Príncipe» para exhibirlo. No se les puede distinguir. Pero el uno aventaja al otro en dos cuerpos en un estadio cuando se trata del galope. El no piensa más que en el caballo y en la carrera. Ha dedicado toda su vida a ello. Hasta entonces, puede mantener a raya a los judíos. Si le falla el «Príncipe» está listo.

—Parece una jugada más bien desesperada, pero ¿dónde entra la locura?

—Bueno, ante todo, no hay más que mirarle. Creo que no duerme por las noches. A todas horas baja a las cuadras. Tiene unos ojos de loco. Ha sido demasiado para sus nervios. Y luego, ¡ahí está su conducta con lady Beatrice!

—¡Ah! ¿Qué es eso?

—Siempre habían sido inmejorables amigos. Tenían ambos los mismos gustos, y a ella le gustaban los caballos tanto como a él. Todos los días a la misma hora, ella iba en coche a verlos; y, sobre todo, quería al «Príncipe». Este aguzaba las orejas cuando oía las ruedas por la grava y salía trotando todas las mañanas hasta el coche para recibir el terrón de azúcar. Pero ahora se acabó.

—¿Por qué?

—Bueno, parece que ella ha perdido todo interés por los caballos. Hace una semana que pasa de largo por delante de las cuadras sin decir ni buenos días.

—¿Cree que ha habido una riña?

—Y, además, agria, salvaje, rencorosa. ¿Por qué, si no, iba él a regalar el perro de aguas predilecto de ella, que lo quería como

*Todos los días a la misma hora, ella iba en coche a verlos...*





si fuera su hijo? Se lo dio hace unos pocos días al viejo Barnes, que lleva el «Dragón Verde», a tres millas, en Crendall.

—Ciertamente, fue algo raro.

—Claro, con su corazón débil y su hidropesía, no se podía esperar que ella fuera por ahí con él, pero él pasaba dos horas con ella todas las noches en su cuarto. Bien hacía en hacer todo lo que pudiera, pues ella se ha portado con él de un modo extraordinario. Pero eso también se acabó. Y ella lo toma muy en serio. Está cavilosa y malhumorada, y bebe, señor Holmes, bebe como un pez.

—¿Bebía antes de que se pelearan?

—Bueno, tomaba algún vasito, pero ahora muchas veces es una botella entera en una noche. Eso me dijo Stephens, el mayordomo. Todo ha cambiado, señor Holmes, y hay en eso algo condenadamente podrido. Pero, además, ¿qué hace el amo bajando por la noche a la cripta de la iglesia vieja? ¿Y quién es el hombre con el que se reúne allí?

Holmes se frotó las manos.

—Siga, señor Mason. Cada vez se pone más interesante.

—Fue el mayordomo quien lo vio ir. Las doce de la noche y lloviendo fuerte. Así que a la noche siguiente me presenté en la casa, y claro, el amo había vuelto a salir. Stephens y yo le seguimos, pero era un asunto difícil, pues habría sido un problema si nos hubiera visto. Es un hombre terrible con los puños una vez que se pone en marcha, y no respeta a nadie. Así que teníamos miedo de acercarnos demasiado; pero le seguimos la pista de todos modos. Era la cripta de los fantasmas lo que buscaba, y allí había un hombre esperándole.

—¿Qué es esa cripta de los fantasmas?

—Bueno, señor Holmes, hay una vieja capilla arruinada en el parque. Es tan vieja que nadie se puede fijar en su fecha. Y debajo tiene una cripta con mala fama entre nosotros. De día, es un sitio oscuro, húmedo, solitario, pero son pocos en el condado los que se atreverían a acercarse de noche. Pero el amo no tiene miedo. Nunca ha tenido miedo en su vida. Pero ¿qué hace allí por la noche?

—¡Espere un poco! —dijo Holmes—. Dice usted que hay otro hombre allí. Debe ser uno de sus propios hombres de las cuadras, o alguien de la casa. Seguro que no tienen más que localizarle y preguntárselo.

—No es nadie que conozca yo.

—¿Cómo puede decirlo?

—Porque lo he visto, señor Holmes. Fue la segunda noche. Sir Robert se volvió y pasó de largo entre nosotros, Stephens y yo,

temblando entre los matorrales como dos conejitos, pues había un poco de luna esa noche. Pero oímos al otro, que venía detrás. No tuvimos miedo de él. Así que pasó sir Robert, salimos fuera y fingimos que dábamos un paseo a la luz de la luna, de modo que salimos al encuentro, tan corrientes e inocentes como nos era posible. «¡Hola, compadre! ¿Quién puede ser usted?», digo yo. Me parece que no nos había oído venir, así que nos miró por encima del hombro con una cara como si hubiera visto al mismo diablo saliendo del infierno. Lanzó un aullido y se marchó tan deprisa como pudo en la oscuridad. ¡Sí que corría! Se lo aseguro. En un momento se perdió de vista y dejamos de oírle, y no averiguamos quién era ni qué era.

—Pero ¿le vieron claramente a la luz de la luna?

—Sí, juraría por su cara amarilla, un mal bicho, diría yo. ¿Qué podía tener en común con sir Robert?

Holmes se quedó un rato perdido en cavilaciones.

—¿Quién acompaña a lady Beatrice Falder? —preguntó por fin.

—Está su doncella, Carrie Evans. Lleva cinco años con ella.

—Y la quiere, sin duda.

El señor Mason se revolvió incómodo.

—Está muy enamorada —respondió por fin—. Pero no diré de quién.

—¡Ah! —dijo Holmes.

—No puedo contar chismes.

—Le entiendo, señor Mason. Por supuesto, la situación está bastante clara. Por la descripción de sir Robert dada por el doctor Watson, me doy cuenta de que no hay mujer que se salve de él. ¿No cree que la riña entre hermano y hermana puede radicar en eso?

—Bueno, hace mucho tiempo que el escándalo está bastante claro.

—Pero a lo mejor ella no lo había visto antes. Supongamos que lo ha descubierto de repente. Quiere quitarse de encima a esa mujer. Su hermano no lo permite. La inválida, con su corazón enfermo y su incapacidad para andar por ahí, no puede hacer cumplir su voluntad. La odiada doncella sigue atada a ella. La señora rehúsa hablar, se pone de mal humor, se da a la bebida. Sir Robert, en su cólera, le quita su perro de aguas predilecto. ¿No es lógico todo eso?

—Bueno, podría serlo... hasta ese punto.

—¡Exactamente! Hasta ese punto. ¿Cómo concordaría todo eso con las visitas nocturnas a la vieja cripta? No podemos encajar eso en nuestro plan.



—No, señor, y hay algo más que no puede encajar. ¿Por qué sir Robert iba a querer desenterrar un cadáver?

Holmes se incorporó bruscamente.

—Lo descubrimos ayer mismo, después de que le escribí a usted. Ayer sir Robert se había ido a Londres, de modo que Stephens y yo bajamos a la cripta. Estaba todo en orden, señor Holmes, salvo que en un rincón había un esqueleto humano.

—Informó usted a la policía, supongo. Nuestro visitante sonrió sombríamente.

—Bueno, señor Holmes, creo que apenas les interesaría. Eran sólo la cabeza y unos pocos huesos de una momia. Podía tener mil años. Pero no estaba antes; lo juraría yo y también Stephens. La habían echado a un lado en un rincón, tapándola con una tabla, pero ese rincón siempre había estado vacío.

—¿Qué hizo usted con ello?

—Bueno, lo dejamos allí.

—Muy sensato. Dice que sir Robert se marchó ayer. ¿Ha vuelto?

—Le esperamos hoy.

—¿Cuándo regaló sir Robert el perro a su hermana?

—Hoy hace una semana. El animal aullaba detrás del viejo cobertizo del pozo, y sir Robert estaba esa mañana en uno de sus accesos de mal humor. Lo cogió y creí que lo iba a matar. Luego se lo dio a Sandy Bain, el jockey, y le dijo que se lo llevara al viejo Barnes en el «Dragón Verde», pues no quería volverlo a ver.

Holmes se quedó un rato callado meditando. Había encendido la más vieja y sucia de sus pipas.

—Todavía no acabo de entender qué quiere usted que haga yo en este asunto, señor Mason —dijo por fin—. ¿No puede explicármelo mejor?

—Quizá esto lo aclarará, señor Holmes —dijo nuestro visitante.

Sacó un papel del bolsillo, y desdoblándolo con cuidado, mostró un trozo de hueso chamuscado.

Holmes lo examinó con interés.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Hay una caldera de calefacción central en el sótano debajo del cuarto de lady Beatrice. Lleva algún tiempo sin utilizarse, pero sir Robert se quejó del frío y la hizo poner en marcha de nuevo. La lleva Harvey: es uno de mis mozos. Esta mañana vino a verme con esto, lo había encontrado removiendo las cenizas. No le gustó su aspecto.

—Tampoco a mí me gusta —dijo Holmes—. ¿Qué le parece, Watson?



*Estaba todo en orden, señor Holmes, salvo que en un rincón había un esqueleto humano...*

Estaba quemado hasta reducirse a un tizón negro, pero no había duda de su significado anatómico.

—Es el cóndilo superior de un fémur humano —dijo.

—¡Exactamente! —Holmes se había puesto muy serio—. ¿Cuándo se ocupa ese muchacho de la caldera?

—La pone en marcha todas las mañanas y luego la deja.

—Entonces, ¿cualquiera podría visitarla por la noche?

—Sí, señor.

—¿Se puede entrar desde fuera?

—Hay una puerta exterior. Hay otra que conduce arriba por una escalera hasta el pasillo hasta el cuarto de lady Beatrice.

—Aquí hay aguas profundas, señor Watson: profundas y más bien sucias. ¿Dice usted que sir Robert no estuvo en casa anoche?

—No, señor.

—Entonces, fuera quien fuera el que quemó los huesos, no fue él.

—Es cierto, señor Holmes.



—¿Cómo se llama la posada de que hablaba?

—El «Dragón Verde».

—¿Hay buena pesca por esa parte de Berkshire?

El honrado entrenador nos dio a entender con su cara que estaba convencido de que otro loco se había metido en su apurada vida.

—Bueno, señor Holmes, he oído decir que hay truchas en la corriente del molino y lucios en el lago de Hall.

—Eso basta. Watson y yo somos unos pescadores famosos, ¿verdad, Watson? En lo sucesivo, puede ir a buscarnos al «Dragón Verde». Deberíamos llegar esta noche. No necesito decir que no es que no queramos verle, señor Mason, pero una carta nos basta, y, sin duda, yo le podría encontrar si le necesito. Cuando hayamos avanzado un poco más en el asunto le haré saber mi meditada opinión.

Así fue como un claro atardecer de mayo Holmes y yo nos encontramos solos en un vagón de primera, en dirección a la pequeña «parada a petición» de Shoscombe. La redcilla del departamento estaba llena de un temible arsenal de cañas, sedales y cestos. Al llegar a nuestro destino, un pequeño trayecto en coche nos llevó a una posada a la antigua, donde un jovial hotelero, Josiah Barnes, se hizo cargo ávidamente de nuestros planes para la extinción de los peces de la comarca.

—¿Y qué hay del lago Hall y la posibilidad de lucios? —dijo Holmes.

El rostro del hotelero se nubló.

—No serviría, señor. Podría usted encontrarse metido en el lago antes de terminar.

—¿Cómo es eso?

—Es sir Robert, señor. Está terriblemente celoso de los pronosticadores de carreras. Si ustedes dos, siendo forasteros, se encontraran tan cerca de sus terrenos de entrenamiento, les perseguirían, tan seguro como la muerte. Sir Robert no quiere correr riesgos de ningún tipo.

—He oído decir que tiene un caballo inscrito para el Derby.

—Sí, y muy bueno, además. Se lleva todo nuestro dinero a la carrera, y todo el de sir Robert, por añadidura. Por cierto —nos miró con los ojos pensativos—, supongo que ustedes no estarán también en las carreras.

—No, desde luego. Nada más que dos fatigados londinenses muy necesitados del aire saludable de Berkshire.

—Bueno, están en el sitio apropiado para

ello. Hay mucho que ver por ahí. Pero no olviden lo que he dicho de sir Robert. Es de los que pegan primero y hablan después. No se acerquen al parque.

—¡Por supuesto, señor Barnes! Así lo haremos. Por cierto, qué bonito perro de aguas el que ladraba en el vestíbulo.

—Sí que lo es. Esa es la verdadera raza Shoscombe. No la hay mejor en Inglaterra.

—A mí también me gustan los perros —dijo Holmes—. Bueno, si se puede preguntar, ¿cuánto costaría un perro así?

—Más de lo que yo podría pagar, señor. Fue el mismo sir Robert quien me lo dio. Por eso tengo que tenerlo atado. Se marcharía a la mansión en un momento si lo soltara.

—Vamos teniendo algunas cartas en la mano, Watson —dijo Holmes, cuando nos dejó nuestro patrono—. No es fácil jugar, pero quizá dentro de un día o dos veremos cuál es nuestro camino. Por cierto, sir Robert sigue en Londres, he oído decir. Quizá podríamos entrar en el sagrado dominio sin miedo a un ataque personal. Hay un punto o dos en los que querría estar seguro.

—¿Tiene alguna teoría, Holmes?

—Sólo esto, Watson: que hace cerca de una semana ocurrió algo que afectó profundamente a la vida de la casa Shoscombe. ¿Qué fue eso? Sólo podemos suponerlo por sus efectos. Parecen de carácter curiosamente heterogéneo. Pero eso sin duda nos ayudaría. Sólo los casos sin color ni sucesos son los desesperados. Vamos a considerar nuestros datos. El hermano deja de visitar a la hermana inválida. Regala el perro favorito de ella. ¿Su perro, Watson! ¿No le sugiere nada?

—Nada más que el rencor del hermano.

—Bueno, podría ser así. O no..., bueno, hay una alternativa. Ahora sigamos nuestro repaso de la situación desde el momento en que se produjo esa riña, si hubo una riña. La señora se queda en su cuarto, cambia de costumbres, no se la ve cuando sale en coche con su doncella, rehúsa detenerse en las cuerdas para saludar a su caballo favorito, y al parecer se da a la bebida. Con eso está listo el caso, ¿no?

—Salvo por el asunto de la cripta.

—Esta es otra línea de pensamiento. Hay dos, y le ruego que no las confunda. La línea A, que se refiere a lady Beatrice, tiene un sabor vagamente siniestro, ¿verdad?

—No puedo sacar nada de ella.

—Bueno, entonces, tomemos la línea B, que se refiere a sir Robert. Está empeñado como un loco en ganar el Derby. Está en manos de los judíos y en cualquier momento le



pueden poner en venta, pasando sus cuadras a poder de sus acreedores. Es un hombre atrevido y desesperado. Obtiene sus ingresos de su hermana. La doncella de su hermana es su instrumento dócil. Hasta ahí parece que estamos en terreno seguro, ¿no?

—Pero ¿y la cripta?

—¡Ah, sí, la cripta! Supongamos, Watson —es sólo una suposición escandalosa, una hipótesis presentada sólo para discutir— que sir Robert haya liquidado a su hermana.

—Mi querido Holmes, eso ni se plantea.

—Muy posiblemente, Watson. Sir Robert es de familia honorable. Pero de vez en cuando se encuentra un cuervo entre las águilas. Discutamos un momento sobre ese supuesto. No podría huir del país mientras no hubiera logrado su fortuna y esa fortuna sólo se puede conseguir logrando el golpe con el «Príncipe» de Shoscombe. Por tanto, tiene que seguir en su terreno. Para eso tendría que eliminar el cadáver de su víctima y tendría que encontrar a alguien que la sustituyera imitándola. Con la doncella como confidente, eso sería imposible. El cadáver de la mujer podría llevarse a la cripta, que es un lugar raramente visitado, y podría destruirse secretamente por la noche en la caldera, dejando detrás algún indicio como el que ya hemos visto. ¿Qué le dice esto, Watson?

—Bueno, todo es posible si se admite la monstruosa suposición original.

—Creo que hay un pequeño experimento que debemos hacer mañana, Watson, para arrojar algo de luz sobre el asunto. Mientras, si queremos mantener nuestra caracterización, sugiero que convidemos a nuestro anfitrión a un vaso de su vino y entremos en una elevada conversación sobre anguilas y albures, que parece el camino directo para lograr ese afecto. Quizá podríamos encontrar algún cotilleo local útil durante el proceso.

Por la mañana Holmes descubrió que habíamos llegado sin cucharillas de cebo para los lucios, lo que nos excusó de pescar durante ese día. Hacia las once fuimos a dar un paseo, y obtuve permiso para sacar el perro de aguas negro con nosotros.

—Ese es el sitio —dijo, cuando llegamos ante dos altas verjas del parque, con unos grifones heráldicos destacándose encima—. Hacia el mediodía, me informa el señor Barnes, la vieja señora sale a pasear en coche, y el carruaje debe esperar mientras se abren las verjas. Cuando pase y antes de que tome velocidad, quiero que usted, Watson, detenga

al cochero con alguna pregunta. No se ocupe de mí. Yo me esconderé detrás de esa mata de acebo y veré lo que pueda.

No fue una vigilancia muy prolongada. Al cabo de un cuarto de hora, vimos el gran *barouche* abierto, amarillo, bajando por la larga avenida, tirado por dos espléndidos caballos grises de gran alzada. Holmes se acurrucó detrás de su mata con el perro. Un guarda salió corriendo y abrió las verjas de par en par.

El carruaje se había refrenado hasta ir al paso y pude mirar a sus ocupantes. Una joven muy colorada, de pelo lindo y ojos desvergonzados, iba sentada a la izquierda. A su derecha iba una persona anciana de espalda redondeada y un montón de chales en torno a la cara y los hombros, que proclamaban que era una inválida. Cuando los caballos estaban a punto de llegar a la carretera, levanté la mano con gesto autoritario y, cuando el cochero frenó, pregunté si estaba sir Robert en Shoscombe Old Place.

En ese momento salió Holmes y soltó el perro. Este, con un grito alegre, se lanzó hacia el coche y subió al estribo. Luego, sólo un momento después, su ansioso saludo se mudó en furia y lanzó un mordisco a la falda negra que tenía encima.

—¡Siga, cochero, siga! —chilló una voz áspera. El cochero dio un latigazo a los caballos y nos quedamos plantados en la carretera.

—Bueno, Watson, ya está —dijo Holmes, sujetando la correa del excitado perro de aguas—. Creyó que era su ama y vio que era una desconocida. Los perros no se equivocan.

—Pero ¿era la voz de un hombre! —grité.

—¡Exactamente! Hemos añadido otra carta a nuestro juego, Watson, pero hay que jugar con cuidado, de todos modos.

Mi compañero no parecía tener más planes para el día y usamos por fin nuestros aparejos de pesca en la corriente del molino, con el resultado de que comimos truchas en la cena. Sólo después de cenar mostró Holmes señales de renovada actividad. Una vez más nos encontramos en el mismo camino que por la mañana, que nos llevó a la verja del parque. Una figura alta y oscura nos esperaba allí, y resultó ser nuestro conocido de Londres, el señor John Mason, el entrenador.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. Recibí su nota, señor Holmes. Sir Robert no ha vuelto todavía, pero he oído decir que se le espera esta noche.

—¿Qué tan lejos está la cripta de la casa? —preguntó Holmes.



—A un buen cuarto de milla.

—Entonces creo que podemos prescindir de él por completo.

—Yo no me puedo permitir tal cosa, señor Holmes. En el momento que llegue querrá verme para saber las últimas noticias del «Príncipe» de Shoscombe.

—¡Ya veo! En ese caso debemos trabajar sin usted, señor Mason. Puede enseñarnos la cripta y dejarnos luego.

Estaba completamente oscuro y sin luna, pero Mason nos llevó por terrenos con hierba hasta que una masa oscura se destacó frente a nosotros, resultando ser la vieja capilla. Entramos por la brecha abierta que había sido el pórtico, y nuestro guía, tropezando entre montones de mampostería suelta, halló su camino hasta la esquina del edificio, donde una abrupta escalera bajaba a la cripta. Encendiendo una cerilla, iluminó el melancólico lugar, funesto y maloliente, con viejas paredes de piedra toscamente tallada y derrumbándose, y montones de ataúdes, unos de plomo y otros de piedra, extendiéndose por un lado hasta el techo abovedado en forma de inglete, que se perdía en las sombras de nuestras cabezas. Holmes había encendido su linterna, que proyectaba un delgado túnel de viva luz amarilla sobre el fúnebre escenario. Sus rayos se reflejaban en las placas de los ataúdes, muchas de ellas adornadas con el grifón y la corona de esa vieja familia que llevaba sus honores hasta las puertas de la Muerte.

—Habla usted de unos huesos, señor Mason. ¿Podría enseñármelos antes de marcharse?

—Están ahí, en el rincón. —El entrenador cruzó al otro lado y luego se quedó parado, mientras nuestra luz se dirigía a aquel lugar—. Han desaparecido —dijo.

—Lo esperaba —dijo Holmes, con una risita—. Supongo que sus cenizas podrían encontrarse ahora mismo en ese horno que ya ha consumido una parte.

—Pero ¿por qué querría alguien quemar los huesos de un hombre que lleva mil años muerto? —preguntó John Mason.

—Estamos aquí para averiguarlo —dijo Holmes—. Puede representar una larga búsqueda y no tenemos que entretenerle. Me imagino que tendremos nuestra solución antes de la mañana.

Cuando nos dejó John Mason, Holmes se puso a trabajar haciendo un cuidadoso examen de las tumbas, empezando por una muy antigua, que parecía sajona, en el medio, a través de una larga fila de Hugos y

Odos normandos, hasta que llegamos a sir William y sir Denis Falder, del siglo XVIII. Al cabo de una hora o más, Holmes llegó a un ataúd de plomo que estaba puesto de pie a la entrada de la cripta. Oí su pequeño grito de satisfacción, y me di cuenta, por sus movimientos apresurados pero con un objetivo, de que había alcanzado una meta. Entonces sacó del bolsillo una corta planqueta, que metió en una rendija, hasta levantar toda la parte de delante, que parecía estar sujeta sólo por un par de cierres. Hubo un ruido desgarrador y de rotura al ceder, pero apenas tenía goznes y mostró parcialmente su contenido antes de que tuviéramos una interrupción intempestiva.

Alguien andaba por la capilla de arriba. Era el paso firme y rápido de quien venía con un propósito definido y conocía muy bien el suelo que pisaba. Una luz bajó por las escaleras y, un momento después, el hombre que la llevaba quedó enmarcado en el arco gótico. Era una terrible figura, de estatura enorme y feroz aspecto. Una gran linterna cuadrada que sostenía delante de él iluminaba hacia arriba una fuerte cara de grandes bigotes y ojos coléricos, que fulguraron en torno suyo por todos los rincones de la cripta, deteniéndose al fin con mortal fijeza en mi compañero y yo.

—¿Quiénes diablos son ustedes? —atónó—. ¿Y qué hacen en mis propiedades?

Luego, como Holmes no respondiera, avanzó unos pasos hacia él y levantó el pesado bastón que llevaba.

—¿Me oye? —gritó—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

Su estaca vibraba en el aire.

Pero en vez de encogerse. Holmes avanzó a su encuentro.

—Yo también tengo una pregunta que hacerle, sir Robert —dijo con tono más que severo—. ¿Quién es éste? ¿Y qué hace aquí?

Se volvió y, de un tirón, arrancó la tapa del ataúd que tenía detrás. Al fulgor de la linterna, vi un cadáver envuelto de pies a cabeza en una sábana, con terribles rasgos de bruja, todo, nariz y barbilla, salientes por un extremo, con los ojos muertos y helados mirando en una cara descolorida que se desmigajaba.

El Baronet retrocedió tambaleándose con un grito y se apoyó en un sarcófago de piedra.

—¿Cómo ha podido saberlo? —gritó. Y luego, recuperando sus maneras amenazadoras—. ¿A usted qué le importa eso?

—Me llamo Sherlock Holmes —dijo mi





*Era una terrible figura, de estatura enorme y feroz aspecto.*

compañero—. Quizá conozca mi nombre. En todo caso, me importa lo que le importa a cualquier buen ciudadano: defender la justicia. Me parece que tiene usted mucho que responder.

Sir Robert lanzó durante un momento una mirada fulgurante, pero la tranquila voz de Holmes y sus maneras frías y seguras tuvieron su efecto.

—Delante de Dios, señor Holmes, todo está bien —dijo—. Las apariencias están en contra mía, lo reconozco, pero no pude actuar de otro modo.

—Me gustaría creerlo, pero me temo que sus explicaciones debe darlas ante la policía.

Sir Robert encogió sus anchos hombros.

—Bueno, si tiene que ser, tiene que ser. Suban a la casa y podrán juzgar por sí mismos cómo está el asunto.

Un cuarto de hora después nos encontramos en lo que me pareció, por la fila de pulidos cañones tras capas de cristal, que era el cuarto de armas de la vieja casa. Estaba cómodamente amueblado, y allí nos dejó unos

momentos sir Robert. Al volver, traía a dos acompañantes consigo: una, la florida joven que ya habíamos visto en el coche; el otro, un hombrecillo con cara de rata y modales desagradablemente furtivos. Los dos tenían un aire de absoluto desconcierto, revelador de que el Baronet no había tenido tiempo todavía de explicarles el giro que habían tomado los acontecimientos.

—Aquí tienen —dijo sir Robert, haciendo un gesto con la mano—. El señor y la señora Norlett. La señora Norlett, bajo su nombre de soltera Evans, ha sido la doncella de confianza de mi hermana durante varios años. les he traído aquí porque me parece que lo mejor que puedo hacer es explicarles la verdadera situación, y ellos son dos personas que pueden confirmar lo que diga.

—¿Es necesario, sir Robert? ¿Ha pensado lo que hace? —exclamó la mujer.

—En cuanto a mí, rehúso toda responsabilidad —dijo su marido.

Sir Robert le lanzó una mirada de desprecio.

—Yo asumiré toda la responsabilidad —dijo—. Ahora, señor Holmes, escuche una sencilla explicación de los hechos. Está claro que usted se ha metido a fondo en mis asuntos, pues si no, no le habría encontrado donde le encontré. Por tanto, con toda probabilidad, ya sabe que voy a hacer correr un caballo poco conocido en el Derby y que todo depende de mi éxito. Si gano, todo será fácil. Si pierdo..., bueno, ¡no me atrevo a pensarlo!

—Comprendo su situación —dijo Holmes.

—Dependo para todo de mi hermana, lady Beatrice. Pero es bien sabido que su usufructo de estas propiedades vale sólo durante su vida. En cuanto a mí, estoy atrapado en manos de los judíos. Siempre he sabido que si muriera mi hermana, mis acreedores caerían sobre mis propiedades como una bandada de cuervos. Se apoderarían de todo: mis cuadras, mis caballos, todo. Bueno, señor Holmes, mi hermana, en efecto, murió hace una semana.

—¡Y usted no se lo dijo a nadie!

—¿Qué podía hacer? Me amenazaba la ruina absoluta. Si pudiera aplazar las cosas durante tres semanas, todo iría bien. El marido de su doncella, este hombre, es actor. Se nos ocurrió, se me ocurrió, que él podía representar el papel de mi hermana durante un breve período. Se trataba sólo de aparecer todos los días en el coche, pues no hacía falta que entrara en su cuarto nadie más que su doncella. No fue difícil de arreglar. Mi



hermana murió de la hidropesía que padecía desde hacía tiempo.

—Eso lo decidirá el forense.

—Su médico certificará que hacía meses que sus síntomas presagiaban ese final.

—Bueno, ¿qué hizo usted?

—El cadáver no podía seguir aquí. La primera noche, Norlett y yo lo llevamos fuera, a la vieja casa del pozo, que ahora no se usa nunca. Sin embargo, nos seguía su perro de aguas preferido, que ladraba continuamente a la muerta, de modo que pensé que hacía falta un lugar más seguro. Me desembaracé del perro y llevamos el cadáver a la cripta de la iglesia. No hubo indignidad ni irreverencia, señor Holmes. No creo que haya injuriado a una muerta.

—Su conducta me parece inexcusable.

El Baronet sacudió la cabeza con impaciencia.

—Es fácil predicar —dijo—. Quizá le habría parecido otra cosa si hubiera estado en mi situación. Uno no puede ver todas sus esperanzas y sus planes destrozados en el último momento sin hacer un esfuerzo para salvarlos. Me pareció que no sería un lugar indigno de ella si la poníamos por el momento en uno de los ataúdes de los antepasados de su marido, yaciendo en una tierra que sigue siendo sagrada. Abrimos uno de esos ataúdes, sacamos el contenido y la pusimos como ya ha visto. En cuanto a las viejas reliquias que sacamos, no podíamos dejarlas en el suelo de la cripta. Norlett y yo las quitamos de allí y él bajó por la noche y las quemó en el horno central. Esta es mi historia, señor Holmes, aunque no comprendo cómo usted me ha obligado a contársela.

Holmes se quedó un rato cavilando.

—Hay un defecto en su narración —dijo por fin—. Sus apuestas en la carrera, y por tanto sus esperanzas en el futuro, seguirían valiendo aunque sus acreedores se apoderaran de sus propiedades.

—El caballo sería parte de las propiedades. ¿Qué me importan a mí mis apuestas? Probablemente, ellos no le dejarían correr. Mi principal acreedor es, por desgracia, un tipo desvergonzado, Sam Brewer, a quien una vez me vi obligado a darle de latigazos. ¿Supone usted que él trataría de salvarme?

—Bueno, sir Robert —dijo Holmes, levantándose—, este asunto, desde luego, debe comunicarse a la policía. Mi deber era sacar a la luz los hechos y ahí tengo que dejarlo. En cuanto a la moralidad o a la decencia de su conducta, no me toca expresar mi opinión. Es casi medianoche, Watson, y creo que podemos volver a nuestra humilde residencia.

Todo el mundo sabe ahora que este singular episodio acabó de un modo más feliz de lo que merecían las acciones de sir Robert. El «Príncipe» de Shoscombe ganó el Derby, el propietario se embolsó ochenta mil libras en apuestas y los acreedores permanecieron tranquilos hasta que terminó la carrera, y entonces se les pagó por completo, quedando lo suficiente para restablecer a sir Robert en una decente posición en la vida. Tanto la policía como el forense vieron con benevolencia lo ocurrido y, salvo por una leve censura por la tardanza en registrar el fallecimiento de la señora, el feliz propietario salió sin tacha de ese extraño incidente en una carrera que ahora ha sobrevivido a sus sombras y promete acabar en una vejez honorable.

## UN CASO DE IDENTIDAD

—Querido amigo mío —dijo Sherlock Holmes estando él y yo sentados a uno y otro lado de la chimenea en sus habitaciones de Baker Street—, la vida es infinitamente más extraña que todo cuanto la mente del hombre podría inventar. No osaríamos concebir ciertas cosas que resultasen verdaderos lugares comunes de la existencia. Si nos fuera po-

sible salir volando por esa ventana agarrados de la mano, revolotear por encima de esa gran ciudad, levantar suavemente los techos y asomarnos a ver las cosas raras que ocurren, las coincidencias extrañas, los proyectos, los contraproyectos, los asombrosos encadenamientos de circunstancias que labóran a través de las generaciones y desembo-



can en los resultados más *outré*, nos resultarían por demás trasnochadas e infructíferas todas las obras de ficción con sus convencionalismos y con sus conclusiones previstas de antemano.

—Pues yo no estoy convencido de ello —le contesté—. Los casos que salen a la luz en los periódicos son, por regla general, bastante sosos y bastante vulgares. En nuestros informes policíacos nos encontramos con el realismo llevado a sus últimos límites, y, a pesar de ello, el resultado, preciso es confesarlo, no es fascinador ni artístico.

—Se requiere cierta dosis de selección y de distracción al exhibir el efecto realista —contestó Holmes—. Esto se echa de menos en los informes de la policía, en los que es más probable ver subrayadas las vulgaridades del magistrado que los detalles que encierra para un observador la esencia vital de todo el asunto. Créame, no hay nada tan antinatural como lo vulgar.

Me sonreí, moviendo negativamente la cabeza, y dije:

—Comprendo perfectamente que usted piense de esa manera. Sin duda que, dada su posición de consejero extraoficial, que presta ayuda a todo aquel que se encuentra totalmente desconcertado, en toda la superficie de tres continentes, entra usted en contacto con todos los hechos extraordinarios y sorprendentes que ocurren. Pero aquí... —y al decirlo recogí del suelo el periódico de la mañana—. Hagamos una experiencia práctica. Aquí tenemos el primer encabezamiento con que yo tropiezo: «Crueldad de un marido con su mujer.» En total, media columna de letra impresa, que yo sé, sin necesidad de leerla, que no encierra sino hechos completamente familiares para mí. Tenemos, claro está, el caso de la *otra* mujer, de la bebida, del empujón, del golpe, de las magulladuras, de la hermana simpática o de la patrona. Los escritores más toscos no podrían inventar nada más vulgar.

—Pues bien: el ejemplo que usted pone resulta desafortunado para su argumentación —dijo Holmes echando mano al periódico y recorriéndolo con la mirada—. Aquí se trata del caso de separación del matrimonio Douglas; precisamente yo me ocupé de poner en claro algunos pequeños detalles que tenían relación con el mismo. El marido era abstemio, no había de por medio otra mujer, y la queja que se alegaba era que el marido había contraído la costumbre de terminar todas las comidas despojándose de su dentadura postiza y tirándosela a su mujer, acto que, con-

vendrá conmigo, no es probable que surja en la imaginación del escritor corriente de novelas. Tome usted una pulgada de rapé, doctor, y confiese que en el ejemplo que usted me puso me he anotado yo un tanto a mi favor.

Me alargó su caja de oro viejo para el rapé, con una gran amatista en el centro de la tapa. Su magnificencia contrastaba de tal manera con las costumbres sencillas y la vida llana de Holmes, que no pude menos que comentar aquel detalle.

—Me había olvidado que llevo varias semanas sin verle a usted —me dijo—. Esto es un pequeño recuerdo del rey de Bohemia en pago a mi colaboración en el caso de los documentos de Irene Adler.

—¿Y el anillo? —le pregunté, mirando al precioso brillante que centelleaba en uno de sus dedos.

—Procede de la familia real de Holanda, pero el asunto en que yo le serví es tan extraordinariamente delicado que no puedo confiárselo a usted, que ha tenido la amabilidad de hacer la crónica de uno o dos de mis pequeños problemas.

—Y no tiene en este momento a mano ninguno? —le pregunté con interés.

—Tengo diez o doce, pero ninguno de ellos presenta rasgos que lo hagan destacar. Compréndame, son de importancia, sin ser interesantes. Precisamente he descubierto que, de ordinario, suele ser en los asuntos sin importancia donde se presenta un campo mayor de observación, propio al rápido análisis de causa y efecto, que es lo que da un encanto a las investigaciones. Los grandes crímenes suelen ser los más sencillos, porque, cuanto más grande es el crimen, más evidente resulta, por regla general, el móvil. En estos casos de que le hablo no hay nada que ofrezca rasgo alguno de interés, con excepción de uno bastante intrincado que me ha sido enviado desde Marsella. Sin embargo, bien pudiera ser que tuviera alguna cosa mejor antes que transcurran unos pocos minutos, porque o mucho me equivoco, o ahí llega uno de mis clientes.

Holmes se había levantado de su sillón, y estaba en pie entre las cortinas separadas, contemplando la calle londinense, tristonja y de color indefinido. Mirando por encima de su hombro, pude ver yo en la acera de enfrente a una mujer voluminosa que llevaba alrededor del cuello un boa de piel tupida, y una gran pluma rizada sobre el sombrero de anchas alas, ladeado sobre la oreja, según la moda coquetona «Duquesa de Devonshire». Esa mujer miraba por debajo de esa gran pa-





*Mirando por encima de su hombro, vi a una mujer voluminosa...*

noplia hacia nuestras ventanas con gesto nervioso y vacilante, mientras su cuerpo oscilaba hacia adelante y hacia atrás, y sus dedos manipulaban inquietos con los botones de su guante. Y, en un arranque parecido al del nadador que se tira desde la orilla al agua, cruzó rauda la calzada y oímos un violento resonar de la campanilla de llamada.

—Antes de ahora he presenciado yo esos síntomas —dijo Holmes, tirando al fuego su cigarrillo—. El oscilar en la acera significa siempre que se trata de un *affaire du coeur*. Querría que le aconsejase, pero no está segura de que su asunto no sea excesivamente delicado para confiárselo a otra persona. Pues bien: hasta en esto podemos hacer distinciones. La mujer que ha sido gravemente perjudicada por un hombre, ya no vacila, y el síntoma corriente suele ser la ruptura del alambre de la campanilla de llamada. En este caso, podemos dar por supuesto que se trata de un asunto amoroso, pero que la joven no se siente tan irritada como perpleja o dolida. Pero aquí se acerca ella en persona para sacarnos de dudas.

Mientras Holmes hablaba, dieron unos golpes en la puerta y entró el botones para anunciar a la señorita Mary Sutherland, mientras la interesada dejaba ver su pequeña silueta negra detrás de aquél, a la manera de un barco mercante con todas las velas desplegadas detrás del minúsculo bote piloto. Sherlock Holmes la acogió con la espontánea amabilidad que le distinguía. Una vez cerrada la puerta y después de indicarle con una inclinación que se sentase en un sillón, la contempló de la manera minuciosa, y sin embargo discreta, que era peculiar en él.

—¿No le parece —le dijo Holmes— que es un poco molesto para una persona corta de vista como usted el escribir tanto a máquina?

—Lo fue al principio —contestó ella—, pero ahora sé dónde están las letras sin necesidad de mirar.

De pronto, dándose cuenta de todo el alcance de sus palabras, experimentó un violento sobresalto y alzó la vista para mirar con temor y asombro a la cara ancha y de expresión simpática.

—Usted ha oído hablar de mí, señor Holmes —exclamó—. De otro modo, ¿cómo podría saber eso?

—No le dé importancia —dijo Holmes, riéndose—, porque la profesión mía consiste en saber cosas. Es posible que yo me haya entrenado en fijarme en lo que otros pasan por alto. Si no fuera así, ¿qué razón tendría usted para venir a consultarme?

—Vine a consultarle, señor, porque me habló de usted la señora Etherege, el paradero de cuyo esposo descubrió usted con facilidad cuando la policía y todo el mundo le había dado por muerto. ¡Ay, señor Holmes, si usted pudiera hacer eso mismo para mí! No soy rica, pero dispongo de un centenar de libras al año de renta propia, además de lo poco que gano con la máquina de escribir, y daría todo ello por saber qué ha sido del señor Hosmer Angel.

—¿Por qué salió a la calle con tal precipitación para consultarme? —preguntó Sherlock Holmes, juntando unas con otras las yemas de los dedos de sus manos y con la vista fija en el techo.

También ahora pasó una mirada de sobresalto por el rostro algo inexpresivo de la señorita Mary Sutherland, y dijo ésta:

—En efecto, me lancé fuera de casa como disparada, porque me irritó al ver la tranquilidad con que lo tomaba todo el señor Windibank, es decir, mi padre. No quiso ir a la policía, ni venir a usted y, por último, en



vista de que él no hacía nada y de que insistía en que nada se había perdido, me salí de mis casillas, me vestí de cualquier manera y vine derecha a visitar a usted.

—¿El padre de usted? —dijo Holmes—. Se referirá, seguramente, a su padrastro, puesto que los apellidos son distintos.

—Sí, es mi padrastro. Le llamo padre, aunque suena a cosa rara, porque sólo me lleva cinco años y dos meses de edad.

—¿Vive la madre de usted?

—Sí; mi madre vive y está bien. No me gustó mucho, señor Holmes, cuando ella contrajo matrimonio, muy poco después de morir papá, y lo contrajo con un hombre casi quince años más joven que ella. Mi padre era fontanero en la Tottenham Court Road, y dejó al morir un establecimiento próspero, que mi madre llevó adelante con el capataz, señor Hardy; pero, al presentarse el señor Windibank, lo vendió, porque éste se consideraba muy por encima de aquello, pues era viajante en vinos. Les pagaron por el traspaso e intereses cuatro mil seiscientas libras, mucho menos de lo que papá habría conseguido, de haber vivido.

Yo creía que Sherlock Holmes daría muestras de impaciencia ante aquel relato, inconexo e incongruente; pero, por el contrario, lo escuchaba con expresión reconcentrada.

—¿Proviene del negocio la pequeña renta que usted disfruta? —preguntó Holmes.

—De ninguna manera, señor; se trata de algo en absoluto independiente, y que me fue legado por mi tío Ned, de Auckland. El dinero está colocado en valores de Nueva Zelanda, al cuatro y medio por ciento. El capital asciende a dos mil quinientas libras, pero sólo puedo cobrar los intereses.

—Lo que usted me dice resulta en extremo interesante —le dijo Holmes—. Disponiendo de una suma tan interesante como son cien libras al año, además de lo que usted misma gana, viajará usted, sin duda, un poco y se concederá toda clase de caprichos. En mi opinión, una mujer soltera puede vivir muy decentemente con un ingreso de sesenta libras.

—Yo podría hacerlo con una cantidad muy inferior a ésa, señor Holmes; pero ya comprenderá que, mientras viva en casa, no deseo ser una carga para ellos, y son ellos quienes invierten el dinero mío. Naturalmente, eso ocurre sólo por ahora. El señor Windibank es quien cobra todos los trimestres mis intereses, él se los entrega a mi madre y yo me las arreglo muy bien con lo que gano escribiendo a máquina. Me pagan dos peni-

ques por hoja, y hay muchos días en que escribo de quince a veinte hojas.

—Me ha expuesto usted su situación con toda claridad —le dijo Holmes—. Este señor es mi amigo, el doctor Watson y puede usted hablar en su presencia con la misma franqueza que delante de mí. Tenga, pues, la amabilidad de contarnos todo lo que haya referente a sus relaciones con el señor Hosmer Angel.

La cara de la señorita Sutherland se cubrió de rubor, y sus dedos empezaron a pellizcar nerviosamente la orla de la chaqueta.

—Le conocí en el baile de los gasistas —nos dijo—. Acostumbraban enviar entradas a mi padre en vida de éste y siguieron acordándose de nosotros enviándonoslas a mi madre. El señor Windibank no quiso ir, nunca quería ir con nosotras a ninguna parte. Bastaba para sacarlo de sus casillas el que yo manifestase deseos de ir, aunque sólo fuese a una fiesta de la escuela dominical. Sin embargo, en aquella ocasión me empeñé en ir, y dije que iría, porque, ¿qué derecho tenía él para impedírmelo? Afirmó que la gente que acudiría no era como para que nosotros alternásemos con ella, siendo así que se hallarían presentes todos los amigos de mi padre. Aseguró también que yo no tenía vestido decente, aunque disponía del de terciopelo color púrpura que ni siquiera había sacado hasta entonces del cajón. Finalmente, viendo que no se salía con la suya, marchó a Francia para negocios de su firma, y nosotras, mi madre y yo, fuimos al baile, acompañadas del señor Hardy, el que había sido nuestro encargado, y allí me presentaron al señor Hosmer Angel.

—Me imagino —dijo Holmes— que, cuando el señor Windibank regresó de Francia, se molestó muchísimo porque ustedes hubiesen ido al baile.

—Pues verá usted, lo tomó muy a bien. Recuerdo que se echó a reír, se encogió de hombros y afirmó que era inútil negarle nada a una mujer, porque ésta se salía siempre con la suya.

—Comprendo. De modo que en el baile de los gasistas conoció usted a un caballero llamado Hosmer Angel.

—Sí, señor. Le conocí esa noche, y al día siguiente nos visitó para preguntar si habíamos regresado bien a casa. Después de eso nos entrevistamos con él; es decir, señor Holmes, me entrevisté yo con él dos veces, en que salimos de paseo; pero mi padre regresó a casa y el señor Hosmer Angel ya no pudo venir de visita a ella.



—¿No?

—Verá usted, mi padre no quiso ni oír hablar de semejante cosa. No le gustaba recibir visitas, si podía evitarlas, y acostumbraba a decir que la mujer debería ser feliz dentro de su propio círculo familiar. Pero, como yo le decía a mi padre, la mujer necesita empezar por crearse su propio círculo, cosa que yo no había conseguido todavía.

—¿Y qué fue del señor Hosmer Angel? ¿No hizo intento alguno para verse con usted?

—Pues verá; mi padre iba a marcharse a Francia otra vez una semana más tarde, y Hosmer me escribió diciendo que sería mejor y más seguro el que no nos viésemos hasta que hubiese emprendido el viaje. Mientras tanto, podíamos escribirnos y él lo hacía diariamente. Yo recibía las cartas por la mañana, de modo que no había necesidad de que mi padre se enterase.

—¿Estaba usted ya entonces comprometida a casarse con ese cabañero?

—Claro que sí, señor Holmes. Nos prometimos después del primer paseo que dimos juntos. Hosmer, el señor Angel, era cajero de unas oficinas de Leadenhall Street y...

—¿En qué oficinas?

—Eso es lo peor del caso, señor Holmes, que lo ignoro.

—¿Dónde residía en aquel entonces?

—Dormía en el mismo local de las oficinas.

—¿Y no tiene usted su dirección?

—No, fuera de que estaban en Leadenhall Street.

—¿Y adónde, pues, le dirigía usted sus cartas?

—A la oficina de Correos de Leadenhall, para ser retiradas personalmente. Me dijo que si las enviaba a las oficinas, los demás escribientes le embromarían por recibir cartas de una dama; me brindé, pues, a escribírselas a máquina, igual que hacía él con las suyas, pero no quiso aceptarlo, afirmando que cuando eran de mi puño y letra le producían, en efecto, la sensación de que procedían de mí, pero si se las escribía a máquina daban la sensación de que ésta se interponía entre él y yo. Por ese detalle podrá usted saber, señor Holmes, cuánto me quería y en qué insignificancia se fijaba.

—Sí, eso es muy sugestivo —dijo Holmes—. Desde hace mucho tiempo que tengo yo por axioma el de que las cosas pequeñas son infinitamente las más importantes. ¿No recuerda usted algunas otras pequeñeces referentes al señor Hosmer Angel?

—Era un hombre muy vergonzoso, señor Holmes. Prefería pasearse conmigo ya oscurecido, y no durante el día, afirmando que le repugnaba que se fijasen en él. Sí; era muy retraído y muy caballeroso. Hasta su voz tenía un timbre muy meloso. Siendo joven sufrió, según me dijo, de anginas e hinchazón de las amígdalas, y desde entonces le quedó la garganta débil y una manera de hablar vacilante y como si se expresara cuchicheando. Vestía siempre muy bien, con mucha pulcritud y sencillez, pero padecía, lo mismo que yo, debilidad en la vista, y usaba cristales de color para defenderse de la luz.

—¿Y qué ocurrió cuando regresó a Francia su padrastro, el señor Windibank?

—El señor Hosmer Angel volvió de visita a nuestra casa y propuso que nos casáramos antes del regreso de mi padre. Tenía una prisa terrible, y me hizo jurar, con las manos sobre los *Evangelios*, que ocurriese lo que ocurriese, le sería siempre fiel. Mi madre dijo que tenía razón al pedirme ese juramento y que con ello demostraba la pasión que sentía por mí. Mi madre se puso desde el primer momento de su parte y mostraba por él mayor simpatía aún que yo. Pero cuando empezaron a hablar de celebrar la boda aquella misma semana, empecé yo a preguntarme qué le parecería a mi padre; pero los dos me dijeron que no me preocupase de él, ya que se lo diríamos después, y mi madre afirmó que ella lo conformaría. Señor Holmes, eso no me gustó del todo. Me producía un efecto raro el tener que solicitar su autorización, siendo como era muy poco más viejo que yo; pero no quise hacer nada a escondidas y escribí a mi padre a Burdeos, donde la compañía en que trabaja tiene sus oficinas en Francia, pero la carta me llegó devuelta la misma mañana de la boda.

—No coincidió con él, ¿verdad?

—No, porque se había puesto en camino hacia Inglaterra poco antes que llegase.

—¡Mala suerte! De modo que su boda quedó fijada para el viernes. ¿Iba a celebrarse en la iglesia?

—Sí, señor, pero muy privadamente. Iba a celebrarse en St. Saviour, cerca de King's Cross, y después de la ceremonia íbamos a desayunar en el St. Pancras Hotel. Hosmer vino a buscarnos en un Hansom, pero como nosotras éramos sólo dos, nos metió en el mismo coche, y él tomó otro de cuatro ruedas, porque era el único que había en la calle. Nosotras fuimos las primeras en llegar a la iglesia, y cuando lo hizo el coche de cuatro ruedas esperábamos que Hosmer se apea-



ría del mismo, y cuando el cochero bajó del pescante y miró al interior, ¡allí no había nadie! El cochero manifestó que no acertaba a imaginarse qué había podido hacerse del viajero, porque lo había visto con sus propios ojos subir al coche. Eso ocurrió el viernes pasado, señor Holmes, y desde entonces no he tenido ninguna noticia que pueda arrojar luz sobre su paradero.

—Me parece que se ha portado con ustedes de manera vergonzosa —dijo Holmes.

—¡Oh, no señor! Era un hombre demasiado bueno y cariñoso para abandonarme de ese modo. Durante toda la mañana no hizo otra cosa que insistir en que, ocurriese lo que ocurriese, tenía yo que seguir siéndole fiel; que aunque algo imprevisto nos separase al uno del otro, tenía yo que acordarme siempre de que me había prometido a él, que más pronto o más tarde se presentaría a exigirme el cumplimiento de mi promesa. Eran palabras que resultaban extrañas para ser dichas en la mañana de una boda, pero adquieren sentido por lo que ha ocurrido después.

—Lo adquieren, con toda evidencia. Según eso, ¿usted está en la creencia de que le ha ocurrido alguna catástrofe imprevista?

—Sí, señor. Creo que él previó algún peligro, pues de lo contrario no habría hablado como habló. Y pienso, además, que ocurrió lo que él había previsto.

—¿Y no tiene usted idea alguna de qué pudo ser?

—Absolutamente ninguna.

—Otra pregunta más: ¿Cuál fue la actitud de su madre en el asunto?

—Se puso furiosa, y me dijo que yo no debía volver a hablar jamás de lo ocurrido.

—¿Y su padre? ¿Se lo contó usted?

—Sí, y pareció pensar, al igual que yo, que algo le había sucedido a Hosmer, y que yo volvería a tener noticias de él. Porque, me decía, ¿qué interés podía tener nadie en llevarme hasta las puertas de la iglesia y abandonarme allí? Si él me hubiese pedido dinero prestado, o si, después de casarse conmigo, hubiese conseguido poner mi capital a nombre suyo, pudiera haber una razón; pero Hosmer no quería depender de nadie en cuestión de dinero, y nunca quiso aceptar ni un solo chelín mío. ¿Qué podía, pues, haber ocurrido? ¿Y por qué no puede escribir? Sólo de pensarlo me pongo medio loca. Y no puedo pegar ojo en toda la noche.

Sacó de su manguito un pañuelo y empezó a verter en él sus profundos sollozos. Sherlock Holmes le dijo, levantándose:

—Examinaré el caso en interés de usted, y

no dudo de que llegaremos a resultados concretos. Descargue desde ahora sobre mí el peso de este asunto, y desentienda por completo su pensamiento del mismo. Y sobre todo, procure que el señor Hosmer Angel se desvanezca de su memoria, de la misma manera que él se ha desvanecido de su vida.

—¿Cree usted entonces que ya no volveré a verle más?

—Me temo que no.

—¿Qué le ha ocurrido entonces?

—Deje a mi cargo esa cuestión. Desearía poseer una descripción exacta de esa persona, y cuantas cartas del mismo pueda usted entregarme.

—El sábado pasado puse un anuncio pidiendo noticias tuyas en el *Chronicle* —dijo la joven—. Aquí tiene el texto, y aquí tiene también cuatro cartas tuyas.

—Gracias. ¿La dirección de usted?

—Lyon Place, número 31, Camberwell.

—Por lo que he podido entender, el señor Angel no le dio nunca su dirección. ¿Dónde trabaja el padre de usted?

—Es viajante de *Westhouse & Marbank*, los grandes importadores de clarete, de Fenchurch Street.

—Gracias. Me ha expuesto usted su problema con gran claridad. Deje aquí los documentos, y acuérdesse del consejo que le he dado. Considere todo el incidente como un libro cerrado, y no permita que ejerza influencia sobre su vida.

—Es usted muy amable, señor Holmes, pero yo no puedo hacer eso. Permaneceré fiel al señor Hosmer. Me hallará dispuesta cuando él vuelva.

A pesar de lo absurdo del sombrero y de su cara inexpresiva, la fe sencilla de nuestra visitante tenía algo de noble, que imponía respeto. Depositó encima de la mesa su pequeño lío de papeles, y siguió su camino con la promesa de presentarse siempre que la llamase el señor Holmes.

Sherlock Holmes permaneció silencioso durante algunos minutos con las yemas de los dedos juntas, las piernas extendidas hacia adelante y la mirada dirigida hacia el techo. Cogió luego la vieja y aceitosa pipa de arcilla, que era para él como su consejera, y una vez encendida, se recostó en la silla, lanzando de sí en espirales las guirnaldas de una nube espesa de humo azul, con una expresión de languidez infinita en su cara.

—Esta moza constituye un estudio muy interesante —comentó—. Ella me ha resultado más interesante que su pequeño problema, el que, dicho sea de paso, es bastante trillado.



Si usted consulta mi índice, hallará casos paralelos: en Andover, el año setenta y siete, y algo que se le parece ocurrió también en La Haya el año pasado. Sin embargo, por vieja que sea la idea, contiene uno o dos detalles que me han resultado nuevos. Pero la persona de la moza fue sumamente aleccionadora.

—Me pareció que observaba usted en ella muchas cosas que eran completamente invisibles para mí —le hice notar.

—Invisibles, no, Watson, sino inobservadas. Usted no supo dónde mirar, y por eso se le pasó por alto lo importante. No consigo convencerle de la importancia de las mangas, de lo sugerentes que son las uñas de los pulgares, de los problemas cuya solución depende de un cordón de los zapatos. Veamos: ¿qué dedujo usted del aspecto exterior de esa mujer? Describámelo.

—Llevaba un sombrero de paja, de alas anchas y de color pizarra, con una pluma de color rojo ladrillo. Su chaqueta era negra, adornada con abalorios negros con una orla de pequeñas cuentas de azabache. El vestido era color castaño, algo más oscuro que el café, con una pequeña tira de felpa púrpura en el cuello y en las mangas. Sus guantes tiraban a grises, completamente desgastados en el dedo índice de la mano derecha. No me fijé en sus botas. Ella es pequeña, redonda, con aretes de oro en las orejas y un aspecto general de persona que vive bastante bien, pero de una manera vulgar, cómoda y sin preocupaciones.

Sherlock Holmes palmeó suavemente con ambas manos y se rió por lo bajo.

—Por vida mía, Watson, que está usted haciendo progresos. Lo ha hecho usted pero que muy bien. Es cierto que se le ha pasado por alto todo cuanto tenía importancia, pero ha dado usted con el método y posee una visión rápida del color. Nunca se confíe a impresiones generales, amigo, concéntrese en los detalles. Lo primero que yo miro son las mangas de una mujer. En el hombre tiene quizá mayor importancia la rodillera del pantalón. Según ha podido usted advertir, esta mujer lucía felpa en las mangas y la felpa es un material muy útil para descubrir rastros. La doble línea, un poco más arriba de la muñeca, en el sitio donde la mecanógrafa hace presión contra la mesa, estaba perfectamente marcada. Las máquinas de coser movidas a mano dejan una señal similar, pero sólo sobre el brazo izquierdo y en la parte más delgada del dedo pulgar, en vez de marcarla cruzando la parte más ancha, como la tenía ésta. Luego miré a su cara, y descubrí en am-

bos lados de su nariz la señal de unas gafas de pinza, todo lo cual me permitió aventurar mi observación sobre la cortedad de vista y la escritura, lo que pareció sorprender a la joven.

—También me sorprendió a mí.

—Sin embargo, era cosa que estaba a la vista. Me sorprendió mucho, después de eso, y me interesó, al mirar hacia abajo, el observar que, a pesar de que las botas que llevaba no eran de distinto número, sí que eran desparejadas, porque una tenía la puntera con ligeros adornos, mientras que la otra era lisa. La una tenía abrochados únicamente los dos botones de abajo (eran cinco), y la otra los botones primero, tercero y quinto. Pues bien: cuando una señorita joven, correctamente vestida en todo lo demás, ha salido de su casa con las botas desparejadas y a medio abrochar, no significa gran cosa el deducir que salió con mucha precipitación.

—¿Y qué más?

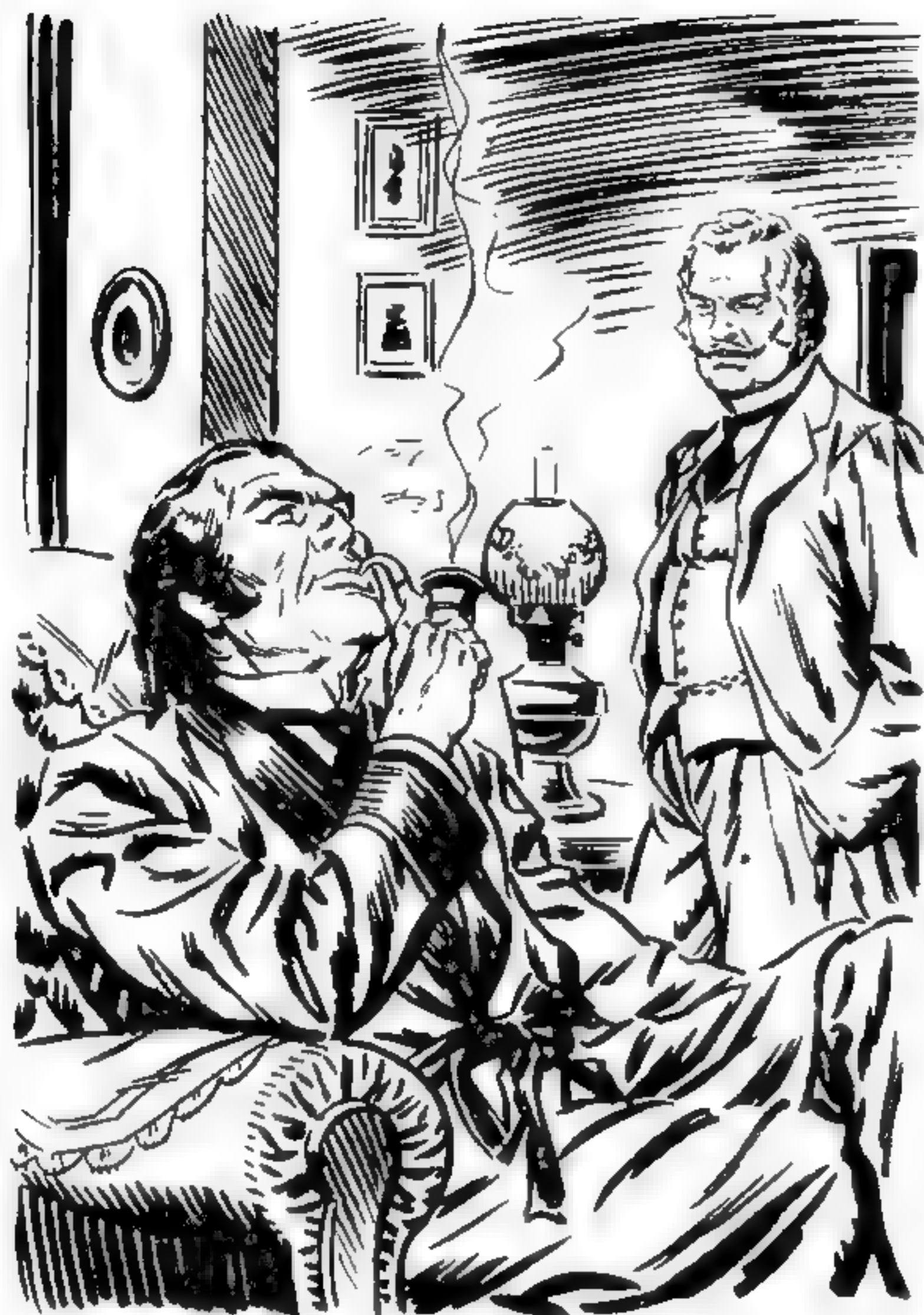
Le pregunté vivamente interesado, como siempre me ocurría con los incisivos razonamientos de mi amigo.

—Advertí, de pasada, que había escrito una carta antes de salir de casa, pero cuando estaba ya completamente vestida. Usted se fijó en que el dedo índice de la mano derecha de su guante estaba roto, pero no se fijó, por lo visto, en que tanto el guante como el dedo estaban manchados de tinta violeta. Había escrito con mucha prisa, y había metido demasiado la pluma en el tintero. Eso debió de ocurrir esta mañana, pues de lo contrario la mancha de tinta no estaría fresca en el dedo. Todo esto resulta divertido, aunque sea elemental, Watson; pero es preciso que vuelva al asunto. ¿Tiene usted inconveniente en leerme la descripción del señor Hosmer Angel que se da en el anuncio?

Hice de manera que le diese la luz al pequeño anuncio impreso, que decía:

«Desaparecido la mañana del día 14 un caballero llamado Hosmer Angel. Estatura, unos cinco pies y siete pulgadas; de fuerte complexión, cutis cetrino, pelo negro, una pequeña calva en el centro, hirsuto, con largas patillas y bigote; usa gafas con cristales de color y habla con alguna dificultad. La última vez que se le vio vestía levita negra con solapas de seda, chaleco negro, albertina de oro y pantalón gris de paño Harris, con botines oscuros sobre botas de elástico. Sábese que estaba empleado en una oficina de la calle Leadenhall Street. Cualquiera que proporcione, etc.»





*Sherlock Holmes permaneció silencioso con las piernas extendidas hacia adelante...*

—Con eso basta —dijo Holmes—. Por lo que hace a las cartas —dijo pasándoles la vista por encima—, son de lo más vulgar. No existe en ellas pista alguna que nos conduzca al señor Angel, salvo la de que cita una vez a Balzac. Sin embargo, hay un detalle notable, y que no dudo le sorprenderá a usted.

—Que están escritas a máquina —dije yo.

—No sólo eso, sino que incluso lo está la firma. Fíjese en la pequeña y limpia inscripción de *Hosmer Angel* que hay al pie. Tenemos, como usted ve, una fecha, pero no la dirección completa, fuera de lo de Leadenhall Street, lo cual es bastante vago. Este detalle de la firma es muy sugeridor; a decir verdad, pudiéramos calificarlo de probatorio.

—¿Y qué prueba?

—¿Es posible, querido compañero, que no advierta usted la marcada dirección que da a este caso?

—Mentiría si dijese que la veo, como no sea la de que lo hacía para poder negar su firma en el caso de que fuera demandado por ruptura de compromiso matrimonial.

—No, no se trata de eso. Sin embargo,

voy a escribir dos cartas que nos sacarán de dudas a ese respecto. La una para cierta firma comercial de la City y la otra al padrastro de esa señorita, el señor Windibank, en la que le pediré que venga a vernos aquí mañana a las seis de la tarde. Es igual que tratemos del caso con los parientes varones. Y ahora, doctor, nada podemos hacer hasta que nos lleguen las contestaciones a estas dos cartas, de modo que podemos dejar el asunto en el estante mientras tanto.

Tantas razones tenía yo por entonces de creer en la sutil capacidad de razonamiento de mi amigo, y en su extraordinaria energía para la acción, que experimenté el convencimiento de que debía de tener alguna base sólida para tratar de manera tan segura y desenvuelta el extraño misterio cuyo sondeo le habían encomendado. Tan sólo en una ocasión le había visto fracasar, a saber: en la de la fotografía de Irene Adler y del rey de Bohemia; pero al repasar en mi memoria el tan misterioso asunto del *Signo de los Cuatro* y las circunstancias extraordinarias que rodearon al *Estudio en escarlata*, tuve el convencimiento de que tendría que ser muy enrevesada la maraña que él no fuese capaz de desenredar.

Me marché y lo dejé dando bocanadas a su pipa de arcilla, convencido de que, cuando yo volviese por allí al día siguiente por la tarde, me encontraría con que Holmes tenía en sus manos todas las pistas que le conducirían a la identificación del desaparecido novio de la señorita Mary Sutherland.

Ocupaba por aquel entonces toda mi atención un caso profesional de extrema gravedad, y estuve durante todo el día siguiente atareado junto al lecho del enfermo. No quedé libre hasta que ya iban a dar las seis, y entonces salté a un coche Hansom y me hice llevar a Baker Street, medio asustado ante la posibilidad de llegar demasiado tarde para asistir al *dénouement* del pequeño misterio. Sin embargo, me encontré a Sherlock Holmes sin compañía, medio dormido y con su cuerpo largo y delgado hecho un ovillo en las profundidades de su sillón. Un formidable despliegue de botellas y tubos de ensayo, y el inconfundible y acre olor del ácido hidrocórico, me dijeron que se había pasado el día dedicado a las manipulaciones químicas a que era tan aficionado.

—Qué, ¿lo resolvió usted? —le pregunté al entrar.

—Sí. Era el bisulfato de barita.

—¡No, no! ¡El misterio! —le grité.

—¡Oh, eso! Creí que se refería a la sal



que había estado manipulando. Como le dije ayer, en este asunto no hubo nunca misterio alguno, aunque sí algunos detalles de interés. El único inconveniente con que nos encontramos es el de que, según parece, no existe ley alguna que permita castigar al granuja este.

—¿Y quién era el granuja, y qué se propuso con abandonar a la señorita Sutherland?

No había apenas salido de mi boca la pregunta, y aún no había abierto Holmes los labios para contestar, cuando oímos fuertes pisadas en el pasillo y unos golpecitos a la puerta.

—Ahí tenemos al padrastro de la joven, el señor Windibank —dijo Holmes—. Me escribió diciéndome que estaría aquí a las seis... ¡Adelante!

El hombre que entró era corpulento y de estatura mediana, de unos treinta años de edad, completamente rasurado, de cutis cetrino, de maneras melosas e insinuantes y con un par de ojos asombrosamente agudos y penetrantes. Disparó hacia cada uno de nosotros dos una mirada interrogadora, puso su brillante sombrero de copa encima del armario, y después de una leve inclinación de cabeza, se sentó en la silla que tenía más cerca, a su lado mismo.

—Buenas tardes, señor James Windibank —le dijo Holmes—. Creo que es usted quien me ha enviado esta carta escrita a máquina, citándome conmigo a las seis, ¿no es cierto?

—En efecto, señor. Me temo que he llegado con un pequeño retraso, pero tenga en cuenta que no puedo disponer de mi persona libremente. Siento que la señorita Sutherland le haya molestado a usted a propósito de esta minucia, porque creo que es mucho mejor no sacar a pública colada estos trapos sucios. Vino muy contra de mi voluntad, pero es una joven muy excitable e impulsiva, como habrá usted podido darse cuenta, y no es fácil frenarla cuando ha tomado una resolución. Claro está que no me importa tanto tratándose de usted, que no tiene nada que ver con la policía oficial, pero no resulta agradable el que se airee fuera de casa un pequeño contratiempo familiar como éste. Además, se trata de un gasto inútil, porque, ¿cómo va usted a encontrar a este Hosmer Angel?

—Por el contrario —dijo tranquilamente Holmes—, tengo toda clase de razones para creer que lograré encontrar a ese señor.

El señor Windibank experimentó un violento sobresalto, y dejó caer sus guantes, diciendo:

—Me encanta oír decir eso.

—Resulta curioso —comentó Holmes— el

que las máquinas de escribir den a la escritura tanta individualidad como cuando se escribe a mano. No hay dos máquinas de escribir iguales, salvo cuando son completamente nuevas. Hay unas letras que se desgastan más que otras, y algunas de ellas golpean sólo con un lado. Pues bien: señor Windibank, fíjese en que se da el caso en esta carta suya de que todas las letras *e* son algo borrosas y que en el ganchito de la letra *erre* hay un ligero defecto. Tiene su carta otras catorce características, pero estas dos son las más evidentes.

—Escribimos toda nuestra correspondencia en la oficina con esta máquina, y por eso sin duda está algo gastada —contestó nuestro visitante, clavando la mirada de sus ojillos brillantes en Holmes.

—Y ahora, señor Windibank, voy a mostrarle algo que constituye verdaderamente un estudio interesantísimo —continuó Holmes—. Estoy pensando en escribir cualquier día de éstos otra pequeña monografía acerca de la máquina de escribir y de sus relaciones con el crimen. Es un tema al que he consagrado alguna atención. Tengo aquí cuatro cartas que según parece proceden del hombre que buscamos. Todas ellas están escritas a máquina, y en todas ellas se observa no solamente que las *es* son borrosas y las *erres* sin ganchito, sino que tienen también, si uno se sirve de las lentes de aumento, las otras catorce características a las que me he referido.

El señor Windibank saltó de su asiento y echó mano a su sombrero, diciendo:

—Señor Holmes, yo no puedo perder el tiempo escuchando esta clase de charlas fantásticas. Si usted puede apoderarse de ese hombre, hágalo, y avíseme después.

—Desde luego —dijo Holmes, cruzando la habitación y haciendo girar la llave de la puerta—. Por eso le notifico ahora que lo he atrapado.

—¿Cómo! ¿Dónde? —gritó el señor Windibank, y hasta sus labios palidecieron mientras miraba a todas partes igual que rata cogida en la trampa.

—Es inútil todo lo que haga, es verdaderamente inútil —le dijo con voz suave Holmes—. Señor Windibank, la cosa no tiene vuelta de hoja. Es demasiado transparente, y no me hizo usted ningún elogio cuando dijo que me sería imposible resolver un problema tan sencillo. Bien, siéntese, y hablemos.

Nuestro visitante se desplomó en una silla con rostro lívido y un brillo de sudor por toda su frente, balbuciendo:

—No cae dentro de la ley.

—Mucho me lo temo; pero, entre noso-



tros, Windibank, ha sido una artimaña cruel, egoísta y despiadada, que usted llevó a cabo de un modo tan ruin como yo jamás he conocido. Y ahora, permítame tan sólo repasar el curso de los hechos, y contradígame si en algo me equivoco.

Nuestro hombre estaba encogido en su asiento, con la cabeza caída sobre el pecho, como una persona que ha sido totalmente aplastada. Holmes colocó sus pies en alto, apoyándolos en la repisa de la chimenea, y echándose hacia atrás en su sillón, con las manos en los bolsillos, comenzó a hablar, en apariencia para sí mismo más bien que para nosotros, y dijo:

—El hombre en cuestión se casó con una mujer mucho más vieja que él: lo hizo por su dinero y, además, disfrutaba del dinero de la hija mientras ésta vivía con ellos. Esta última cantidad era de importancia para gentes de su posición, y el perderla habría equivocado a una diferencia notable. Valía la pena de realizar un esfuerzo para conservarla. La hija era de carácter bondadoso y amable; cariñosa y sensible en sus maneras; resultaba, pues, evidente que con sus buenas dotes personales y su pequeña renta, no la dejarían permanecer soltera mucho tiempo. Ahora bien: y como es natural, su matrimonio equivalía a perder cien libras anuales, ¿y qué hizo entonces para impedirlo el padrastro? Adoptó la norma fácil de mantenerla dentro de casa, prohibiéndole el trato con otras personas de su misma edad. Pero pronto comprendió que semejante sistema no sería eficaz siempre. La joven se sintió desasosegada y reclamó sus derechos, terminando por anunciar su propósito terminante de concurrir a determinado baile. ¿Qué hace entonces su hábil padrastro? Concibe un plan que hace más honor a su cabeza que a su corazón. Se disfrazó con la complicidad y ayuda de su esposa; se cubrió sus ojos de aguda mirada con cristales de color, enmascaró su rostro con un bigote y un par de hirsutas patillas, rebajó el timbre claro de su voz hasta convertirlo en cuchicheo insinuante, y doblemente seguro porque la muchacha era corta de vista, se presentó bajo el nombre de señor Hosmer Angel y alejó a los demás pretendientes, haciéndole el amor él mismo.

—Al principio fue sólo una broma —gimió nuestro visitante—. Jamás pensamos que ella se dejase llevar tan adelante.

—Es muy probable que no. Fuese como fuese, la muchacha se enamoró por completo, y estando como estaba convencida de que su padrastro se hallaba en Francia, ni por un

solo momento se le pasó por la imaginación la sospecha de que fuese víctima de una traición. Las atenciones que con ella tenía el caballero la halagaron, y la admiración, ruidosamente manifiesta por su madre, contribuyó a que su impresión fuese mayor. Acto seguido, el señor Angel da comienzo a sus visitas, siendo evidente que si había de conseguirse un auténtico efecto, era preciso llevar la cosa todo lo lejos que fuese posible. Hubo entrevistas y un compromiso matrimonial, que evitaba que la joven enderezase sus afectos hacia ninguna otra persona. Sin embargo, no era posible mantener el engaño para siempre. Los supuestos viajes a Francia resultaban bastante embarazosos. Se imponía claramente la necesidad de llevar el negocio a término de una manera tan dramática que dejase una impresión permanente en el alma de la joven, y que la impidiese durante algún tiempo poner los ojos en otro pretendiente. Por eso se le exigieron aquellos juramentos de fidelidad con la mano puesta en los *Evangelios*, y por eso también las alusiones a la posibilidad de que ocurriese algo la mañana misma de la boda. James Windibank quería que la señorita Sutherland se ligase a Hosmer Angel de tal manera que permaneciese en una incertidumbre tal acerca de su paradero, que durante los próximos diez años al menos no prestase oídos a otro hombre. La condujo hasta la puerta de la iglesia, y entonces, como ya no podía llevar las cosas más adelante, desapareció oportunamente, recurriendo al viejo truco de entrar en el coche de cuatro ruedas por una portezuela y salir por otra. Así es, señor Windibank, como se encadenaron los hechos, según yo creo.

Mientras Holmes estuvo hablando, nuestro visitante había recobrado en parte su aplomo, y al oír esas palabras se levantó de la silla y dijo con frío gesto de burla en su pálido rostro:

—Quizá, señor Holmes, todo haya ocurrido de esa manera, y quizá no; pero si usted es tan agudo, debería serlo lo bastante para saber que es usted quien está faltando ahora a la ley, y no yo. Desde el principio, yo no hice nada punible, pero mientras usted siga teniendo cerrada esa puerta, incurre en una acusación por asalto y coacción ilegal.

—En efecto, dice usted bien; la ley no puede castigar —dijo Holmes, haciendo girar la llave y abriendo la puerta de par en par—. Sin embargo, nadie mereció jamás un castigo más que usted. Si la joven tuviera un hermano o un amigo, él debería cruzarle las espaldas a latigazos. ¡Por Júpiter! —prosiguió,





*Holmes dio dos pasos rápidos hacia el látigo...*

acalorándose al ver la expresión de mofa en la cara de aquel hombre—. Esto no entra en mis obligaciones para con mi cliente, pero tengo a mano un látigo de cazador, y me está pareciendo que voy a darme el gustazo de...

Holmes dio dos pasos rápidos hacia el látigo, pero antes que pudiera echarle mano, resonó en la escalera el ruido de unos pasos desatinados, se cerró con un golpe estrepitoso la pesada puerta del vestíbulo y nosotros pudimos ver por la ventana al señor James Windibank que corría calle adelante a todo lo que daban sus piernas.

—¡Ahí va un hombre que hace sus canalladas a sangre fría! —exclamó Holmes riéndose, al mismo tiempo que se dejaba caer otra vez en su sillón—. El individuo ese irá subiendo de categoría en sus crímenes y terminará realizando alguno muy grave, que lo llevará a la horca. Desde algunos puntos de vista, no ha estado el caso actual desprovisto por completo de interés.

—Todavía no veo totalmente las etapas de su razonamiento —le hice notar yo.

—Pues verá usted, era evidente desde el principio que este señor Hosmer Angel había de tener alguna finalidad importante para su extraña conducta, y también lo era que la única persona que de verdad salía ganando con el incidente, hasta donde yo podía ver, era su padrastro. También resultaba elocuente el que nunca coincidiesen los dos hombres, sino que el uno se presentaba siempre cuando el otro se hallaba ausente. También teníamos los detalles de los cristales de color y lo raro de la manera de hablar, cosas ambas que apuntaban hacia un disfraz, lo mismo que las hirsutas patillas. Mis sospechas se vieron confirmadas por el detalle característico de escribir la firma a máquina, porque se deducía de ello que la letra suya le era familiar a la joven, y que ésta la identificaría por poco que él escribiese a mano. Comprenda usted que todos estos hechos aislados, unidos a otros mucho más secundarios, coincidían en apuntar en la misma dirección.

—¿Y cómo se las arregló usted para comprobarlos?

—Una vez localizado mi hombre, resultaba fácil conseguir la confirmación. Yo sabía con qué casa comercial trabajaba este hombre. Examinando la descripción impresa, eliminé todo aquello que podía ser consecuencia de un disfraz; las patillas, los cristales, la voz y la envié a la casa en cuestión, pidiéndoles que me comunicasen si correspondían a la descripción de alguno de sus viajantes. Me había fijado ya en las características de la máquina de escribir y envié una carta a nuestro hombre, dirigida a su lugar de trabajo, preguntándole si podría presentarse aquí. Su respuesta, tal y como yo había esperado, estaba escrita a máquina, y en ella se advertían los mismos defectos triviales, pero característicos, de la máquina. Por el mismo correo me llegó una carta de Westhouse & Marbank de Fenchurch Street, comunicándome que la descripción correspondía en todos sus detalles a la de su empleado James Windibank. *Voilà tout!*

—¿Y la señorita Sutherland?

—Si yo se lo cuento a ella no me creerá. Recuerde usted el viejo proverbio persa: «Es peligroso quitar su cachorro a un tigre, y también es peligroso arrebatar a una mujer una ilusión.» Hay en Hafiz tanto buen sentido como en Horacio, e igual conocimiento del mundo.



# EL MISTERIO DEL VALLE DE BOSCOMBE

Estábamos mi esposa y yo desayunando una mañana, cuando la doncella entró con un telegrama. Era de Sherlock Holmes, y decía:

«¿Puede usted disponer de un par de días? Acaban de telegrafiarne desde el oeste de Inglaterra en relación con la tragedia del valle de Boscombe. Me alegraría de que usted me acompañase. Aires y panoramas estupendos. Salgo de Paddington en el tren de las 11.15.»

—¿Qué me dices, cariño? —me preguntó mi esposa, mirándome por encima de la mesa—. ¿Irás?

—La verdad es que no sé qué decir. Mi lista de clientes es ya bastante larga.

—Bueno, Anstruther los atendería por ti. Te has puesto algo pálido en estos últimos tiempos. Creo que el cambio te beneficiará, y además, siempre te interesan muchísimo los casos del señor Sherlock Holmes.

—Demostraría desagrado si no me interesasen, en vista de lo que yo gané a consecuencia de uno de ellos —le contesté—. Pero si quiero ir es preciso que haga la maleta inmediatamente, pues sólo falta media hora.

De mis experiencias de la vida de campamento en el Afganistán había sacado, por lo menos, el convertirme en un viajero siempre rápido y dispuesto. Mis necesidades eran pocas y sencillas, de modo que en menos tiempo que el indicado estaba ya dentro de un coche de alquiler con mi maleta, rodando camino de la estación de Paddington. Sherlock Holmes se paseaba de un lado para otro por el andén, y su figura alta y enjuta parecía todavía más por el efecto de su larga capa gris de viaje y de su gorra de paño ajustada.

—Ha sido usted verdaderamente bondadoso viniendo, Watson —me dijo—. Para mí supone notable diferencia el tener de compañero a un hombre en el que puedo confiar plenamente. La ayuda de personas del lugar mismo suele ser o inútil o influida en un sentido determinado. Instálese usted y reserve los dos asientos rinconeros, que yo sacaré mientras tanto los billetes.

Pudimos disponer de todo el compartimento para nosotros solos y para un montón

enorme de periódicos que Holmes había traído. Fue explorándolos uno tras otro y leyéndolos, con intervalos dedicados a tomar notas y a meditar, hasta que dejamos atrás Reading. De pronto hizo con todos ellos una pelota gigantesca y los tiró a lo alto de la rejilla de los equipajes.

—¿Oyó usted hablar del caso? —me preguntó.

—Ni una sola palabra. Llevo varios días sin leer un periódico.

—La Prensa londinense no ha traído relatos muy completos. Acabo de revisar todos los periódicos recientes a fin de familiarizarse con los detalles. De lo leído deduzco que parece tratarse de uno de esos casos sencillos que resultan extraordinariamente difíciles.

—Eso suena un poco a paradoja.

—Pero es una profunda verdad. Lo que se sale de lo corriente constituye de una manera invariable una pista. Cuanto más vulgar y de menor relieve es el crimen, tanto más difícil resulta su solución. Sin embargo, en el caso actual parece que alegan pruebas muy serias para acusar al hijo de la persona asesinada.

—¿Se trata, pues, de un asesinato?

—Se conjetura al menos eso. Yo no acepto nada como seguro hasta que haya tenido ocasión de investigar personalmente el asunto. Voy a explicarle a usted en pocas palabras la situación actual, según yo he podido hacerme una idea. El valle de Boscombe es una región campesina no muy alejada de Ross, en el Herefordshire. El mayor propietario de tierras que hay por allí es un tal señor John Turner, que hizo su dinero en Australia y regresó a su país de origen hace algunos años. Una de la granjas que poseía, la de Hatherley, la tenía arrendada al señor Charles McCarty, que era también un veterano de Australia. Los dos hombres se habían conocido en las colinas, de modo que no resultaba extraño el que al establecerse aquí lo hiciesen lo más cerca posible el uno del otro. Por lo visto, Turner era el más rico de los dos, y por eso fue que McCarty se convirtió en arrendatario suyo; sin embargo, parece que ambos siguieron en pie de perfecta igualdad, viéndoseles juntos con mucha frecuen-



cia. McCarty tenía un hijo, mozo de dieciocho años, y Turner, una hija de la misma edad, pero ni al uno ni al otro les vivía la mujer. A lo que parece, esquivaban el trato de las familias inglesas de aquellos alrededores, y llevaban ambos una vida retirada, aunque los dos McCarty eran aficionados al deporte, viéndoseles con frecuencia en las carreras de caballos de la región. McCarty tenía dos criados: hombre, el uno, y la otra, una muchacha. Turner mantenía una servidumbre numerosa, de media docena de personas por lo menos. Esto es todo lo que yo he podido averiguar acerca de las familias. Pasemos ahora a los hechos. El día tres de junio, es decir, el pasado lunes, salió McCarty de su casa de Hatherley a eso de las tres de la tarde, y marchó paseando hacia la laguna de Boscombe, pequeño depósito que se forma al rebasar su cauce el arroyo que cruza el valle de Boscombe. McCarty había estado aquella mañana con su criado Ross, y había dicho a éste que tenía que darse prisa, porque se hallaba citado a las tres para un asunto de importancia. De esa cita no regresó vivo. Desde la granja de Hatherley hasta la laguna de Boscombe hay cosa de un cuarto de milla, y son dos las personas que lo vieron cruzar por ese terreno. Una de esas personas es una anciana, cuyo nombre no se ha dado, y la otra es William Crowder, un guarda de caza que está al servicio del señor Turner. Ambos testigos han declarado que el señor McCarty caminaba solo. El guarda de caza agrega que pocos minutos después de pasar el señor McCarty había visto al hijo de éste, señor James McCarty, que marchaba en la misma dirección con una escopeta bajo el brazo. En su opinión, el padre estaba al alcance de la vista todavía, y el hijo le iba siguiendo. No volvió a pensar en el asunto hasta que al atardecer oyó contar la tragedia que había ocurrido. Todavía hubo quien vio a los dos McCarty después que el guarda de caza, William Crowder, los perdió de vista. La laguna de Boscombe se halla rodeada de bosques espesos, con una orla de hierba y de cañaverales que bordea el agua. Patience Moran, muchacha de catorce años, hija del guarda del pabellón de la finca del valle de Boscombe, se hallaba en uno de esos bosques cogiendo flores. Asegura haber visto, cuando ella andaba por allí, en la orilla del bosque y muy cerca de la laguna, al señor McCarty y a su hijo, que parecían sostener una violenta disputa. Oyó al viejo McCarty dirigir a su hijo frases muy duras, y vio a éste alzar la mano como si fuese a golpear a su padre. De



*...marchaba en la misma dirección...*

tal manera se asustó por las actitudes violentas de aquellos dos hombres, que huyó, y, al llegar a su casa, le contó a su madre que allá quedaban los dos McCarty, disputando cerca de la laguna de Boscombe, y que temía que acabasen peleando. Apenas la muchacha había dicho estas palabras, cuando el joven McCarty llegó corriendo al pabellón y anunció que había encontrado a su padre muerto en el bosque, y pidió ayuda al guarda del pabellón. Venía muy agitado, sin su escopeta ni su sombrero, y vieron que traía la mano y la manga derechas manchadas de sangre fresca. Fueron con él y hallaron el cadáver del padre del muchacho tendido sobre la hierba, cerca de la laguna. La cabeza tenía golpes profundos producidos con algún arma pesada y sin filo. Eran heridas que podían haber sido causadas perfectamente con la culata de la escopeta del hijo, y ésta fue encontrada sobre la hierba, a pocos pasos de distancia del cadáver. Dadas todas estas circunstancias, se procedió inmediatamente a detener al joven, y como en la investigación que se realizó el martes se dio un veredicto de *asesinato voluntario*, le hicieron comparecer el miérco-



les ante los magistrados de Ross, y éstos inscribieron la causa para que sea vista en la próxima sesión de los tribunales. Tales son los hechos más importantes, tal como fueron expuestos ante el juez de investigación y en el tribunal correccional.

—Difícilmente podría imaginarme yo un caso peor —fue mi comentario—. Nunca como en esta ocasión las pruebas circunstanciales apuntan todas hacia un criminal.

—Las pruebas circunstanciales son muy engañosas —contestó Holmes pensativo—. Quizá parezca en ocasiones que apuntan en línea recta hacia una cosa; pero si buscamos un punto de mira algo más alto, nos encontramos con que apuntan también, con igual inflexibilidad, hacia algo completamente distinto. Sin embargo, preciso es confesar que el asunto se presenta muy grave para el joven, y que es muy posible que, en efecto, sea culpable. Pero hay por aquellos alrededores algunas personas, y entre ellas la señorita Turner, hija del terrateniente convecino del muchacho, que creen en la inocencia de éste, y que han contratado a Lestrade para que investigue el caso en su interés. Ya recordará usted a Lestrade, el que actuó en el *Estudio en escarlata*. Ahora bien: al encontrarse sin poder resolver el rompecabezas, Lestrade quiere que me encargue del caso, y ahí tiene usted la razón de que dos caballeros de edad mediana vuelen en este momento en dirección al Oeste a cincuenta millas por hora, en lugar de hallarse en sus casas haciendo tranquilamente la digestión de sus desayunos.

—Me temo —le dije— que la evidencia de los hechos haga que no redunde este caso en gran honor para usted.

—Nada más engañoso que un hecho evidente —me contestó riendo—. Además, es posible que tropecemos con algunos hechos evidentes que no lo hayan sido, ni mucho menos, para el señor Lestrade. Me conoce usted demasiado bien para creer que es jactancia mía el decir que yo confirmaré o destruiré su teoría valiéndome de medios que él es incapaz en absoluto de emplear y hasta de comprender. Para valerme del primer ejemplo que tengo a mano, yo veo con toda claridad que la ventana del dormitorio de su casa está al lado derecho, y me pregunto si el señor Lestrade habría sido capaz de fijarse en un hecho tan evidente por sí mismo como este que le cito.

—Pero ¡cómo es posible, por vida mía, que...!

—Mi querido compañero, yo lo conozco bien a usted. Sé la pulcritud militar que le

caracteriza. Usted se afeita todas las mañanas, y en esta época del año se afeita a la luz del día, pero como estoy viendo que su afeitado es cada vez más imperfecto, a medida que retrocedemos, en su mejilla izquierda, hasta hacerse positivamente descuidado al llegar al ángulo de la mandíbula, está clarísimo, sin duda posible, que esa mejilla recibía menos luz que la otra. No puedo concebir que un hombre de sus costumbres quedase satisfecho con semejante resultado si se hubiese afeitado dándole la luz por igual en ambas mejillas. Traigo esto a colación como un ejemplo trivial de observación y de deducción. En eso consiste mi *métier*, y es muy posible que pueda serme de cierta utilidad en la investigación que tenemos por delante. En el sumario judicial han salido a la luz uno o dos puntos secundarios que vale la pena estudiar.

—¿Y cuáles son?

—Resulta que al muchacho no se le detuvo en el acto, sino que el arresto tuvo lugar después de su regreso a la granja Hatherley. Cuando el oficial de policía le comunicó que estaba preso, observó que el joven no mostraba sorpresa, diciendo que no era sino lo que él se merecía. Este comentario del joven hizo, como es natural, que desapareciesen toda clase de dudas que pudieran tener aún los miembros del jurado del juez que instruye el sumario.

—Eso fue una confesión —no pude menos de exclamar.

—No, porque a ello siguió una protesta de su inocencia.

—Fue, por lo menos, una observación por demás sospechosa, al venir como coronamiento de una serie de sucesos tan condenatorios.

—Todo lo contrario —dijo Holmes—, porque ésta es la rendija más luminosa que descubro por el momento entre los nubarrones. Por inocente que él se sintiese, no es posible que su imbecilidad llegase al colmo de no advertir que las circunstancias no podían presentarse más negras en contra suya. Si él hubiese mostrado sorpresa por su detención, o hubiese simulado indignarse con ella, su actitud me habría parecido sumamente sospechosa, porque tal sorpresa o ira no habrían sido naturales, dadas las circunstancias, aunque quizá pareciese la táctica mejor tratándose de un hombre calculador. Su manera franca de aceptar la situación lo señalaba bien como a un hombre inocente, o como un hombre de gran dominio de sí mismo y de gran firmeza. Por lo que respecta a lo de que



se lo tenía merecido, tampoco fue cosa ilógica, si consideramos que estaba junto al cadáver de su padre, ya que no existe duda de que aquel mismo día olvidó su respeto filial hasta el punto de enzarzarse de palabra con él e incluso, de acuerdo con las importantes declaraciones de la muchacha, de levantar la mano como si fuese a pegarle. Los sentimientos de reproche a sí mismo y de contrición que se descubren en sus palabras se me representan a mí como síntomas de un alma sana, más bien que de un alma culpable.

Yo moví negativamente la cabeza e hice este comentario:

—Muchos hombres han sido colgados con pruebas bastante más ligeras. —Y luego le pregunté—: ¿Y cómo explica lo ocurrido el mismo joven?

—Yo creo que su relato no es como para tranquilizar a sus defensores, aunque hay en el mismo uno o dos puntos que dan en qué pensar. Aquí podrá leerlos y descubrirlos usted mismo.

Entresacó del manojito de sus papeles un ejemplar del periódico local de Herefordshire, y después de dar vuelta a la hoja, me señaló el párrafo en el que el desdichado joven había dado su propia exposición de lo ocurrido. Me arrellané en el ángulo del coche y lo leí con gran cuidado. Decía así:

«Compareció luego el señor James McCarty, hijo del muerto, y declaró lo siguiente: “Falté de casa tres días que pasé en Bristol, y acababa de regresar la mañana del pasado lunes, día 3. Cuando llegué a casa, mi padre se hallaba ausente y la doncella me informó de que había marchado a Ross, en coche, con John Cobb, el caballerizo. Al poco rato de mi regreso oí el ruido de las ruedas del vehículo en la explanada, miré por la ventana y le vi apear y alejarse rápidamente de aquélla, sin que yo supiese en qué dirección iba. Entonces cogí mi escopeta y me fui paseando hacia la laguna de Boscombe, con el propósito de acercarme hasta las madrigueras de conejos que hay al otro lado. Durante mi caminata vi a William Crowder, el guarda de caza, tal y como él ha dicho en su declaración. Pero él está equivocado en lo de pensar que yo iba siguiendo a mi padre. No tenía la menor idea de que él marchaba delante de mí. Cuando me hallaba a un centenar de yardas de la laguna oí el grito de ‘¡cuii’, que mi padre y yo empleábamos corrientemente como llamada entre nosotros. Al oírlo me apresuré a avanzar y encontré a mi padre junto a la laguna. Pareció sorpren-

derse mucho al verme y me preguntó con bastante aspereza qué hacía yo allí. Nos enzarzamos en una conversación que acabó con palabras fuertes y llegó casi a los golpes, porque mi padre era hombre de carácter muy violento. Al ver que su ira se hacía irrefrenable lo dejé, y me puse en camino de la granja Hatherley. No habría dado, sin embargo, más de cincuenta pasos cuando oí a mi espalda un grito espantoso, que me obligó a retroceder corriendo. Hallé a mi padre agonizando en el suelo, con terribles heridas en la cabeza. Dejé mi escopeta y le sostuve por los brazos, pero expiró casi en el acto. Me arrojé a su lado por espacio de varios minutos y luego me encaminé en busca del guarda del pabellón del señor Turner, porque era la casa más próxima, con el propósito de pedir ayuda. Cuando regresé no vi a nadie cerca de mi padre, y no puedo imaginarme de qué manera le produjeron las heridas. No era persona que gozara de simpatías, porque sus maneras eran frías y reservadas; pero, que yo sepa, no tenía enemigos declarados. Nada más sé del asunto.”

»El juez instructor: ¿No le hizo su padre alguna declaración antes de morir?

»Testigo: Masculló algunas palabras entre dientes, pero únicamente pude distinguir yo no sé qué acerca de un *rat*.

»El juez: ¿Qué creyó usted que quería decir?

»Testigo: Yo no le di sentido. Pensé que deliraba.

»El juez: ¿Cuál fue el motivo por el que usted y su padre tuvieron aquella discusión?

»Testigo: Preferiría no contestar.

»El juez: No tengo más remedio que insistir en que conteste.

»Testigo: Pues, la verdad, me es imposible decírselo. Yo le aseguro que nada tiene que ver con la tragedia lamentable que se produjo luego.

»El juez: Eso es el Tribunal quien tiene que decirlo. No necesito indicarle que su negativa a contestar perjudicará notablemente a su defensa en cualesquiera procedimientos que pudieran surgir.

»Testigo: Pues con todo eso, no tengo más remedio que negarme.

»El juez: ¿De modo que ese grito de “cuii” servía corrientemente como señal de llamada entre usted y su padre?

»Testigo: Así era.

»El juez: ¿Cómo fue entonces que su padre lo lanzase antes de verlo a usted, e incluso sin que supiese que había usted regresado de Bristol?



»Testigo (*Con gran confusión*): No lo sé.

»Un jurado: ¿Vio usted algo que despertase sus sospechas cuando volvió sobre sus pasos al oír el grito y encontrar a su padre mortalmente herido?

»Testigo: Nada concreto.

»El juez: ¿Qué quiere decir con eso?

»Testigo: Cuando salí del descampado me hallaba presa de tal agitación y tan conturbado, que no pude pensar en otra cosa que en mi padre. Sin embargo, tengo una vaga impresión de que, cuando yo me abalancé corriendo, había a mi izquierda, en el suelo, alguna cosa. Me pareció que era de color gris, una chaqueta, o quizá una manta escocesa. Cuando me levanté miré a mi alrededor buscándola, pero había desaparecido.

»—¿Quiere usted decir que había desaparecido antes de que usted saliese en busca de socorro?

»—Sí, había desaparecido.

»—¿Y no puede usted asegurar qué era?

»—No; yo sólo tuve la sensación de que allí había algo.

»—¿A qué distancia del cadáver?

»—A doce yardas, más o menos.

»—¿Y a qué distancia de la orilla del bosque?

»—A la misma, más o menos.

»—Según eso, si alguien se lo llevó, fue cuando usted se encontraba a unas doce yardas de distancia.

»—Sí, pero vuelto de espaldas.

»Con esto se dio por terminado el interrogatorio del testigo.»

—Por lo que veo —dije siguiendo mi lectura—, el juez instructor se mostró bastante severo con el joven McCarty en sus consideraciones finales. Llama la atención, y con fundamento, hacia la discrepancia que existe entre el hecho de que su padre le diese el grito de señal antes de verlo a él, en su negativa de dar detalles de la conversación que sostuvo con su padre y en el extraño relato de las palabras pronunciadas por el moribundo. Todo ello, según hace observar el juez, es muy adverso al hijo.

Holmes se rió suavemente por lo bajo. Y se tendió sobre el asiento tapizado.

—Lo mismo usted que el juez instructor se han tomado bastante trabajo —me dijo— en hacer resaltar los puntos más fuertes que hay en contra del joven. ¿No ve usted que unas veces le atribuyen excesiva imaginación y otras muy poca? Muy poca, al no ser capaz de inventar para la disputa una causa que le ganase las simpatías del jurado; excesiva,

si fue capaz de sacar de lo más hondo de su conciencia una cosa tan *outré* como la referencia del moribundo a un *rat*, y el incidente de la prenda desaparecida por sí misma. No, señor; yo abordaré el caso desde el punto de vista de que el joven ha dicho la verdad, y ya veremos adónde nos lleva esa hipótesis. Y basta: aquí tengo mi Petrarca de bolsillo, y no hablaré una palabra más relativa a ese suceso hasta que nos encontremos en el lugar mismo de la acción. Almorzaremos en Swindon, adonde llegaremos dentro de veinte minutos.

Eran cerca de las cuatro cuando, después de atravesar el hermoso valle de Strod y cruzar el ancho y resplandeciente Severn, llegamos por fin a la linda y pequeña población campesina de Ross. Nos esperaba en el andén un hombre delgado, de aspecto de hurón y de mirada furtiva y taimada. No tuve dificultad en identificarlo como Lestrade, de Scotland Yard, a pesar del guardapolvo marrón claro y las polainas de cuero que llevaba por deferencia del ambiente campesino en que actuaba. Fuimos con él en coche hasta *El Escudo de Hereford*, donde se nos había reservado ya una habitación.

—He pedido un carruaje —dijo Lestrade, mientras tomábamos una taza de té—. Conozco su carácter enérgico y sé que no estará a gusto mientras no haya examinado el sitio del crimen.

—Fue usted muy atento y con ello me halaga —contestó Holmes—. Pero todo será cuestión de lo que marque el barómetro.

Lestrade pareció sobresaltarse y dijo:

—No le acabo de comprender.

—¿Qué marca el barómetro? Veintinueve, según veo. No sopla el viento, ni hay una nube en el cielo. Traigo aquí una caja entera de cigarrillos que piden ser fumados y el sofá es muchísimo más cómodo que los de la clase abominable que suele encontrarse en los hoteles de los pueblos campestres. No creo probable que me sirva el carruaje durante la noche.

Lestrade se rió con indulgencia.

—No me cabe duda de que usted se ha formado ya sus conclusiones por la lectura de los periódicos —dijo—. Estamos ante un caso tan palpable como un bordón, y cuanto más se profundiza en él, más evidente resulta. Pero ya comprenderá usted que no puede uno negarse a la petición de una dama, sobre todo cuando ésta es tan voluntariosa. Ella había oído hablar de usted, y se empeñó en conocer su opinión, a pesar de que yo le dije una y otra vez que nada podría hacer que yo



no hubiese hecho. ¡Por vida mía que la tenemos con su coche a la puerta!

‘Apenas había acabado de hablar cuando se precipitó dentro de la habitación una de las jóvenes más encantadoras que yo he visto en mi vida: encendidos ojos, color violeta; labios entreabiertos, mejillas de color sonrosado, despreocupada de su recato natural, desaparecido ante el ímpetu de su agitación y de su preocupación, que se sobreponían a todo.

—¡Oh, señor Sherlock Holmes! —exclamó mirando tan pronto a uno como a otro de nosotros dos, hasta que, con rápida intuición femenina, fijó la mirada en mi compañero—. ¡Cuánto me alegro de que haya usted llegado! Vine en mi coche a decírselo. Estoy segura de que James no fue el autor. Lo sé, y quiero que también usted inicie sus trabajos con esa seguridad. No consienta usted dudas a este respecto. Nos hemos conocido el uno al otro desde que éramos niños pequeños, y yo sé mejor que nadie cuáles son sus defectos; pero le digo que es demasiado sentimental hasta para hacer daño a una mosca. Para quien verdaderamente conozca a James es ésta una acusación absurda.

—Señorita Turner, yo espero que lo haremos absolver —dijo Sherlock Holmes—. Puede usted confiar en que haré todo lo que pueda.

—Pero usted ha leído las declaraciones. ¿Formó ya alguna conclusión? ¿No ve en ellas alguna luz, alguna grieta? ¿No cree usted que James es inocente?

—Creo muy probable que lo sea.

—¡Ahí tiene usted! ¿Lo oye? El me da esperanzas —exclamó la joven echando atrás la cabeza y mirando con expresión desafiadora a Lestrade.

Lestrade se encogió de hombros y dijo:

—Sospecho que mi colega se ha apresurado un poco en formar sus conclusiones.

—Pero está en lo cierto. Sí, yo sé que está en lo cierto. James no fue quien lo hizo. Y por lo que respecta a la disputa que tuvo con su padre, estoy segura de que, si no quiso decir nada al juez, fue porque disputaron por mi causa.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Holmes.

—No es momento de que yo oculte nada. James y su padre tuvieron muchos desacuerdos acerca de mí. El señor McCarty tenía muchísimo interés en que nos casáramos. James y yo nos hemos querido siempre como hermano y hermana; pero es joven y ha visto todavía muy poco de la vida, y..., y..., pues

bien; él no deseaba por el momento hacer semejante cosa. De ahí las disputas, y estoy segura de que ésta de ahora fue una más.

—Y el padre de usted —preguntó Holmes—, ¿favorecía él ese matrimonio?

—No, él también era opuesto. El único que estaba en favor del mismo era el señor McCarty.

Al clavar Holmes en ella una de sus miradas penetrantes e interrogadoras, un súbito rubor cubrió el fresco rostro de la joven.

—Gracias por estos informes —dijo Holmes—. ¿Podría visitar mañana a su padre?

—Me temo que no lo permita el médico.

—¿El médico?

—Sí. ¿No se lo han dicho a usted? Mi padre no goza de buena salud desde hace muchos años, pero este suceso de ahora lo ha quebrantado por completo. Ha tenido que acostarse, y el doctor Willows asegura que está hecho una pura ruina y que tiene su sistema nervioso destrozado. El señor McCarty es el único hombre que conoció a papá en sus viejos tiempos de Victoria.

—¡Ah! ¡Estuvo en Victoria! Eso es importante.

—Sí, estuvo en las minas.

—Justamente; en las minas de oro fue donde, según tengo entendido, hizo su dinero el señor Turner.

—Así es.

—Gracias, señorita Turner. Me ha servido usted de ayuda eficaz.

—Si mañana tiene alguna noticia, comuníquemela. Irá usted, sin duda, a la cárcel para entrevistarse con James. Si lo hace, señor Holmes, dígame que yo estoy segura de que es inocente.

—Así lo haré, señorita Turner.

—Ahora tengo que marcharme a casa, porque mi papá está muy enfermo y me echa de menos cuando lo dejo solo. Adiós, y que el Señor le ayude en su empresa.

La joven salió presurosa de la habitación, tan impulsivamente como había entrado, y nosotros oímos el estrépito de las ruedas del coche alejándose calle adelante.

—Estoy avergonzado de usted, Holmes —dijo Lestrade, muy digno, al cabo de algunos minutos de silencio—. ¿Por qué levantar esperanzas que tendrá usted luego que defraudar? Yo no tengo muy tierno el corazón, pero a eso le llamo crueldad.

—Creo que estoy viendo ya mi camino para librar a James McCarty —dijo Holmes—. ¿Tiene usted autorización para visitar la cárcel?

—Sí; pero sólo sirve para usted y para mí.



—Siendo así, volveré sobre mi decisión de no salir a la calle.

—¿Tenemos tiempo todavía para tomar un tren para Hereford y visitarlo esta noche?

—De sobra.

—Pues entonces vamos a ello. Watson, me temo que le resulte muy pesado, pero sólo estaré ausente un par de horas.

Los acompañé hasta la estación y después me paseé por las calles del pequeño pueblo, regresando por último al hotel, donde me tumbé en el sofá y procuré interesarme en una novela de cubiertas amarillas. Sin embargo, el minúsculo enredo del relato era tan tenue comparado con el profundo misterio en que nos movíamos a tientas, y mi atención se desviaba de una manera tan constante desde lo imaginado a lo real, que acabé por tirarla hasta el otro lado de la habitación y me entregué por completo a recapacitar sobre los acontecimientos del día. Partiendo del supuesto de que era absolutamente cierto lo que el desdichado joven contaba, ¿qué cosa demoníaca, qué calamidad absolutamente imprevista y extraordinaria había podido ocurrir entre el momento en que él se separó de su padre y aquel otro en que, arrastrado sobre sus pasos por los gritos de aquél, salió precipitadamente desde el bosque al espacio abierto? Fue una cosa terrible y mortal. ¿Qué pudo ser? ¿No descubriría acaso algo la índole de las heridas a mis instintos médicos? Tiré de la campanilla y pedí que se me trajera el periódico semanal de aquel condado, que insertaba un relato de la investigación hecho al pie de la letra. Se afirmaba en la declaración del médico que el tercio posterior del hueso parietal izquierdo y la mitad izquierda del hueso occipital habían resultado fracturados por un tremendo golpe dado por un objeto romo. Señalé en mi propia cabeza el lugar. Era evidente que un golpe así debía haber sido dado por detrás. Hasta cierto punto, aquello redundaba en favor del acusado, porque cuando le vieron disputando con su padre, ambos estaban frente a frente. No iba, sin embargo, muy lejos ese detalle, porque bien podía ser que el hombre de más edad se hubiese vuelto de espaldas antes de que el golpe fuese descargado. Con todo eso, quizá valiese la pena llamar la atención de Holmes acerca de este punto. Venía después la característica hecha por el moribundo a algo que sonaba como *rat*. ¿Qué podía significar aquello? No podía tratarse de un delirio. No es corriente que la persona que muere por efecto de un golpe súbito delire. No; lo más probable parecía que se tratase de un intento de

explicar cómo le había ocurrido aquello. Pero ¿qué podía dar a entender? Martiricé mi cerebro para dar una posible explicación. Y teníamos luego el incidente de aquella tela gris que vio el joven McCarty. Si eso era cierto, el asesino debió perder, huyendo, alguna prenda de ropa, quizá el gabán, y tuvo la valentía de volver y llevárselo mientras el hijo estaba arrodillado y vuelto de espaldas, a pocos pasos de distancia. ¡Qué tejido de misterios y de improbabilidades era todo el asunto! No me sorprendía la opinión de Lestrade; pero era tal la fe que yo tenía en la penetración de Sherlock Holmes, que me era imposible desesperar, ya que todos los hechos nuevos parecían reforzar su convencimiento de que el joven McCarty era inocente.

Era ya tarde cuando regresó Sherlock Holmes. Vino solo, porque Lestrade se hospedaba en habitaciones amuebladas del mismo pueblo.

—El barómetro sigue muy alto —comentó mientras tomaba asiento—. Importa mucho que no llueva antes de que podamos examinar el lugar del suceso. Por otra parte, para acometer una tarea tan bonita como ésta, es preciso encontrarse en la plenitud de sus facultades y de su penetración, y yo no quiero hacerlo estando, como estoy, fatigado por un largo viaje. Me he entrevistado con el joven McCarty.

—¿Y qué sacó usted de él?

—Nada.

—¿No pudo arrojar ninguna luz?

—Absolutamente ninguna. Hubo momentos en que me sentí inclinado a pensar que él sabía quién era el autor, pero ahora estoy convencido de que él está tan a oscuras como todos los demás. No es un muchacho de ingenio despierto; pero sí bien parecido, y me atrevería a decir que sano de corazón.

—No puedo admirar los gustos de ese muchacho —hice notar yo—, si es cierto que sentía aversión a contraer matrimonio con una damita tan encantadora como la señorita Turner.

—Ahí es precisamente donde encaja una historia bastante dolorosa. Ese muchacho está enamorado de ella con locura, con frenesí; pero hará unos dos años, siendo todavía mozalbete, y antes de conocerla efectivamente a ella, porque la joven había pasado cinco años en un internado, ¡no se le ocurrió al muy idiota dejarse atrapar en Bristol por una camarera de bar, y casarse con ella en el Registro Civil! Nadie sabe una palabra del asunto; pero ya puede usted imaginarse cómo debe de volver loco al muchacho el verse zahe-



rido por no hacer algo por lo que él sería capaz de hacerse sacar los ojos, pero que sabe que es imposible. Fue un arrebató frenético de esa clase el que le hizo alzar las manos en alto cuando su padre, en el transcurso de su última entrevista, le aguijoneó para que se declarase a la señorita Turner. Por otro lado, él no dispone de medios económicos para sostenerse, y su padre, que era hombre duro en todos los aspectos, habría sido capaz de romper del todo con él si hubiese sabido la verdad. Había pasado con esa camarera los tres últimos días que estuvo en Bristol y su padre ignoraba el paradero del hijo. Fíjese en ese detalle, porque es de importancia. Sin embargo, el mal ha traído algún bien, porque la camarera, al enterarse por los periódicos de la difícil situación en que se encuentra, y de que es probable que lo ahorquen, ha roto por completo con el muchacho, y le ha escrito diciendo que ella tiene ya un marido en los astilleros de las Bermudas, de modo que no existe entre ellos un verdadero vínculo. Creo que esta pequeña noticia ha bastado para consolar al joven McCarty de todo lo que ha sufrido.

—Pero si él es inocente, ¿quién ha cometido el crimen?

—¿Quién? Quiero llamar especialmente su atención acerca de dos puntos. El uno es que el hombre asesinado tenía una cita con alguien en la laguna, y que este alguien no pudo ser su hijo, que estaba ausente, sin que él supiera cuándo regresaría. El segundo es que al asesinado se le oyó lanzar el grito de «¡cui!» cuando aún ignoraba que hubiese regresado. Ahí tiene usted los dos puntos claves de los que depende todo el caso. Y ahora, hablemos de George Meredith (1), por favor, dejando para mañana otros puntos subalternos.

No llovió, según Holmes había previsto, y amaneció el día brillante y sin nubes. Lestrade se presentó a las nueve en coche para recogernos, y nos pusimos en camino hacia la granja Hatherley y la laguna de Boscombe.

—Hay esta mañana noticias graves —comentó Lestrade—. Se dice que el señor Turner, del Hall, se encuentra tan enfermo que se desespera de salvar su vida.

—Se trata de un señor ya de edad, ¿no es cierto? —dijo Holmes.

—De unos sesenta años; los que vivió en el extranjero echaron a perder su organismo, y lleva ya algún tiempo con su salud decaída.

(1) George Meredith, novelista y poeta inglés, contemporáneo de sir Conan Doyle.

El asunto este le ha afectado de muy mala manera. Eran viejos amigos él y McCarty, y hasta puedo agregar que Turner era un gran bienhechor de este último, pues tengo entendido que le entregó Hatherley libre de rentas.

—¿De veras? Eso es interesante —dijo Holmes.

—¡Desde luego! Le ayudó de cien maneras. Todo el mundo habla por estos alrededores de lo bueno que era con él.

—¡Vaya! ¿Y le sorprende a usted como algo raro el que este McCarty, que no tenía gran cosa que le perteneciese, según parece, y que le estaba tan obligado a Turner, hablase, a pesar de todo, de casar a su hijo con la hija de Turner, que es de suponer será la heredera de las riquezas de éste, y que hablase con absoluto aplomo, como si sólo fuese cuestión de que su hijo se le declarase, porque todo lo demás vendría por sí mismo? La cosa resulta más extraña sabiendo, como sabemos, que Turner era opuesto a semejante idea. ¿No deduce usted nada de todo esto?

—Ya estamos con las deducciones y las inferencias —dijo Lestrade, haciéndome un guiño—. Holmes, yo encuentro ya bastante difícil el luchar con los hechos sin tener que correr en persecución de teorías y fantasías.

—Tiene usted razón —dijo Holmes con hipócrita seriedad—. Encuentra usted mucha dificultad en luchar con los hechos.

—Uno, al menos, he atrapado que a usted, por lo visto, le cuesta hacerse con él —contestó Lestrade, algo acalorado.

—¿Cuál es?

—Que el señor McCarty, padre, halló la muerte a manos del señor McCarty, hijo, y que todas las teorías en contra no son sino cosas de lunáticos.

—Mire usted, siempre la luz de la luna es más brillante que la niebla —le dijo Holmes riéndose—. Pero, o mucho me equivoco, o eso que tenemos a la izquierda es la granja de Hatherley.

—Sí, en efecto.

Era una construcción extensa y de aspecto confortable, de dos pisos, tejado de pizarra y muros grises con grandes manchones amarillos. Sin embargo, las cortinas corridas y las chimeneas sin humo le daban un aspecto de agobio, como si gravitase sobre el edificio el peso de aquel hecho terrible. Llamamos a la puerta y la doncella, a petición de Holmes, nos enseñó las botas que su amo llevaba cuando murió, y también otro par de botas del hijo, aunque no las mismas que entonces tenía puestas. Una vez que las examinó con sumo cuidado desde siete u ocho puntos dis-



tintos, pidió Holmes que lo llevaran al corral, y seguimos allí el ondulante sendero que conduce hasta la laguna de Pool.

Cuando estaba lanzado por una pista fresca todavía, como era aquélla, Sherlock Holmes se transformaba. Difícilmente le habrían reconocido quienes únicamente conocían al sosegado pensador y hombre lógico de Baker Street. Su rostro se acaloraba y se ensombrecía. Contraía las cejas hasta dibujar con ellas dos líneas duras y negras, por debajo de las cuales centelleaban sus ojos con destellos acorados. Inclina la cara hacia el suelo, encorvaba los hombros, apretaba los labios y las venas de su cuello, largo y fornido, sobresalían como cuerdas de látigo. Las ventanillas de su nariz parecían dilatarse con una ansia de caza puramente animal, y su inteligencia se concentraba tan por completo en el problema que tenía delante, que cualquier pregunta y observación que se le hiciese resbalaba en sus oídos, o, a lo sumo, provocaba en respuesta un gruñido impaciente. Fue avanzando con rapidez y silenciosamente por la pista que cruza por los prados, y que, después de atravesar los bosques, llega a la laguna de Boscombe. Era aquél, lo mismo que todo el distrito, un terreno húmedo y pantanoso, y había en el mismo huellas de muchos pies, lo mismo en el sendero que entre la hierba corta de uno y otro lado de éste.

Sherlock Holmes avanzaba rápidamente unas veces, otras se paraba en seco, y en una ocasión dio incluso un pequeño *détour*, metiéndose en el prado. Lestrade y yo caminábamos detrás: el detective con expresión de indiferencia y desdén, mientras que yo contemplaba a mi amigo con el interés que brotaba de mi convencimiento de que todos y cada uno de los actos de mi amigo iban dirigidos hacia una finalidad concreta.

La laguna de Boscombe, que es una pequeña sabana de agua de unas cincuenta yardas de diámetro con una orla de cañas, se halla situada en los límites de la granja Hatherley y del parque particular del rico señor Turner. Sobresaliendo por encima de los árboles que se alineaban al lado opuesto, pudimos distinguir los rojos y enhiestos pináculos que indicaban el emplazamiento de la morada del rico terrateniente. En el lado de la laguna que corresponde a la granja Hatherley crecía el bosque muy espeso y había un estrecho cinturón de hierba empapado de agua, de una anchura de veinte pasos desde la orilla de los árboles hasta las cañas que bordeaban el lago. Lestrade nos enseñó el sitio exacto en que había sido encontrado el cadáver;



*Fue avanzando con rapidez y silenciosamente por la pista que cruza por los prados...*

a decir verdad, el suelo estaba tan húmedo que pude distinguir con claridad las huellas que el hombre atacado había hecho al caer. A juzgar por su rostro anhelante y sus ojos investigadores, Holmes leía otras muchas cosas en la hierba pisoteada. Corrió de un lado para otro, igual que un perro que está siguiendo el husmillo, y de pronto se volvió hacia mi acompañante.

—¿Para qué se metió usted en la laguna?

—Estuve pescando con un rastrillo. Pensé que pudiera haber allí algún arma o algún otro objeto indicador. Pero ¿cómo diablos...?

—¡Oh, tut, tut! No tengo tiempo. Encuentro por todas partes el pie izquierdo de usted, con su retorcimiento hacia adentro. El más topo sería capaz de distinguirlo, y allí se pierde entre las cañas. ¡Qué sencillo habría sido todo si hubiera llegado yo antes que esa manada de búfalos que ha chapoteado por todas partes! Por aquí es por donde llegó el grupo que acompañaba al guarda del pabellón, y han hecho desaparecer todas las huellas en un espacio de dos metros alrededor



del cadáver. Y aquí tenemos tres huellas independientes de los mismos pies.

Sacó su lente de aumento y para ver mejor se tumbó encima del impermeable, hablando en todo ese tiempo consigo mismo, más bien que con nosotros.

—Estas pisadas son del joven McCarty. En dos ocasiones caminó tranquilamente; pero en otra ocasión corrió tan velozmente, que marcó de manera profunda las suelas de sus botas, mientras que apenas se distinguen las de sus tacones. Esto corrobora su relato. Corrió al ver a su padre en el suelo. Y aquí tenemos las pisadas del padre cuando se paseó de un lado para otro. Y esto, ¿qué es entonces? Es la huella del extremo inferior de la culata de la escopeta del hijo cuando éste se hallaba en pie, escuchando. ¿Y esto? ¡Ajá! ¿Qué es lo que tenemos aquí? Huellas de unos pies que caminaban de puntillas. ¡De alguien calzado con botas nada corrientes, de puntera cuadrada! Avanzan en esta dirección, retroceden, vuelven a avanzar: naturalmente, en busca de la capa... ¿Y de dónde procedía el que dejó estas huellas?

Holmes avanzaba corriendo de un lado para otro, perdiendo unas veces la pista y volviendo a encontrarla; así traspasamos la orilla del bosque, hasta que nos encontramos a la sombra de un haya corpulenta, que era el árbol más frondoso del contorno. Holmes siguió su camino hasta el lado opuesto del árbol, y una vez más se tumbó boca abajo, lanzando un pequeño grito de satisfacción. Permaneció allí un buen rato, recogiendo en un sobre algo que a mí me pareció polvillo, y examinando con su lente de aumento no sólo el suelo, sino la corteza del árbol en toda la altura que pudo alcanzar. Había en el suelo, entre las hierbas, una piedra mellada, y también la examinó, guardándosela. Acto seguido avanzó a través del bosque por un sendero hasta llegar a la carretera donde las huellas desaparecían por completo.

—El caso ha resultado sumamente interesante —comentó recobrando sus maneras habituales—. Me imagino que ese edificio gris que hay a la derecha es el pabellón del guarda. Voy a entrar en él, cambiaré unas palabras con Moran, y quizá escriba una cartita. Después de lo cual podremos marchar en coche a almorzar. Caminen hasta donde está el coche, que en seguida estaré con ustedes.

Tardaríamos unos diez minutos en llegar hasta nuestro coche y éste nos condujo otra vez a Ross. Holmes llevaba consigo la piedra que había recogido en el bosque.

—Quizá le interesa esta piedra, Lestrade

—dijo mostrándola—. Con ella se cometió el asesinato.

—No veo en ella ninguna señal.

—No la hay.

—¿Cómo lo sabe entonces?

—Debajo de ella crecía aún la hierba. Sólo lo llevaba allí pocos días. No había ningún signo indicador del sitio de donde había sido arrancada. Corresponde, por su forma, a las heridas. No hay rastro de ninguna otra arma.

—¿Y el asesino?

—Es un hombre de elevada estatura, zurdo, renquea de la pierna izquierda, usa botas de caza con la suela muy gruesa y una capa gris, fuma cigarrillos indios, se sirve de una boquilla y lleva en el bolsillo un cortaplumas muy afilado. Existen algunas otras señales indicadoras, pero quizá nos baste con las anteriores para nuestra investigación.

Lestrade se echó a reír.

—No puedo menos que seguir escéptico. El teorizar está muy bien, pero nosotros tenemos que vérnoslas con un jurado británico duro de mollera.

—*Nous verrons* —respondió tranquilamente Holmes—. Aplique usted su propio método, que yo aplicaré el mío a mi trabajo. estaré ocupado durante la tarde, y es probable que regrese a Londres en el tren de la noche.

—¿Va usted a dejar el asunto en el aire?

—No, lo dejaré terminado.

—¿Y el misterio?

—Está aclarado.

—¿Quién fue entonces el asesino?

—Ese caballero que le he descrito.

—Pero ¿quién es?

—Desde luego que no es nada difícil descubrirlo. No es tan populosa esta zona.

Lestrade se encogió de hombros y dijo:

—Yo soy un hombre práctico y no puedo lanzarme por la región en busca de un caballero zurdo y cojo de una pierna. Se reirán de mí a carcajadas en Scotland Yard.

—Perfectamente —contestó tranquilamente Holmes—. Le he proporcionado a usted la oportunidad. Hemos llegado ya a su hospedaje. Adiós. Le dejaré unas líneas redactadas antes de emprender mi marcha.

Después de dejar a Lestrade en la casa donde se hospedaba, fuimos en coche a nuestro hotel, en el que encontramos servido el almuerzo. Holmes callaba, sumido en sus pensamientos y con expresión de pesar en el rostro, como alguien que se encuentra en una posición que le trae perplejo.

—Vamos, Watson —dijo, después de levantados los manteles—. Siéntese en esa silla



y déjeme que le predique un sermoncito. La verdad es que no sé qué hacer y apreciaría mucho su consejo. Encienda un cigarro y yo me iré explicando.

—Hágalo, por favor.

—Pues bien: al estudiar este caso, hubo dos detalles en el relato del joven McCarty que despertaron instantáneamente nuestra atención, la suya y la mía, con la diferencia de que a mí me previnieron en su favor, y a usted en su contra. Uno de los hechos fue que su padre diese el grito «cuii» de llamada, según el relato del joven, antes de que viese a éste. El otro, la extraña referencia del moribundo a algo que sonaba a *rat*. Masculló varias palabras, como usted sabe, pero ésa fue la única que llegó a oídos del hijo. Pues bien: nuestra investigación tiene que partir de esos dos puntos, y daremos por supuesto que el mozo dijo la pura verdad.

—¿Qué hay, pues, de ese «cuii»?

—Salta a la vista que no llamó con él a su hijo, porque éste, según creía el padre, se hallaba en Bristol. Fue pura casualidad que se encontrase al alcance de su voz. El «cuii» estaba destinado a llamar la atención de la persona con quien se había citado, fuese quien fuese. Pero ese grito de «cuii» es característicamente australiano, y se usa entre australianos. Existe una fuerte presunción de que la persona con la que McCarty esperaba encontrarse en la laguna de Boscombe era alguien que había estado en Australia.

—¿Y en qué queda entonces lo de *rat*?

Sherlock Holmes sacó del bolsillo un papel doblado y lo extendió encima de la mesa, diciendo:

—He aquí el mapa de la colonia de Victoria. Lo pedí telegráficamente a Bristol la noche pasada.

Tapó con la mano una parte del mapa y preguntó:

—¿Qué lee usted ahí?

Yo leí:

—«Arat».

—¿Y ahora? —preguntó, levantando la mano.

—«Ballarat».

—Perfectamente. Esa fue la palabra que aquel hombre pronunció, y de la que el hijo sólo captó la última sílaba. Intentó pronunciar el nombre de su asesino. Fulano de Tal, de Ballarat.

—Es asombroso —exclamé.

—Es evidente. Ya ve usted que con eso estrechaba yo el campo considerablemente. La posesión de una prenda gris de vestir era el tercer punto seguro, admitiendo que fuese

exacta la declaración del hijo. Y con eso hemos pasado de la pura vaguedad a un concepto concreto de un australiano de Ballarat que tiene una capa gris.

—Desde luego.

—Y que, además, se encuentra en el distrito como en su casa, porque a la laguna sólo se llega por la granja o por la finca, sitios en que es difícil que vaya y venga gente extraña.

—En efecto.

—Pasemos a nuestra excursión de hoy. Mediante el examen del terreno, obtuve los insignificantes detalles que comuniqué a Lestrade, acerca de la persona del criminal.

—¿Y cómo los obtuvo?

—Ya conoce usted mi método, que se funda en la observación de las cosas pequeñas.

—Ya sé que es posible calcular aproximadamente la estatura por la anchura de sus pasos. También es posible describir su calzado por las pisadas.

—Sí, las de este caso tenían determinadas características.

—Pero ¿su cojera?

—Las huellas del pie derecho eran siempre más precisas que las del izquierdo. Cargaba menos el peso sobre éste. ¿Por qué? Porque renqueaba..., porque estaba lisiado.

—¿Y lo de que era zurdo?

—A usted mismo le sorprendió la índole de la herida, tal como el médico forense la describió en la investigación. El golpe fue asestado de cerca y por detrás; pero, sin embargo, lo fue en el lado izquierdo. ¿Y cómo puede ocurrir esto, a menos que quien lo descargue fuera zurdo? Durante la entrevista del padre y el hijo, el asesino permaneció detrás del árbol. Fumó incluso en aquel sitio. Descubrí la ceniza del cigarro y yo pude dictaminar que era un cigarro indio por mis conocimientos especiales acerca de las cenizas de los diferentes tabacos. Ya está usted enterado de que llevo dedicada alguna atención a este asunto, teniendo escrita una pequeña monografía sobre las cenizas de ciento cuarenta variedades distintas de tabaco de pipa y de cigarros y cigarrillos. Después que encontré las cenizas, escudriñé alrededor y descubrí entre el musgo la colilla que él había tirado. Era un cigarro indio, de la variedad que manufacturan en Rotterdam.

—¿Y lo de la boquilla?

—Porque me bastó mirar para comprender que aquella punta no había estado en su boca. Por consiguiente, usaba boquilla. La extremidad había sido cortada, y no mordida, pero el corte no era completamente raso,



y de ello deduje que su cortaplumas tenía el filo embotado.

—Holmes —le dije—, ha tendido usted alrededor de ese hombre una red de la que no podrá escapar, y ha salvado la vida a un inocente, igual que si cortase la cuerda con que lo tenían ya colgado de la horca. Ya veo en qué dirección apunta todo esto. El culpable es...

—El señor John Turner —gritó el camarero del hotel, abriendo la puerta de nuestro cuarto de estar y dejando paso a un visitante.

El hombre que entró ofrecía un aspecto extraño e impresionante. Su paso, lento y renqueante, y sus hombros, encorvados, producían impresión de decrepitud, pero sus rasgos faciales, duros, de líneas profundas, quebradas, y sus miembros gigantescos, delataban la posesión de una energía extraordinaria de cuerpo y de carácter. Su barba enmarañada, cabellera gris y cejas prominentes, lacias, formaban un conjunto que daba a su exterior un aire de dignidad y de fuerza; pero su rostro era de una palidez cenicienta, mientras que sus labios y los ángulos de las ventanas de su nariz estaban teñidos de un matiz amoratado. Me bastó una ojeada para darme cuenta de que era presa de alguna dolencia mortal y crónica.

—Tenga la bondad de sentarse en el sofá —le dijo con amabilidad Holmes—. Recibió usted mi carta, ¿verdad?

—Sí, me la trajo el guarda del pabellón. Me decía usted en ella que deseaba verme aquí para evitar el escándalo.

—Pensé que si yo me presentaba en su casa-palacio de la finca daría lugar a habilllas de la gente.

—¿Y por qué razón deseaba usted hablar conmigo?

Miró, desde donde estaba, a mi compañero, y lo hizo con una expresión de desesperanza en los ojos, como si su pregunta estuviese ya contestada.

—Sí —dijo Holmes, contestando a la mirada más bien que a las palabras—. Así es. Sé todo lo referente a McCarty.

El anciano hundió la cabeza entre las manos, y exclamó:

—¡Que Dios me socorra! Pero yo no habría permitido que le ocurriese daño alguno a ese joven. Le doy mi palabra de que si él hubiese padecido ante el jurado y las cosas se le hubieran presentado adversas yo habría confesado.

—Me alegro de haberle oído expresarse así —dijo Holmes con acento grave.

—Y habría hablado ahora mismo de no

ser por mi hija querida. Le habría destrozado el corazón, se lo destrozará el saber que he sido detenido.

—Quizá no llegue ese caso —dijo Holmes.

—¿Qué dice!

—Yo no soy un agente oficial de la policía. Según creo, fue la hija de usted quien requirió mi presencia aquí, y yo estoy actuando en favor de los intereses de ella. Sin embargo, es preciso sacar de la cárcel al joven McCarty.

—Yo soy un moribundo —dijo el viejo Turner—. Padezco de diabetes desde hace muchos años. Según mi médico, quizás no viva ni siquiera un mes. Pero preferiría morir bajo mi propio techo y no en la cárcel.

Holmes se levantó y se sentó a la mesa con la pluma en la mano y un legajo de papel delante:

—Relátenos la verdad —dijo—. Yo iré escribiendo los hechos. Usted firmará el documento y el señor Watson, aquí presente, puede autorizarlo como testigo. De ese modo, y en último instante, podré yo exhibir su confesión para salvar al joven McCarty. Le prometo que no me serviré del documento sino en caso de extrema necesidad.

—Perfectamente —dijo el anciano—; se trata de si yo viviré o no hasta la próxima reunión de los tribunales, de modo que para mí tiene poca importancia, pero desearía ahorrar a Alicia ese dolor. Y ahora voy a explicárselo todo: la acción abarca mucho tiempo, pero no será mucho el que me lleve su relato. Usted no conoció al muerto, al tal McCarty. Era un demonio encarnado en un hombre. Se lo aseguro. ¡Dios no quiera que caiga usted jamás en las garras de otro como él! Durante los últimos veinte años me ha hecho sentir su zarpa, y me ha estropeado la vida. Empezaré por contarle cómo caí en poder suyo. El hecho ocurrió en los primeros años del sesenta y tantos, en las excavaciones mineras. Yo era entonces un mozo joven, arrebatado y temerario, dispuesto a cualquier empresa: me reuní con malos compañeros, me di a la bebida, no tuve suerte con las pertenencias mineras que solicité, me lancé al monte y, en una palabra, me convertí en lo que usted llamaría aquí un salteador de caminos. Eramos seis y llevábamos una vida libre y selvática, asaltando de cuando en cuando un rancho, o deteniendo las galeras en el camino de las excavaciones de los buscadores de oro. Yo actuaba con el nombre de Jack de Ballarat, y todavía se recuerda a nuestra cuadrilla en la colonia con el nombre de la cuadrilla Ballarat. En cierta ocasión, venía de



Ballarat a Melbourne un convoy que transportaba oro: acechamos su paso y lo atacamos. La escolta estaba compuesta por seis soldados a caballo, y nosotros éramos también seis, de manera que la cosa estaba igualada, pero a la primera descarga vaciamos cuatro monturas. Sin embargo, para cuando nos apoderamos del botín, murieron tres de nuestros muchachos. Yo apliqué la boca de mi pistola a la cabeza de este individuo, McCarty, que era el carretero de la galera. ¡Ojalá que entonces lo hubiese matado de un tiro! Pero le perdoné a pesar de que vi como clavaba sus ojillos malignos en mi cara, como para retener bien todos los rasgos. Nos alejamos con el oro, nos convertimos en hombres adinerados y nos trasladamos a Inglaterra sin despertar sospechas. Una vez aquí, me separé de mis viejos camaradas y resolví asentarme y llevar una vida tranquila y respetable. Compré esta finca, que dio la casualidad que estaba en venta, y me dediqué a llevar a cabo algunas obras buenas con mi dinero, como reparación del modo como hice el mismo. Me casé, además, y aunque mi esposa murió joven, me dejó a mi querida Alicia. Desde que era un *bebé*, su minúscula manecita parecía guiarme por el camino recto, como nada hasta entonces lo había conseguido. En una palabra, doblé una nueva hoja y me esforcé por reparar mi pasado. Todo marchaba bien hasta que McCarty me echó encima su garra. Había ido yo a Londres para tratar de una inversión de dinero y me lo tropecé en Regent Street, desharrapado y casi descalzo. «Aquí nos tienes, Jack —me dijo dándome un golpecito en el brazo—. Seremos como familia para ti. Somos dos, yo y mi hijo, y te puedes hacer cargo de nuestro mantenimiento. Si no lo haces..., pues, verás, Inglaterra es un país excelente, respetuoso con la ley, y en el que hay siempre un guardia al alcance de la voz.» Y así fue como vinieron a la región del oeste. No hubo modo de quitármelos de encima, y aquí vivieron desde entonces en mis mejores tierras, sin pagar renta alguna. Ya no hubo para mí sosiego, paz ni olvido: adondequiera que me volviese, tenía a su lado su cara sonriente y astuta. La situación fue empeorando conforme Alicia crecía, porque él se dio en seguida cuenta de que yo tenía más miedo de que mi hija conociese mi pasado de que lo conociera la policía. Me exigía cuanto se le antojaba, y yo tenía que dárselo sin discutir, tierras, dinero, casas, hasta que, finalmente, me pidió algo que yo no podía concederle. Me pidió a Alicia. El hijo suyo, al igual que

mi hija, se había hecho mayor, y como se sabía que mi estado de salud era malo, juzgó que él me daría un golpe magnífico haciendo que aquél entrase en posesión de todos mis bienes. Pero en ese punto me mantuve firme. Por nada del mundo estaba yo dispuesto a que su condenada raza se mezclase con la mía; y eso no porque me desagradara el muchacho, sino porque llevaba la sangre de su padre en las venas, y eso me bastaba. Me mantuve firme. McCarty amenazó. Yo le desafié a que recurriese a los medios peores. Nos citamos en la laguna, a mitad de camino entre su casa y la mía, para hablar del asunto. Cuando llegué al lugar, vi que estaba hablando con su hijo, y me puse a fumar detrás de un árbol en espera de que se quedase a solas. Pero al escuchar lo que el padre decía, pareció salirme a la superficie todo lo que había en mí de rencor y amargura. Instó a su hijo a que se casara con mi hija, con la misma desconsideración sobre lo que ella pudiera pensar que si se tratase de una mala mujer del arroyo. Me acometió un arrebatado de locura al pensar que yo y todo lo que era

*No sentí mayor remordimiento en tumbarlo de un golpe...*





más querido estábamos a merced de un hombre semejante. ¿No había manera de que yo rompiese las ligaduras? Yo era un moribundo y un hombre sin salvación. Aunque mi inteligencia estuviese despejada y mis miembros estuviesen aún bastante fuertes, no ignoraba que mi destino estaba ya sellado. ¡Pero mi hija y mi recuerdo! Ambas cosas podían ser salvadas si conseguía acallar aquella lengua maldita. Y lo hice, señor Holmes. Y volvería a hacerlo. Aunque mis culpas hayan sido grandes, he llevado una vida de martirio para purgarlas. Pero el que mi hija tuviese que vivir enredada en la misma maraña que a mí me esclavizaba, era cosa superior a mi capacidad de sufrimiento. No sentí mayor remordimiento en tumbarlo de un golpe del que habría sentido si se hubiera tratado de una alimaña dañina y venenosa. Al grito suyo acudió otra vez su hijo; pero yo me había refugiado en el bosque, aunque me vi obligado a volver sobre mis pasos a fin de recoger la capa, que había dejado caer en mi huida. Esa es, caballeros, la verdad de todo lo ocurrido.

—No me toca a mí juzgarle a usted —dijo Holmes, mientras el anciano firmaba la declaración, que había sido puesta por escrito—. Ruego a Dios que nunca nos veamos expuestos a semejante tentación.

—También yo se lo pido, señor. ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—Nada, teniendo en cuenta su estado de

salud. Usted mismo se da cuenta de que pronto tendrá que responder de su acción delante de un tribunal más alto que el jurado. Yo guardaré su confesión, y si resulta condenado McCarty, no tendré más remedio que servirme de ella. En caso contrario, ningún ser mortal pondrá sus ojos en ella; mientras usted viva, o después de muerto, su secreto estará bien guardado por nosotros.

—Adiós, pues —dijo solemnemente el anciano—. El lecho de su muerte, cuando les llegue la hora, les resultará más blando al pensar en la paz que han puesto en el mío.

El anciano salió con paso cansino de la habitación, tambaleándose con temblores que sacudían su armazón de gigante. Después de un largo silencio, dijo Holmes:

—¡Válgame Dios! ¿Por qué el destino ha de hacer tales jugarretas a unos pobres gusanos desamparados? No puedo enterarme de casos como éste sin recordar las palabras de Baxter y sin decir: «Ahí va Sherlock Holmes, pero sólo por la gracia de Dios.»

El juzgado absolvió a James McCarty, fundándose en cierto número de objeciones que redactó Holmes, y que sometió al estudio del abogado defensor. El anciano Turner vivió aún siete meses después de nuestra entrevista, pero ha muerto ya, y existen las mejores perspectivas de que el hijo y la hija lleguen a vivir felices y juntos, ignorantes del negro nubarrón que envuelve su pasado.

## LAS CINCO SEMILLAS DE NARANJA

Cuando reviso mis notas y memorias de los casos de Sherlock Holmes en el intervalo del 82 al 90, me encuentro con que son tantos los que presentan características extrañas e interesantes, que no resulta fácil saber cuáles elegir y cuáles dejar de lado. Pero hay algunos que han conseguido ya publicidad en los periódicos, y otros que no ofrecieron campo al desarrollo de las facultades peculiares que mi amigo posee en grado tan eminente, y que estos escritos tienen por objeto ilustrar. Hay también algunos que escaparon a su capacidad analítica, y que, en calidad de narraciones, vendrían a resultar principios sin fi-

nal, mientras que hay otros que fueron aclarados sólo parcialmente, estando la explicación de los mismos fundada en conjeturas y suposiciones, más bien que en una prueba lógica absoluta, procedimiento que le era tan querido. Sin embargo, hay uno entre estos últimos, tan extraordinario por sus detalles y tan sorprendente por sus resultados, que me siento tentado a dar un relato parcial del mismo, no obstante el hecho de que existen en relación con él determinados puntos que no fueron, ni lo serán jamás, puestos en claro.

El año 87 nos proporciona una larga serie de casos de mayor o menor interés y de los



que conservo constancia. Entre los encabezamientos de los casos de estos doce meses me encuentro con un relato de la aventura de la habitación Paradol, de la Sociedad de Mendigos Aficionados, que se hallaba instalada en calidad de club lujoso en la bóveda inferior de un guardamuebles; con el de los hechos relacionados con la pérdida del velero británico *Sophy Anderson*; con el de las extrañas aventuras de los Grice Patersons, en la isla de Ufa, y, finalmente, con el del envenenamiento ocurrido en Camberwell. Se recordará que en este último caso consiguió Sherlock Holmes demostrar que el muerto había dado cuerda a su reloj dos horas antes y que, por consiguiente, se había acostado durante ese tiempo..., deducción que tuvo la mayor importancia en el esclarecimiento del caso. Quizá trace yo, más adelante, los bocetos de todos los sucesos, pero ninguno presenta características tan sorprendentes como las del extraño cortejo de circunstancias para cuya descripción he tomado la pluma.

Nos encontrábamos en los últimos días de septiembre y las tormentas equinocciales se habían echado encima con violencia excepcional. El viento había bramado durante todo el día, y la lluvia había azotado las ventanas, de manera que, incluso aquí, en el corazón del inmenso Londres, obra de la mano del hombre, nos veíamos forzados a elevar, de momento, nuestros pensamientos desde la diaria rutina de la vida, y a reconocer la presencia de las grandes fuerzas elementales que ladran al género humano por entre los barrotes de su civilización, igual que fieras indómitas dentro de una jaula. A medida que iba entrando la noche, la tormenta fue haciéndose más y más estrepitosa, y el viento lloraba y sollozada dentro de la chimenea igual que un niño. Sherlock Holmes, a un lado del hogar, sentado melancólicamente en un sillón, combinaba los índices de sus registros de crímenes, mientras que yo, en el otro lado, estaba absorto en la lectura de uno de los bellos relatos marineros de Clarck Rusell. Hubo un momento en que el bramar de la tempestad del exterior pareció fundirse con el texto, y el chapoteo de la lluvia se alargó hasta dar la impresión del prolongado espumaje de las olas del mar. Mi esposa había ido de visita a la casa de una tía suya, y yo me hospedaba por unos días, y una vez más, en mis antiguas habitaciones de Baker Street.

—¿Qué es eso? —dije alzando la vista hacia mi compañero—. Fue la campanilla de la puerta, ¿verdad? ¿Quién puede venir aquí esta noche? Algún amigo suyo, quizá.

—Fuera de usted, yo no tengo ninguno —me contestó—. Y no animo a nadie a visitarme.

—¿Será entonces un cliente?

—Entonces se tratará de un asunto grave. Nada podría, de otro modo, obligar a venir aquí a una persona con semejante día y a semejante hora. Pero creo que es más probable que se trate de alguna vieja amiga de nuestra patrona.

Se equivocó, sin embargo, Sherlock Holmes en su conjetura, porque se oyeron pasos en el corredor, y alguien golpeó la puerta. Mi compañero extendió su largo brazo para desviar de sí la lámpara y enderezar su luz hacia la silla desocupada en la que tendría que sentarse cualquiera otra persona que viniese. Luego dijo:

—¡Adelante!

El hombre que entró era joven, de unos veintidós años, a juzgar por su apariencia exterior, bien acicalado y elegantemente vestido, con un no sé qué de refinado y fino en su porte. El paraguas, que era un arroyo, y que sostenía en la mano, y su largo impermeable brillante, delataban la furia del temporal que había tenido que aguantar en su camino. Enfocado por el resplandor de la lámpara, miró ansiosamente a su alrededor, y yo no pude fijarme en que su cara estaba pálida y sus ojos cargados, como los de una persona a quien abrumba alguna inquietud.

—Debo a ustedes una disculpa —dijo, subiéndose hasta el arranque de la nariz las gafas doradas, de pinza—. Espero que mi visita no sea un entretenimiento. Me temo que haya traído hasta el interior de su abrigada habitación algunos rastros de la tormenta.

—Déme su impermeable y su paraguas —dijo Holmes—. Pueden permanecer colgados de la percha, y así quedará usted libre de humedad por el momento. Veo que ha venido usted desde el Sudoeste.

—Sí, de Horsham.

—Esa mezcla de arcilla y de greda que veo en las punteras de su calzado es completamente característica.

—Vine en busca de consejo.

—Eso se consigue fácil.

—Y de ayuda.

—Eso ya no es siempre tan fácil.

—He oído hablar de usted. Le oí contar al comandante Prendergast cómo le salvó usted en el escándalo de Tankerville Club.

—Sí, es cierto. Se le acusó injustamente de hacer trampas en el juego.

—Aseguró que usted se dio maña para poner todo en claro.



—Eso fue decir demasiado.

—Que a usted no le vencen nunca.

—Lo he sido en cuatro ocasiones: tres veces por hombres, y una por cierta dama.

—Pero ¿qué es eso comparado con el número de sus éxitos?

—Es cierto que, por lo general, he salido airoso.

—Entonces puede salirlo también en el caso mío.

—Le suplico que acerque su silla al fuego, y haga el favor de darme detalles del mismo.

—No se trata de un caso corriente.

—Ninguno de los que a mí llegan lo son. Vengo a ser una especie de alto tribunal de apelación.

—Yo me pregunto, a pesar de todo, señor, si en el transcurso de su profesión ha escuchado jamás el relato de una serie de acontecimientos más misteriosos e inexplicables que los que han ocurrido en mi propia familia.

—Lo que usted dice me llena de interés —le dijo Holmes—. Por favor, explíquenos desde el principio los hechos fundamentales, y yo podré luego interrogarle sobre los detalles que a mí me parezcan de la máxima importancia.

El joven acercó la silla y adelantó sus pies húmedos hacia la hoguera.

—Me llamo John Openshaw —dijo—, pero, por lo que a mí me parece, creo que mis propias actividades tienen poco que ver con este asunto espantoso. Se trata de una cuestión hereditaria, de modo que, para darles una idea de los hechos, no tengo más remedio que remontarme hasta el comienzo del asunto. Deben ustedes saber que mi abuelo tenía dos hijos: mi tío Elías y mi padre José. Mi padre poseía, en Coventry, una pequeña fábrica, que amplió al inventarse las bicicletas. Poseía la patente de la llanta irrompible Openshaw, y alcanzó tal éxito en su negocio, que consiguió venderlo y retirarse con un relativo bienestar. Mi tío Elías emigró a América siendo todavía joven, y se estableció de plantador en Florida, de donde llegaron noticias de que había prosperado mucho. En los comienzos de la guerra peleó en el ejército de Jackson, y más adelante en el de Hood, ascendiendo en éste hasta el grado de coronel. Cuando Lee se rindió, volvió mi tío a su plantación, en la que permaneció por espacio de tres o cuatro años. Hacia 1869 o 1870, regresó a Europa y compró una pequeña finca en Sussex, cerca de Horsham. Había hecho una fortuna muy considerable, y si abandonó Norteamérica fue movido por su antipatía a los negros, y de su desagrado por la

política del partido republicano de concederles la liberación de la esclavitud. Era un hombre extraño, arrebatado y violento, muy mal hablado cuando le dominaba la ira, y por demás retraído. Dudo que pusiese ni una sola vez los pies en Londres durante los años que vivió en Horsham. Poseía alrededor de su casa un jardín y tres o cuatro campos de deportes, y en ellos se ejercitaba, aunque con mucha frecuencia no salía de la habitación durante semanas enteras. Bebía muchísimo aguardiente, fumaba por demás, pero no quería tratos sociales, ni amigos, ni aun siquiera que le visitase su hermano. Contra mí no tenía nada, mejor dicho, se encaprichó conmigo, porque cuando me conoció era yo un jovencito de doce años, más o menos. Esto debió de ocurrir hacia el año 1878, cuando llevaba ya ocho o nueve años en Inglaterra. Pidió a mi padre que me dejase vivir con él, y se mostró muy cariñoso conmigo, a su manera. Cuando estaba sereno, gustaba de jugar conmigo al chaquete y a las damas, y me hacía portavoz suyo junto a la servidumbre y con los proveedores, de modo que para cuando tuve dieciséis años era yo el verdadero señor de la casa. Yo guardaba las llaves y podía ir donde bien me pareciese y hacer lo que me diese la gana, con tal que no le molestase cuando él estaba en sus habitaciones reservadas. Una excepción me hizo, sin embargo; había entre los áticos una habitación independiente, un camaranchón que estaba siempre cerrado con llave, y al que no permitía que entrásemos ni yo ni nadie. Llevado de mi curiosidad de muchacho, miré más de una vez por el ojo de la cerradura, sin que llegase a descubrir dentro sino lo corriente en tales habitaciones, es decir, una cantidad de viejos baúles y bultos. Cierta día, en el mes de marzo de 1883, había encima de la mesa, delante del coronel, una carta cuyo sello era extranjero. No era cosa corriente que el coronel recibiese cartas, porque todas sus facturas se pagaban en dinero contante, y no tenía ninguna clase de amigos. Al coger la carta, dijo: «¡Es de la India! ¡Trae la estampilla de Pondichery! ¿Qué podrá ser?» Al abrirla precipitadamente saltaron del sobre cinco pequeñas y resecas semillas de naranja, que tintinearon en su plato. Yo rompí a reír, pero al ver la cara de mi tío, se cortó la risa en mis labios. Le colgaba la mandíbula, se le saltaban los ojos, se le había vuelto la piel de color de la masilla, y miraba fijamente el sobre que sostenía aún en sus manos temblorosas. Dejó escapar un chillido, y exclamó luego: «K. K. K. ¡Dios santo, Dios santo, mis





*...había entre los áticos una habitación independiente, un camaranchón...*

pecados me han dado alcance!» «¿Qué significa eso, tío?», exclamé. «Muerte», me dijo, y levantándose de la mesa, se retiró a su habitación, dejándome estremecido de horror. Eché mano al sobre, y vi garrapateada en tinta toja, sobre la patilla interior, encima mismo del engomado, la letra K, repetida tres veces. No había nada más, fuera de las cinco semillas secas. ¿Qué motivo podía existir para espanto tan excesivo? Me alejé de la mesa del desayuno y, cuando yo subía por las escaleras, me tropecé con mi tío, que bajaba por ellas, trayendo en una mano una vieja llave roñosa, y en la otra, una caja pequeña de bronce, por el estilo de las de guardar el dinero. «Que hagan lo que les dé la gana, pero yo los tendré en jaque una vez más. Dile a Mary que necesito que encienda hoy fuego en mi habitación, y envía a buscar a Fordham, el abogado de Horsham.» Hice lo que se me ordenaba y, cuando llegó el abogado, me pidieron que subiese a la habitación. Ardía vivamente el fuego, y en la rejilla del hogar se amontonaba una gran masa de cenizas negras y sueltas, como de papel quemado, en

tanto que la caja de bronce estaba muy cerca y con la tapa abierta. Al mirar yo la caja, descubrí, sobresaltado, en la tapa la tripe K, que había leído aquella mañana en el sobre. «John —me dijo mi tío—, deseo que firmes como testigo mi testamento. Dejo la finca, con todas sus ventajas e inconvenientes a mi hermano, es decir, a tu padre, de quien, sin duda, vendrá a parar a ti. Si conseguís disfrutarla en paz, santo y bueno. Si no lo conseguís, seguid mi consejo, muchacho, y abandonadla a vuestro peor enemigo. Lamento dejaros un arma así, de dos filos, pero no sé qué giro tomarán las cosas. Ten la bondad de firmar este documento en el sitio que te indicará el señor Fordham.» Firmé el documento donde se me indicó, y el abogado se lo llevó con él. Como ustedes se imaginarán, aquel extraño incidente me produjo la más profunda impresión; lo sopesé en mi mente, y le di vueltas desde todos los puntos de vista, sin conseguir encontrarle explicación. Pero no conseguí librarme de un vago sentimiento de angustia que dejó en mí, aunque esa sensación fue embotándose a medida que pasaban semanas sin que ocurriese nada que turbase la rutina diaria de nuestras vidas. Sin embargo, pude notar un cambio en mi tío. Bebía más que nunca, y se mostraba todavía menos inclinado al trato con nadie. Pasaba la mayor parte del tiempo metido en su habitación, con la llave echada por dentro, pero a veces salía como poseído de un furor de borracho, se lanzaba fuera de la casa, y se paseaba por el jardín impetuosamente, esgrimiendo en la mano un revólver y diciendo a gritos que a él no le asustaba nadie y que él no se dejaba enjaular, como oveja en el redil, ni por hombres ni por diablos. Pero una vez que se le pasaban aquellos arrebatos, corría de una manera alborotada a meterse dentro, y cerraba con llave y atrancaba la puerta, como quien ya no puede seguir haciendo frente al espanto que se esconde en el fondo mismo de su alma. En tales momentos, y aun en tiempo frío, he visto yo relucir su cara de humedad, como si acabase de sacarla del interior de la jofaina. Para terminar, señor Holmes, y no abusar de su paciencia, llegó una noche en que hizo una de aquellas salidas suyas de borracho, de la que no regresó. Cuando salimos a buscarlo, nos lo encontramos boca abajo, dentro de una pequeña charca recubierta de espuma verdosa que había al extremo del jardín. No presentaba señal alguna de violencia, y la profundidad del agua era sólo de dos pies, y por eso el Jurado, teniendo en cuenta sus conocidas



excentricidades, dictó veredicto de suicidio. Pero a mí, que sabía de qué modo retrocedía ante el solo pensamiento de la muerte, me costó mucho trabajo convencerme de que se había salido de su camino para ir a buscarla. Sin embargo, la cosa pasó, entrando mi padre en posesión de la finca y de unas catorce mil libras que mi tío tenía a su favor en un Banco.

—Un momento —le interrumpió Holmes—. Preveo ya que su relato es uno de los más notables que he tenido ocasión de oír jamás. Hágame el favor de decirme la fecha en que su tío recibió la carta y la de su supuesto suicidio.

—La carta llegó el día 10 de marzo de 1883. Su muerte tuvo lugar siete semanas más tarde, en la noche del día 2 de mayo.

—Gracias. Puede usted seguir.

—Cuando mi padre se hizo cargo de la finca de Horsham, llevó a cabo, a petición mía, un registro cuidadoso del ático que había permanecido siempre cerrado. Encontramos allí la caja de bronce, aunque sus documentos habían sido destruidos. En la parte inferior de la tapa había una etiqueta de papel, en la que estaban repetidas las iniciales, y debajo de éstas, la siguiente inscripción: «Cartas, memoranda, recibos y registro.» Supusimos que esto indicaba la naturaleza de los documentos que había destruido el coronel Openshaw. Fuera de esto, no había en el ático nada de importancia, aparte de gran cantidad de papeles y cuadernos desparramados que se referían a la vida de mi tío en Norteamérica. Algunos de ellos pertenecían a la época de la guerra, y demostraban que él había cumplido bien con su deber, teniendo fama de ser un soldado valeroso. Otros llevaban la fecha de los tiempos de la reconstrucción de los estados del Sur, y se referían a cosas de política, siendo evidente que mi tío había tomado parte destacada en la oposición contra los que en el Sur se llamaron políticos *hambrones*, que habían sido enviados desde el Norte. Mi padre vino a vivir en Horsham a principios del 84, y todo marchó de la mejor manera que podía desearse hasta el mes de enero del 85. Estando mi padre y yo sentados en la mesa del desayuno el cuarto día después del de Año Nuevo, oí de pronto que mi padre daba un agudo grito de sorpresa. Y lo vi sentado, con un sobre recién abierto en una mano y cinco semillas secas de naranja en la palma abierta de la otra. Se había reído siempre de lo que calificaba de fantástico relato mío acerca del coronel, pero ahora veía con gran desconcierto y recelo que él se en-

contraba ante un hecho igual. «¿Qué diablos puede querer decir esto, John?», tartamudeó. A mí se me había vuelto de plomo el corazón, y dije: «Es el K. K. K.» Mi padre miró en el interior del sobre y exclamó: «En efecto, aquí están las mismas letras, pero ¿qué es lo que hay escrito encima de ellas?» Yo leí, mirando por encima de su hombro: «Coloque los documentos encima de la esfera del reloj de sol.» «¿Qué documentos y qué reloj de sol?», preguntó él. «El reloj de sol está en el jardín. No hay otro —dije yo—. Pero los documentos deben de ser los que fueron destruidos.» «¡Puf! —dijo él, aferrándose a su valor—. Vivimos aquí en un país civilizado en el que no caben esta clase de idioteces. ¿De dónde procede la carta?» «De Dundee», contesté, examinando la estampilla de Correos. «Algún bromazo absurdo —dijo mi padre—. ¿Qué me vienen a mí con relojes de sol y con documentos? No haré caso alguno de semejante absurdo.» «Yo, desde luego, me pondría en comunicación con la policía», le dije. «Para que encima se me riesen. No haré nada de eso.» «Autoríceme entonces a que lo haga yo.» «De ninguna manera. Te lo prohíbo. No quiero que se arme un jaleo por semejante tontería.» De nada valió el que yo discutiese con él, porque mi padre era hombre por demás terco. Sin embargo, viví esos días con el corazón lleno de presagios ominosos. El tercer día, después de recibir la carta, marchó mi padre a visitar a un viejo amigo suyo, el comandante Freebody, que está al mando de uno de los fuertes que hay en los altos de Portsdown Hill. Me alegré de que se hubiera marchado, pues me parecía que hallándose fuera de la casa estaba más alejado del peligro. En eso me equivoqué, sin embargo. Al segundo día de su ausencia recibí un telegrama del comandante en el que me suplicaba que acudiese allí inmediatamente. Mi padre había caído por la boca de uno de los profundos pozos de cal que abundaban en aquellos alrededores, y yacía sin sentido, con el cráneo fracturado. Me trasladé hasta allí a toda prisa, pero mi padre murió sin haber recuperado el conocimiento. Según parece, regresaba, ya entre dos luces, desde Fareham, y como desconocía el terreno y la boca del pozo estaba sin cercar, el Jurado no titubeó en dar su veredicto de *muerte producida por causa accidental*. Por mucho cuidado que yo puse en examinar todos los hechos relacionados con su muerte, nada pude descubrir que sugiriese la idea de asesinato. No mostraba señales de violencia, ni había huellas de pies, ni robo, ni constancia de que se hubiese ob-





*Mi padre había caído por la boca de uno de los profundos pozos de cal...*

servado por las carreteras la presencia de extranjeros. No necesito, sin embargo, decir a ustedes que yo estaba muy lejos de tenerlas todas conmigo, y que casi estaba seguro de que se había tramado a su alrededor algún complot siniestro. De esta manera tortuosa fue como entré en posesión de mi herencia. Ustedes me preguntarán por qué no me desembaracé de la misma. Les contestaré que no lo hice porque estaba convencido de que nuestras dificultades se derivaban, de una manera u otra, de algún incidente de la vida de mi tío, y que el peligro sería para mí tan apremiante en una casa como en otra. Mi pobre padre halló su fin durante el mes de enero del año ochenta y cinco, y desde entonces han transcurrido dos años y ocho meses. Durante todo este tiempo yo he vivido feliz en Horsham, y ya empezaba a tener la esperanza de que aquella maldición se había alejado de la familia, y que había acabado en la generación anterior. Sin embargo, me apresuré demasiado a tranquilizarme; ayer por la mañana cayó el golpe exactamente en la misma forma que había caído sobre mi padre.

El joven sacó del chaleco un sobre arrugado, y volviéndolo boca abajo encima de la mesa, hizo saltar del mismo cinco pequeñas semillas secas de naranja.

—He aquí el sobre —prosiguió—. El estampillado es de Londres, sector del Este. En el interior están las mismas palabras que traía el sobre de mi padre: «K. K. K.», y las de «Coloque los documentos encima de la esfera del reloj de sol.»

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Holmes.

—Nada.

—¿Nada?

—A decir verdad —y hundió el rostro dentro de sus manos delgadas y blancas—, me sentí perdido. Algo así como un pobre conejo cuando la serpiente avanza retorciéndose hacia él. Me parece que estoy entre las garras de una catástrofe inexorable e irresistible, de la que ninguna previsión o precaución puede guardarme.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Sherlock Holmes—. Es preciso que usted actúe, hombre, o está usted perdido. Únicamente su energía le puede salvar. No son momentos estos de entregarse a la desesperación.

—He visitado a la policía.

—¿Y qué?

—Pues escucharon mi relato con una sonrisa. Estoy seguro de que el inspector ha llegado a la conclusión de que las cartas han sido otros tantos bromazos, y que las muertes de mis parientes se deben a simples accidentes, según dictaminó el Jurado, y no debían ser relacionadas con las cartas de advertencia.

Holmes agitó violentamente sus puños cerrados en el aire, y exclamó:

—¡Qué inaudita imbecilidad!

—Sin embargo, me han otorgado la protección de un guardia, al que han autorizado para que permanezca en la casa.

Otra vez Holmes agitó furioso los puños en el aire, y dijo:

—¿Cómo ha sido el venir usted a verme? Y, sobre todo, ¿cómo ha sido el no venir inmediatamente?

—Nada sabía de usted. Ha sido hoy cuando hablé al comandante Prendergast sobre el apuro en que me hallo, y él me aconsejó que viniese a verle a usted.

—En realidad han transcurrido ya dos días desde que recibió la carta. Deberíamos haber entrado en acción antes de ahora. Me imagino que no poseerá usted ningún otro dato fuera de los que nos ha expuesto, ni ningún detalle sugeridor que pudiera ayudarnos.



—Sí, tengo una cosa más —dijo John Openshaw. Registró en el bolsillo de su chaqueta, y, sacando un pedazo de papel azul descolorido, lo extendió encima de la mesa, agregando—: Conservo un vago recuerdo de que los estrechos márgenes que quedaron sin quemar entre las cenizas el día en que mi tío echó los documentos al fuego eran de este mismo color. Encontré esta hoja única en el suelo de su habitación, y me inclino a creer que pudiera tratarse de uno de los documentos, que quizá se le voló de entre los otros, salvándose de ese modo de la destrucción. No creo que nos ayude mucho, fuera de que en él se habla también de las semillas. Mi opinión es que se trata de una página que pertenece a un diario secreto. La letra es indiscutiblemente de mi tío.

Holmes cambió de sitio la lámpara, y él y yo nos inclinamos sobre la joja de papel, cuyo borde irregular demostraba que había sido, en efecto, arrancada de un libro. El encabezamiento decía: «Marzo, 1869», y debajo del mismo las siguientes enigmáticas noticias:

«4. Vino Hudson. El mismo programa de siempre.

»7. Enviadas las semillas a McCauley, Paramore, y Swain, de St. Augustine.

»9. McCauley se largó.

»10. John Swain se largó.

»12. Visitado Paramore. Todo bien.»

—Gracias —dijo Holmes, doblando el documento y devolviéndoselo a nuestro visitante—. Y ahora, no pierda por nada del mundo un solo instante. No disponemos de tiempo ni siquiera para discutir lo que me ha relatado. Es preciso que vuelva usted a casa ahora mismo, y que actúe.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Sólo se puede hacer una cosa, y es preciso hacerla en el acto. Ponga usted esa hoja de papel dentro de la caja de metal que nos ha descrito. Meta así mismo una carta en la que les dirá que todos los demás papeles fueron quemados por su tío, siendo éste el único que queda. Debe usted expresarlo en una forma que convenza. Después de hecho eso, colocará la caja encima del reloj de sol, de acuerdo con las indicaciones. ¿Me comprende?

—Perfectamente.

—No piense por ahora en venganzas ni en nada por ese estilo. Creo que eso lo lograremos por el intermedio de la ley; pero tenemos que tejer aún nuestra tela de araña,

mientras que la de ellos está ya tejida. Lo primero en que hay que pensar es en apartar el peligro apremiante que le amenaza. Lo segundo consistirá en aclarar el misterio y castigar a los criminales.

—Les doy a usted las gracias —dijo el joven, levantándose y echándose encima el impermeable—. Me ha dado usted una nueva vida y esperanza. Seguiré, desde luego, su consejo.

—No pierda un solo instante. Y, sobre todo, cuídese bien entretanto, porque yo no creo que pueda existir la menor duda de que está usted amenazado por un peligro muy real e inminente. ¿Cómo va a hacer el camino de regreso?

—Por tren, desde la estación Waterloo.

—Aún no son las nueve. Las calles estarán concurridas, y por eso confío en que no corra usted peligro. Pero, a pesar de todo, por muy en guardia que esté usted, nunca lo estará bastante.

—Voy armado.

—Bien está. Mañana me pondré yo a trabajar en su asunto.

—¿Le veré, pues, en Horsham?

—No, porque su secreto se oculta en Londres, y en Londres será donde yo lo busque.

—Entonces yo vendré a visitarle a usted dentro de un par de días, y le traeré noticias de lo que me haya ocurrido con los papeles y la caja. Le consultaré en todo.

Nos estrechó las manos y se retiró. El viento seguía bramando fuera, y la lluvia tamborileaba y salpicaba las ventanas. Aquel relato tan desatinado y extraño parecía haberlos llegado de entre los elementos desencadenados, como si la tempestad lo hubiese arrojado sobre nosotros igual que un tallo de alga marina, y que esos mismos elementos se lo hubiesen tragado luego otra vez.

Sherlock Holmes permaneció algún tiempo en silencio, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en el rojo resplandor del fuego. Luego encendió su pipa, se recostó en el respaldo de su asiento y se quedó contemplando los anillos de humo azul que se perseguían los unos a los otros en su ascenso al techo.

—Creo, Watson —dijo, por fin, como comentario—, que no hemos tenido entre todos nosotros caso ninguno más fantástico que éste.

—Con excepción, quizá, del *Signo de los cuatro*.

—Bien, sí. Con excepción, quizá, de ése. Sin embargo, creo que este John Openshaw se mueve entre peligros todavía mayores que los que rodeaban a los Sholto.



—Pero ¿no ha formado usted ninguna hipótesis concreta sobre la naturaleza de estos peligros?

—Sobre su naturaleza no caben ya hipótesis —me contestó.

—¿Cuál es, pues? ¿Quién es este K. K. K., y por qué razón persigue a esta desdichada familia?

Sherlock Holmes cerró los ojos y apoyó los codos en los brazos del sillón, juntando las yemas de los dedos de las manos.

—Al razonador ideal —contestó— debería bastarle un solo hecho, cuando lo ha visto en todas sus implicaciones, para deducir del mismo no sólo la cadena de sucesos que han conducido hasta él, sino también los resultados que habían de seguirse. De la misma manera que Cuvier sabía hacer la descripción completa de un animal con el examen de un solo hueso, de igual manera el observador que ha sabido comprender por completo uno de los eslabones de toda una serie de incidentes, debe saber explicar con exactitud todos los demás, los anteriores y los posteriores. No nos hacemos todavía una idea de los resultados que es capaz de conseguir la razón por sí sola. Podríamos resolver mediante el estudio ciertos problemas cuya solución ha desconcertado por completo a quienes la buscaron por medio de los sentidos. Sin embargo, para alcanzar en este arte la cúspide, necesitaría el razonador saber manejar todos los hechos que han llegado a conocimiento suyo. Esto implica, como fácilmente comprenderá usted, la posesión de todos los conocimientos a que muy pocos llegan, incluso en estos tiempos de libertad educativa y de enciclopedias. Sin embargo, lo que no resulta imposible es que un hombre llegue a poseer todos los conocimientos que le han de ser probablemente útiles en su labor, y esto es lo que yo me he esforzado por hacer en el caso mío. Usted, si mal no recuerdo, concretó, en los primeros días de nuestra amistad, los límites precisos de esos conocimientos míos.

—Sí —le contesté, echándome a reír—. Hice un documento curioso. En filosofía, astronomía y política le puse a usted cero, lo recuerdo. En botánica, irregular; en geología, profundo en lo que toca a manchas de barro cogidas en una zona de cincuenta millas alrededor de Londres; en química, excéntrico; en anatomía, asistemático; en literatura, sensacionalista, y en historia de crímenes, único; y además, violinista, boxeador, esgrimista, abogado y autoenvenenador por medio de la cocaína y del tabaco. Eso era, si mal no recuerdo, lo más notable de mi análisis.

Holmes se sonrió al escuchar la última calificación y dijo:

—Digo ahora, como dije entonces, que toda persona debería tener en el ático de su cerebro el surtido mobiliario que es probable que necesite, y que todo lo demás puede guardarlo en el desván de su biblioteca, donde puede echarle mano cuando tenga precisión de algo. Ahora bien: al enfrentarnos con un problema como el que nos ha sido sometido esta noche, necesitamos dominar todos nuestros recursos. Tenga usted la bondad de alcanzarme la letra K de esa enciclopedia norteamericana que hay en ese estante que tiene a su lado. Gracias. Estudiemos ahora la situación y veamos lo que de la misma puede deducirse. Empezaremos con la firme presunción de que el coronel Openshaw tuvo algún motivo importante para abandonar Norteamérica. Los hombres, a su edad, no cambian todas sus costumbres, ni cambian por gusto suyo el clima encantador de Florida por la vida solitaria en una ciudad inglesa de provincias. El extraordinario apego a la soledad que demostró en Inglaterra sugiere la idea de que sentía miedo de alguien o de algo; de modo, pues, que podemos aceptar como hipótesis de trabajo la de que fue el miedo lo que le empujó fuera de Norteamérica. En cuanto a lo que él temía, sólo podemos deducirlo por el estudio de las tremendas cartas que él y sus herederos recibieron. ¿Se fijó usted en las estampillas que señalaban el punto de procedencia?

—La primera traía el de Pondichery; la segunda, el de Dundee, y la tercera, el de Londres.

—La del este de Londres. ¿Qué saca usted en consecuencia de todo ello?

—Pues que se trata de puertos de mar, es decir, que el que escribió las cartas se hallaba a bordo de un barco.

—Muy bien. Ya tenemos, pues, una pista. No puede haber duda de que, según toda probabilidad, una fuerte probabilidad, el remitente se encontraba a bordo de un barco. Pasemos ahora a otro punto. En el caso de la carta de Pondichery transcurrieron siete semanas entre la amenaza y su cumplimiento, en el de Dundee fueron sólo tres o cuatro días. ¿Nada le indica eso?

—Que la distancia sobre la que había de viajar era mayor.

—Pero también la carta venía desde una distancia mayor.

—Pues entonces, ya no le veo la importancia a ese detalle.

—Existe, por lo menos, una probabilidad



de que la embarcación a bordo de la cual está nuestro hombre, o nuestros hombres, sea de vela. Parece como si hubiesen enviado siempre su extraño aviso, o prenda, cuando iban a salir para realizar su cometido. Fijese en el poco tiempo que medió entre el hecho y la advertencia cuando ésta vino de Dundee. Si ellos hubiesen venido desde Pondichery en un barco de vapor habrían llegado casi al mismo tiempo que su carta. Y la realidad es que transcurrieron siete semanas. Yo creo que esas siete semanas representan la diferencia entre el tiempo invertido por el vapor que trajo la carta y el barco de vela que trajo a quien la escribió.

—Es posible.

—Más que posible. Probable. Comprenderá usted ahora la urgencia mortal que existe en este caso, y por qué insistí con el joven Openshaw en que estuviese alerta. El golpe ha sido dado siempre al cumplirse el plazo de tiempo imprescindible para que los que envían la carta salven la distancia que hay desde el punto en que la envían. Pero como ésta de ahora procede de Londres, no podemos contar con retraso alguno.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¿Qué puede querer significar esta implacable persecución?

—Los documentos que Openshaw se llevó son evidentemente de importancia vital para la persona o personas que viajan en el velero. Yo creo que no hay lugar a dudas de que éstas son más de una. Un hombre aislado no habría sido capaz de realizar dos asesinatos de manera que engañase al Jurado de un juez de instrucción. Debieron de intervenir varias personas en los mismos, y fueron hombres de inventiva y de resolución. Se proponen conseguir los documentos, sea quien sea el que los tenga en su poder. Y ahí tiene usted cómo *K. K. K.* dejan de ser las iniciales de un individuo y se convierten en el distintivo de una sociedad.

—Pero, ¿de qué sociedad?

Sherlock Holmes echó el busto hacia adelante y dijo bajando la voz:

—¿No ha oído usted hablar nunca del *Ku Klux Klan*?

—Jamás.

Holmes fue pasando las hojas del volumen que tenía sobre sus rodillas, y dijo de pronto:

—Aquí está: «*Ku Klux Klan*. Nombre que sugiere una fantástica semejanza con el ruido que se produce al levantar el gatillo de un rifle. Esta terrible sociedad secreta fue formada después de la guerra civil en los estados del Sur por algunos ex combatientes de la Confederación, y se formaron rápidamente

filiales de la misma en diferentes partes del país, especialmente en Tennessee, Luisiana, las dos Carolinas, Georgia y Florida. Se empleaba su fuerza con fines políticos, en especial para aterrorizar a los votantes negros y para asesinar u obligar a ausentarse del país a cuantos se oponían a su programa. Sus agresiones eran precedidas, por lo general, de un aviso enviado a la persona elegida, aviso que tomaba formas fantásticas, pero sabidas; por ejemplo: un tallito de hojas de roble, en algunas zonas, o unas semillas de melón o de naranja, en otras. Al recibir este aviso, la víctima podía optar entre abjurar públicamente de sus normas anteriores o huir de la región. Cuando se atrevía a desafiar la amenaza, encontraba la muerte indefectiblemente, y, por lo general, de manera extraña e imprevista. Era tan perfecta la organización de la sociedad y trabajaba ésta tan sistemáticamente, que apenas se registraba algún caso en que alguien la desafiase con impunidad, o en que alguno de sus ataques dejase un rastro capaz de conducir al descubrimiento de quienes lo perpetraron. La organización floreció por espacio de algunos años, a pesar de los esfuerzos del Gobierno de los Estados Unidos y de las clases mejores de la comunidad en el Sur. Pero en el año 1869 ese movimiento sufrió un súbito colapso, aunque haya habido en fechas posteriores algunos estallidos esporádicos de la misma clase.» Fijese —dijo Holmes, dejando el libro— en que el súbito hundimiento de la sociedad coincide en realidad con la desaparición de Openshaw de Norteamérica, llevándose los documentos. Pudiera muy bien tratarse de causa y efecto. No hay que asombrarse de que algunos de los personajes más implacables se hayan lanzado sobre la pista de aquél y de su familia. Ya comprenderá usted que el registro y el diario pueden complicar a alguno de los hombres más destacados del Sur, y que es posible que haya muchos que no duermen tranquilos durante la noche mientras no sean recuperados.

—De ese modo, la página que tuvimos a la vista...

—Es tal y como podíamos esperarlo. Decía, si mal no recuerdo: «Se enviaron las semillas a *A*, *B* y *C*»; es decir, se les envió la advertencia de la sociedad. Las anotaciones siguientes nos dicen que *A* y *B* se largaron, es decir, que abandonaron el país, y, por último, que se visitó a *C*, con consecuencias siniestras para éste, según yo me temo. Creo, doctor, que podemos proyectar un poco de luz sobre esta oscuridad, y creo también que, entretanto, sólo hay una probabilidad favo-



nable el joven Penshaw, y es que haga lo que yo le aconsejé. Nada más se puede decir ni hacer por esta noche, de modo que alcánce-me mi violín y procuremos olvidarnos durante media hora de este lastimoso tiempo y de la conducta, más lastimosa aún, de nuestros semejantes los hombres.

A la mañana siguiente había escampado, y el sol brillaba con amortiguada luminosidad por entre el velo gris que envuelve a la gran ciudad. Cuando yo bajé, Holmes ya estaba desayunando.

—Discúlpeme el que no le espere —me dijo—. Preveo que se me presenta un día atareadísimo en la investigación de este caso del joven Openshaw.

—¿Qué pasos va usted a dar?

—Dependerá muchísimo del resultado de mis primeras averiguaciones. Es posible que, en fin de cuentas, me llegue hasta Horsham.

—¿No va usted a empezar por ir allí?

—No, empezaré por la City. Tire de la campanilla, y la doncella le traerá el café.

Para entretener la espera, cogí de encima de la mesa el periódico, que estaba aún sin desplegar, y le eché un vistazo. Me detuve en unos titulares que helaron mi corazón.

—Holmes —le dije con voz firme—, llegará usted demasiado tarde.

—¡Vaya! —dijo él, dejando la taza que tenía en la mano—. Me lo estaba temiendo. ¿Cómo ha sido?

Se expresaba con tranquilidad, pero vi que la noticia le conmovía profundamente.

—Me saltó a los ojos el apellido de Openshaw y el titular *Tragedia cerca del puente de Waterloo*. He aquí el relato: «Entre las nueve y las diez de la pasada noche, el guardia de policía Cook, de la sección II, estando de servicio cerca del puente de Waterloo, oyó un grito de alguien que pedía socorro, y el chapoteo de un cuerpo que cae al agua. Pero como la noche era oscurísima y tormentosa, fue imposible salvar a la víctima, no obstante acudir en su ayuda varios transeúntes. Diose, sin embargo, la alarma, y pudo ser rescatado el cadáver más tarde, con la intervención de la policía fluvial. Resultó ser el de un joven, como se dedujo de un sobre que se le halló en el bolsillo, que se llamaba John Openshaw, que tiene su casa en Horsham. Se conjetura que debió de ir corriendo para alcanzar el tren último que sale de la estación de Waterloo, y que, en su apresuramiento y por la gran oscuridad, se salió de su camino y fue a caer al río por uno de los pequeños embarcaderos destinados a los barcos fluviales. El cadáver no mostraba señales de vio-

lencia, y no cabe duda alguna de que el muerto fue víctima de un accidente desgraciado, que debería servir para llamar la atención de las autoridades acerca del estado en que se encuentran las plataformas de los embarcaderos de la orilla del río.»

Permanecimos callados en nuestros sitios por espacio de algunos minutos. Nunca he visto a Holmes más deprimido y conmovido que en esos momentos. Y dijo, por fin:

—Esto hiere mi orgullo, Watson. Es un sentimiento mezquino, sin duda, pero hiere mi orgullo. Este es ya un asunto mío personal y, si Dios me da salud, he de echar mano a esta cuadrilla. ¡Pensar que vino a pedirme socorro y que yo lo envié a la muerte!

Saltó de su silla y se paseó por el cuarto poseído de una excitación incontrolable, con las enjutas mejillas cubiertas de rubor, y abriendo y cerrando sus manos largas y delgadas. Por último, exclamó:

—Tiene que tratarse de unos demonios astutos. ¿Cómo consiguieron desviarlo de su camino y que fuese a caer al agua? Para ir directamente a la estación no tenía que pasar

...oyó un grito de alguien que pedía socorro, y el chapoteo de un cuerpo que cae al agua...





por el *Embankment*. Aun en una noche semejante, estaba, sin duda, el puente demasiado concurrido para sus propósitos. Ya veremos quién gana a la larga. ¡Voy a salir!

—¿Va usted a la policía?

—No; me constituiré yo mismo en policía. Cuando tenga tejida la red podrán arrestar a esos hábiles pajarracos, pero no antes.

Mis tareas profesionales me absorbieron durante todo el día, y era ya entrada la noche, cuando regresé a Baker Street; Sherlock Holmes no había vuelto aún. Eran ya cerca de las diez cuando entró con aspecto pálido y agotado. Se acercó al aparador, arrancó un trozo de hogaza de pan y se puso a comerlo con voracidad, ayudándolo a pasar con un gran trago de agua.

—Está usted hambriento —dije yo.

—Muriéndome de hambre. Se me olvidó comer. No probé bocado desde el desayuno.

—¿Nada?

—Ni una miga. No tuve tiempo de pensar en la comida.

—¿Tuvo éxito?

—Sí.

—¿Alguna pista?

—Los tengo en el hueco de mi mano. No tardará mucho el joven Openshaw en verse vengado. Escuche, Watson, vamos a marcarlos a ellos con su propia marca de fábrica. ¡Es cosa bien pensada!

—¿Qué quiere usted decir?

Holmes cogió del aparador una naranja, y después de partirla, la apretó, haciendo caer las semillas encima de la mesa. Contó cinco y las metió en un sobre. En la parte interna de la patilla escribió: «S. H. para J. C.» Luego lo lacró y puso la dirección: «Capitán James Calhoun, barco *Lone Star*. Savannah, Georgia.»

—Le estará esperando cuando entre en el puerto —dijo, riéndose por lo bajo—. Quizá le quite el sueño. Será un anuncio tan seguro de su destino como lo fue para Openshaw.

—¿Y quién es este capitán Calhoun?

—El jefe de la cuadrilla. Atrapé a los demás, pero quiero que sea él el primero.

—¿Y cómo llegó usted a descubrirlo?

Sacó del bolsillo una gran hoja de papel, toda cubierta de fechas y de nombres y dijo:

—Me he pasado todo el día examinando los registros del Lloyd y las colecciones de periódicos atrasados, siguiendo las andanzas de todos los barcos que tocaron en el puerto de Pondichery durante los meses de enero y febrero del año ochenta y tres. Fueron treinta y seis embarcaciones de buen tonelaje las que figuraban en esos seis meses. La lla-

mada *Lone Star* atrajo inmediatamente mi atención porque, aunque se señalaba Londres como puerto de procedencia, se conoce con ese nombre de Estrella Solitaria a uno de los estados de la Unión.

—Creo que al de Tejas.

—Sobre ese punto, ni estaba ni estoy seguro; pero yo sabía que el barco tenía que ser de origen norteamericano.

—¿Y luego?

—Repasé las noticias de Dundee, y cuando descubrí que la barca *Lone Star* se encontraba allí el mes de enero del ochenta y cinco, mis sospechas se convirtieron en certeza. Luego hice investigaciones acerca de los barcos actualmente en el puerto de Londres.

—¿Y qué?

—El *Lone Star* llegó al mismo la pasada semana. Bajé hasta el muelle Albert, y me encontré con que había sido remolcado río abajo con la marea de esta mañana, y que lleva viaje hacia su puerto de origen, en Savannah. Telegrafíé a Gravesend, enterándome de que había pasado por allí algún rato antes. Como el viento sopla hacia el Este, ahora se hallará más allá de los Goodwins, y no muy lejos de la isla de Wight.

—¿Y qué va a hacer usted ahora?

—¡Oh, le he puesto ya la mano encima! El y los dos contramaestres son, según he sabido, los únicos norteamericanos nativos que hay a bordo. Los demás son finlandeses y alemanes. Me consta, asimismo, que los tres pasaron la noche en tierra. Lo supe por el estibador que ha estado estibando su cargamento. Para cuando su velero llegue a Savannah, el vapor correo habrá llevado esta carta, y el cable habrá informado a la policía de dicho puerto de que la presencia de esos tres caballeros es urgentemente necesaria aquí para responder de una acusación de asesinato.

Sin embargo, hasta el mejor dispuesto de los proyectos humanos tiene siempre una rendija de escape, y los asesinos de John Openshaw no iban a recibir las semillas de naranja que les habría demostrado que otra persona, tan astuta y tan decidida como ellos mismos, les seguía la pista. Las tempestades equinocciales de aquel año fueron muy persistentes y violentas. Esperamos durante mucho tiempo noticias de Savannah del *Lone Star*, pero no nos llegó ninguna. Finalmente, nos enteramos de que allá, en pleno Atlántico, había sido visto flotando en el seno de una ola el destrozado codaste de una lancha que llevaba grabadas las letras L. S. Y eso es todo lo que podremos saber ya acerca del final que tuvo el *Lone Star*.



# Arthur Conan Doyle

Sir Arthur Conan Doyle —nacido en Edimburgo en 1859, y muerto en 1930— se decantó hacia el ejercicio literario por dos motivos: ejercitar su pasión por la lógica deductiva y redondear sus más bien magros ingresos. Médico notable, apasionado de los deportes, no pudo imaginar que su *hobby* lo inmortalizaría, al hacerle coincidir con la figura del fle-mático, misógino, drogadicto e impecable Sherlock Hol-mes, sin duda el más famoso detective de todos los tiempos. Desde 1887 (*Un estudio en escarlata*) hasta 1927 (con una colección de casos sacados de los archivos de su fiel doctor Watson), Holmes presidió la vida de Conan Doyle y, como ningún otro personaje de la literatura contemporánea, con-citó en su torno una admiración universal rayana en el fanatismo. Su creador, amargado por la muerte de su hijo en la primera guerra mundial, dedicó los últimos años de su vida a la práctica y difusión del movimiento espiritista.

---

**En el próximo  
número:**

**Ellery Queen  
CARA A CARA**

**«Un desafío a la inteligencia del lector»**



# Arthur Conan Doyle

## **LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES**

La desconcertante genialidad del más famoso detective de todos los tiempos aparece brillantemente representada en esta cuidadosa selección de los mejores relatos de sir Arthur Conan Doyle, maestro de la novela-problema.

Tres estudiantes sospechosos de robo, un matrimonio perseguido por la Mafia, un caballo que debe ganar a cualquier precio, una inteligente asesina que tal vez no lo sea y —como remate— la derrota de Sherlock Holmes a manos de una mujer.

